

# Péter Gárdos

## Fiebre al amanecer

Narrativa Internacional Traducción de Andrés Cienfuegos Gómez y Judit Faller Leitold



ALFAGUARA

# Péter Gárdos

## Fiebre al amanecer

Narrativa Internacional Traducción de Andrés Cienfuegos Gómez y Judit Faller Leitold



Péter  
Gárdos

Fiebre al amanecer

Traducción del húngaro de Andrés Cienfuegos  
y Judit Faller

ALFAGUARA  


SÍGUENOS EN  
me**gustaleer**



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

---

Tú no puedes saber aún, pequeño mío, qué causó estos profundos surcos en la frente de esta tierra; cuando contemplas, aquí en el norte, ese avión que se sumerge en un oasis de estrellas.

MIKLÓS GÁRDOS, «A un niño sueco»

## 1.

Mi padre entró en la bahía de Suecia un día de verano en el que amenazaba lluvia.

La guerra había terminado hacía apenas tres semanas.

Soplaba un furioso viento del norte y el barco cabeceaba hacia Estocolmo entre olas de dos y tres metros en pleno mar Báltico. A mi padre lo habían ubicado en la cubierta inferior. La gente, echada sobre jergones, intentaba, desesperada, aferrarse a todo lo que podía en medio de aquel terrible balanceo.

No había pasado ni una hora desde que el barco zarpara cuando mi padre enfermó. Primero tuvo un acceso de tos acompañado de esputos de sangre, y se volvió hacia un lado; entonces la estridencia de su respiración se hizo tan fuerte que casi ahogaba el sonido del embate de las olas al chocar contra el barco. Como aparentaba ser un caso grave, permanecía tendido en la primera fila, junto a la puerta batiente. Fue entonces cuando dos tripulantes alzaron en volandas su cuerpo de pajarito y lo llevaron al camarote contiguo.

El médico no dudó. No era momento para perder el tiempo con analgésicos. Le clavó la aguja de una enorme jeringa en la caja torácica entre dos costillas. Fue cuestión de suerte el que la aguja acertara en el lugar adecuado. Mientras el médico extraía casi medio litro de líquido de su tórax, llegó el aparato para la extracción. Cambiaron la jeringa por unos tubitos de plástico y le succionaron rápidamente otro litro y medio de mucosidad del pecho.

Mi padre mejoró.

El capitán, a quien informaron de la milagrosa salvación de aquel hombre, le dispensó un trato especial por su grave enfermedad. Mandó que lo envolvieran en una gruesa manta y que lo acomodaran en cubierta. Sobre el agua gris granito se acumulaban hinchidas las nubes. El capitán se erguía, con su impecable uniforme, junto a la tumbona de mi padre:

—¿Habla alemán, señor?

Mi padre asintió con la cabeza.

—Le felicito, se ha salvado.

En otras circunstancias podría haber pronunciado un discurso ejemplar. Como

su estado no favorecía una conversación entre caballeros, mi padre solo fue capaz de mostrar su deseo de colaborar:

—Estoy vivo.

El capitán lo observó. Piel de color ceniza estirada sobre el cráneo, pupilas agrandadas por la distorsión de las lentes de las gafas y, en la cavidad de la boca, una oscuridad muy oscura. Apenas tenía ya dientes propios. Qué había pasado exactamente, no lo sé. Puede que tres descomunales esbirros le hubieran dado una brutal paliza a un tipo escuálido en un tétrico sótano militar de cuyo techo tan solo colgaba una bombilla. Puede que uno de los matones que le zurraban agarrara una plancha y golpeará con ella varias veces la cara de aquel preso con el tórax hundido, mi padre. Según la escueta versión oficial, la mayor parte de los dientes se los habían arrancado en el presidio del bulevar Margit en 1944.

Pero, aquí y ahora, era cierto, estaba vivo, respiraba, aunque con silbidos, y sus pulmones absorbían ávidos el aire fresco y salobre del mar.

El capitán echó una ojeada a través de sus prismáticos:

—Atracaremos en Malmö durante unos cinco minutos.

A mi padre aquello le resultaba indiferente. Él era uno de los doscientos veinticuatro enfermos en estado crítico que transportaban de Lübeck a Estocolmo. Algunos se habrían alegrado solo con que el capitán les hubiera dado garantías de que iban a llegar a su destino. ¿Qué podían importarles a aquellos desahuciados esos minutos del desvío a Malmö? Pero el capitán, como si diera parte a una autoridad superior, prosiguió:

—Me comunicaron la instrucción por radio. Esta parada no figuraba en mi ruta.

La sirena del barco gimió. Tras la bruma aparecieron las dársenas del puerto de Malmö. Sobre la cabeza de mi padre revoloteaban las gaviotas.

Atracaron en un extremo del muelle. Dos marineros saltaron a tierra firme y echaron a correr por la escollera hacia el puerto. En las manos llevaban una cesta vacía con asas como las que, según recordaba él, utilizaban las ariscas lavanderas cuando acarreaban la ropa recién lavada hasta el desván.

La entrada al muelle se encontraba cerrada por un paso a nivel; un grupo de mujeres aguardaba detrás con sus bicicletas. Eran cerca de cincuenta. Un conjunto mudo e inmóvil. Muchas de ellas, con un pañuelo negro en la cabeza, esperaban al lado de la bicicleta agarrando con fuerza el manillar. Como cuervos apiñados sobre la rama de un árbol.

Los dos marineros llegaron hasta el paso a nivel. Solo entonces él advirtió que del manillar de las bicicletas colgaban pequeños paquetes y canastos. El capitán

le rodeó los hombros con su brazo.

—Es obra del empecinamiento de un rabino. Ha anunciado en los periódicos matutinos que ustedes venían en este barco. Y ha logrado que atracáramos.

En unos instantes las mujeres depositaron sus paquetes en la cesta. Una de ellas, que se hallaba un poco más atrás, soltó el manillar y la bicicleta cayó. Desde el barco mi padre escuchó su resonar metálico al chocar contra los adoquines, aunque desde tanta distancia resultara de todo punto imposible. Tiempo después evocaría a menudo la escena sin omitir nunca el ruido del golpe.

Cuando terminaron de recoger todo, los marineros volvieron corriendo al barco. En la mente de mi padre quedó fijada la escena: un muelle vacío e irreal, los marineros cargando con las cestas, y detrás, cerrando filas, un extraño ejército de mujeres inmóviles junto a sus bicicletas.

Los pequeños paquetes contenían pasteles horneados por suecas anónimas, conmovidas por la llegada de aquellos desarraigados a Suecia. Mientras daba vueltas a la masa tierna que se deshacía en su boca desdentada, mi padre distinguió el sabor de la frambuesa y la vainilla.

—Suecia les da la bienvenida —dijo entre dientes el capitán mientras se marchaba para dar órdenes, pues el barco comenzaba ya a alejarse de la costa.

Mi padre saboreaba el pastel. Un biplano entre las nubes describió dos círculos sobre sus cabezas para homenajearles. Poco a poco, comenzaba a sentir que realmente estaba vivo.

\*

El 7 de julio de 1945 mi padre ya guardaba cama en el hospital de un pueblecito llamado Lärbro, en la provincia de Gotland, en una sala para dieciséis personas, y, con la espalda apoyada contra la almohada, escribía una carta. La luz del sol penetraba con sus rayos dorados a través de la ventana. Entre las camas serpenteaban enfermeras con blusas almidonadas que crujían y cofias blancas, y largas faldas que arrastraban por el suelo.

La caligrafía de mi padre era bellísima: letras cinceladas, trazos elegantes, intersticios de ánimo entre las palabras. Al terminar la carta buscó un sobre, lo cerró y lo apoyó contra una jarra de agua vacía que había sobre la mesilla de noche. Dos horas después una enfermera llamada Katrin lo echaba al correo junto a las cartas de otros enfermos.

Por aquel entonces apenas podía levantarse de la cama. Pero, once días después de escribir la carta, ya se le permitía salir de la habitación y sentarse en

un banco en el pasillo del hospital de Lärbro. En las hojas cuadriculadas de un cuaderno que había conseguido sabe quién cómo, fue apuntando los nombres de la lista que esa misma mañana había recibido en una carta directamente remitida por las oficinas del Registro para los Refugiados en Suecia. Aquella misiva contenía ciento diecisiete nombres y direcciones de mujeres. Mi padre tenía en la mano la dirección postal de ciento diecisiete jóvenes a las que, por toda Suecia, se intentaba insuflar algo de vida en las distintas barracas hospitalarias.

Por esas fechas empezaba ya a recuperarse del dramático diagnóstico que había recibido unos días antes.

\*

Pegado a la cara interior del aparato de Rayos X, mi padre procuró no moverse. El señor Lindholm le gritaba desde el cuarto de al lado. El médico jefe era una figura de dos metros que parecía escurrirse por el corbatín, y su manera de expresarse en húngaro resultaba divertida. Prácticamente no diferenciaba las vocales largas, las pronunciaba todas como si estuviera inflando un globo. Llevaba doce años dirigiendo el hospital de Lärbro, y chapurreaba aquel húngaro tan ingenioso gracias a su esposa, Márta, una señora de estatura desconcertantemente pequeña —mi padre aseguraba que no sobrepasaba el metro cuarenta— que también trabajaba en Lärbro de enfermera.

—¡Contener el aire! ¡No menearse!

Chasquidos, chirridos; la radiografía terminó. Mi padre pudo relajar los hombros.

Lindholm ya se encontraba a su lado. Lo miró, no a él, sino un poco por encima de la cabeza, compadeciéndolo. Mi padre permaneció de pie, con su cavidad torácica consumida y medio desnudo, al lado del equipo de Rayos X, como si no quisiera volver a vestirse. Sus gafas, del grosor del vidrio de un sifón, estaban un poco empañadas.

—¿Cuál es su profesión, Miklós?

—Era periodista. Y poeta.

—¡Ah! Un ingeniero de almas. Bonito.

Mi padre trasladó el peso del cuerpo de un pie al otro.

Tenía frío.

—Pero, vístase, ¿qué hace ahí parado?

Arrastró los pies, fue hasta un rincón de la sala y se puso la chaqueta del pijama.

—¿Algo va mal? —preguntó al médico.

Tampoco ahora Lindholm lo miró. Se dirigió a su despacho, le hizo una señal para que lo siguiera y solo entonces, mientras caminaban, y como si no le diera ninguna importancia, musitó:

—Sí.

El despacho del médico daba al jardín. En las tardes calurosas de mediados de verano, la isla de Gotland resplandecía bajo una luz cobriza que inundaba el paisaje con insospechada insistencia. El marrón oscuro de los muebles irradiaba intimidad y firmeza.

Mi padre estaba sentado en pijama en un sillón de cuero. Frente a él, al otro lado del escritorio, se encontraba el doctor Lindholm, ahora ya en mangas de camisa. Revolvía los resultados médicos con preocupación. Encendió la lámpara de mesa, con su tulipa verde mar, aunque no les hiciera ninguna falta:

—¿Cuántos kilos pesa usted ahora, Miklós?

—Cuarenta y siete.

—Bien, esto va sobre ruedas.

La drástica dieta reconstituyente había hecho que su peso aumentara de veintinueve kilos a cuarenta y siete. Él seguía abotonándose y desabotonándose la chaqueta del pijama. Era demasiado grande y le quedaba muy holgada.

—¿Qué fiebre tenía al amanecer?

—Treinta y ocho con dos.

Lindholm dejó caer sobre la mesa los resultados:

—No sigo dando un rodeo. ¿Es así como se dice? Está ya lo bastante fuerte para afrontar los hechos.

Mi padre sonreía. Prácticamente todos sus dientes eran de *vipla*, una aleación metálica resistente a los ácidos, pero fea y barata. El día después de su llegada a Lärbro, fue a verlo un dentista que le tomó medidas y selló los moldes. Le advirtió que le pondría una dentadura provisional que sería más práctica que estética. Luego, en un santiamén, colocó aquella estructura de metal en el interior de su boca. La sonrisa de mi padre era todo menos entrañable. Aun así, el médico jefe se obligó a mirarle:

—Seré claro, así será más fácil. Seis meses, Miklós, le quedan seis meses de vida.

Lindholm cogió una radiografía de la mesa y la puso al trasluz de la ventana:

—Mire. Acérquese.

Mi padre, complaciente, se levantó de un brinco y se inclinó sobre el escritorio. Los delgados dedos de Lindholm recorrieron de cabo a rabo los

suaves paisajes de aquella placa:

—Aquí, aquí, aquí y aquí. ¿Lo ve, Miklós? Todo esto es una necrosis de tifus exantemático. ¿Y ve estas manchas? Es su tuberculosis. Daños permanentes. Y, por desgracia, irreversibles. Es terrible tener que decirlo. Para expresarlo de un modo sencillo, la enfermedad... se está engullendo sus pulmones. ¿Existe esta expresión en húngaro, «se está engullendo»?

Miraban la radiografía absortos.

Mi padre se apoyó un poco en el escritorio; la verdad era que no se encontraba muy bien. Pero asintió con la cabeza para indicarle al médico jefe que este se las arreglaba de maravilla en los entresijos del idioma húngaro. «Se está engullendo» era una expresión lo suficientemente gráfica como para sugerir, sin necesidad de recurrir a términos técnicos, un futuro al parecer no muy lejano.

Mi abuelo paterno había tenido una librería en Debrecen antes de la guerra. La tienda quedaba medio escondida en el edificio del Palacio Episcopal, bajo los soportales, en el centro de la ciudad, a solo unos minutos a pie desde la Plaza Mayor. El lugar era conocido como Patio Gambrinus, y el comercio, justamente por ello, se llamó Librería Gambrinus. Constaba de tres estancias estrechas y altas. El padre de mi padre vendía allí también artículos de escritorio, y hasta hacía préstamo de libros. En aquel establecimiento, en la cima de una alta escalera de madera, mi padre había pasado su adolescencia leyendo toda la literatura universal, y sin duda era capaz de apreciar el poético modo de expresarse de Lindholm.

El médico jefe lo miró en lo más profundo de los ojos.

—Tal y como están las cosas en la actualidad, la ciencia médica dice que usted es insalvable. Tendrá altibajos. Yo estaré siempre a su lado, pero no le quiero engañar. Seis meses. Siete como máximo. Se me encoge el corazón, pero esa es la verdad.

Mi padre se irguió. Seguía sonriendo. Se dejó caer alegremente en el gran sillón. El médico no podía saber con seguridad si se había enterado o no del diagnóstico.

Pero, en aquella época, a mi padre le preocupaban asuntos más importantes que su propia vida.

## 2.

Dos semanas después de esta conversación, a Miklós le permitieron dar paseos cortos por el fantástico jardín del hospital, y ocupó uno de los bancos a la sombra de un árbol gigantesco y frondoso.

Apenas levantaba la vista. Escribía carta tras carta con un lápiz, trazando aquellas impresionantes letras que parecían perlas. Sentado en el banco del jardín, apoyaba las hojas en la tapa dura de una edición en sueco de una novela de Martin Andersen Nexø. Admiraba las ideas políticas de Nexø, así como el coraje taciturno de algunos de los personajes obreros de la novela. Tal vez recordara que aquel gran danés había padecido también tuberculosis y había logrado curarse.

Mi padre escribía con rapidez y, una vez firmadas las cartas, les ponía una piedra encima para que el viento no se las llevara.

Al día siguiente llamó a la puerta del despacho del médico jefe. Esperaba desarmar a Lindholm hablándole con sinceridad. Necesitaba su ayuda.

A esas horas, el médico jefe recibía a sus pacientes sentado en el sofá. Se sentó, pues, en un extremo de su sofá de cuero, y, en el otro, se acomodó mi padre en pijama.

Lindholm, sorprendido, daba vueltas y vueltas a una enorme cantidad de sobres:

—No solemos preguntar a nuestros pacientes con quién mantienen correspondencia ni con qué propósito. Tampoco ahora es la curiosidad la que me mueve...

—Lo sé. De todas formas me gustaría que estuviera informado.

—¿Y dice usted, querido Miklós, que aquí hay ciento diecisiete sobres? Mantiene una extensa correspondencia, le felicito —y Lindholm alzó la mano como si quisiera sopesar el montón de cartas—. Enseguida llamo a la enfermera para que compre los sellos. Y no dude en acudir a mí con toda confianza para cualquier asunto económico.

Mi padre, sin mostrarse en absoluto intimidado, cruzó una sobre otra sus «apijamadas» piernas y esbozó una sonrisa.

—Son todas mujeres.

Lindholm arqueó las cejas:

—¡Vaya!

—Mejor dicho, chicas. Chicas húngaras. De Debrecen o de sus alrededores. Yo también nací allí.

—Comprendo —asintió con la cabeza el médico jefe.

No lo comprendía. No tenía ni idea de qué era lo que pretendía aquel joven con su tropel de cartas, pero se mostró comprensivo; al fin y al cabo estaba charlando con un condenado a muerte.

Mi padre prosiguió con naturalidad:

—Hace dos semanas me informé de qué mujeres de las que ahora están convalecientes en Suecia han nacido en Debrecen o sus alrededores. ¡Que no fueran mayores de treinta años!

—¿En las barracas hospitalarias? ¡Oh!

Ambos sabían que, aparte del hospital de Lärbro, estaban operativos decenas de centros de rehabilitación por todo el país. Mi padre se incorporó un poco más en su asiento. Se sentía sinceramente orgulloso de su estratagema.

—Hay en ellas un sinfín de mujeres. Muchachas. Señoras. ¡Aquí está la lista con los nombres! —del bolsillo de la chaqueta de su pijama sacó un papel y, sonrojado, le tendió aquella elaborada relación de nombres, al lado de los cuales había puesto una cruz, un signo aprobatorio o un pequeño triángulo.

—¡Ya lo comprendo! ¡Está buscando a sus conocidas! ¡Le doy mi apoyo!

—No me entiende —aclaró mi padre, pestañeando al tiempo que sonreía—. Busco una esposa. Me gustaría casarme.

Finalmente lo había soltado. Se recostó, aguardando el impacto.

La frente de Lindholm se llenó de arrugas:

—Parece ser, querido Miklós, que la otra vez no me expresé correctamente.

—Sí, doctor, sí.

—¡Su idioma me ha jugado una mala pasada! Más o menos seis meses. Es lo que le queda. ¿Sabe, Miklós?, para un médico es terrible tener que decir algo así.

—Lo he comprendido perfectamente, doctor.

Era difícil añadir nada, por lo que permanecieron en silencio a ambos lados del sofá.

Pasaron cinco minutos en los que la tensión no dejó de aumentar. El médico jefe Lindholm reflexionaba para sus adentros si le correspondía aleccionar a alguien ya desahuciado, si era tarea suya hacerle ver la lógica de las probabilidades. Y mi padre sopesaba si merecía la pena iniciar a un científico tan

experimentado en una visión optimista del mundo. Al final, prefirieron dejarse en paz.

Esa misma tarde Miklós se metió en la cama, tal y como prescribía su tratamiento, y apoyó la espalda en la almohada. Serían las cuatro de la tarde, o sea, la hora de la siesta, y los pacientes debían permanecer en su sala. Muchos dormían, otros jugaban a las cartas, y Harry repetía una y otra vez con su violín, con un ahínco que ponía los nervios de punta, el pasaje más complejo del último movimiento de una sonata romántica.

Mientras tanto, mi padre iba pegando un sello en cada uno de los ciento diecisiete sobres. Lamía, pegaba; lamía, pegaba. Como de vez en cuando se quedaba con la boca seca, bebía del vaso que tenía en la mesilla. Sentía que el sonido del violín de Harry era el acompañamiento musical que su actividad precisaba.

Las ciento diecisiete cartas podrían haber sido copiadas incluso con papel carbón. Solo las diferenciaba una cosa: la destinataria.

\*

¿Soñaría él despierto con lo que esas mujeres podrían sentir al abrir los sobres de unas cartas destinadas a ellas? ¿Imaginaría el momento en que las desdoblaban y se encontraban ante una caligrafía tan uniforme?

¡Oh, aquellas mujeres! Acurrucadas al borde de una cama de hospital, en un banco del jardín, en el rincón de un pasillo con olor a medicamentos, delante de una ventana de gruesos cristales, inmóviles sobre el escalón desgastado de una escalera, a la sombra de un tilo apacible, a la orilla de algún lago pequeño o apoyadas contra unos fríos y amarillentos azulejos. ¿Se las imaginaría abriendo sus sobres en camisón o con aquel habitual uniforme gris blancuzco de los campamentos? ¿Vería su turbación inicial, la sonrisa subsiguiente y el desasosiego con que sus ojos volvían a recorrer una y otra vez, con el corazón desbocado por la emoción, aquellas sorprendentes líneas?

*Querida Nóra, querida Erzsébet, querida Lili, querida Zsuzsa, querida Sára, querida Szerena, querida Ágnes, querida Giza, querida Baba, querida Katalin, querida Judit, querida Gabriella...*

*Es probable que ya se haya acostumbrado a que muchos desconocidos pretendan entablar conversación con usted, al oírla hablar en húngaro, con la excusa de que ellos también son húngaros. Poco a poco, vamos perdiendo*

*irremisiblemente la educación. Yo, por ejemplo, me he permitido llamarla por su nombre con el pretexto de que somos de la misma tierra. No sé si me conocerá de Debrecen; yo, hasta que la patria no me hubo «llamado» para cumplir el servicio obligatorio, trabajaba en el Diario Independiente, y mi padre tenía una librería en el Palacio Episcopal.*

*A mí, por su nombre y edad, me parece conocerla; ¿vivía por casualidad en Gambrinus?*

*Perdone que le escriba a lápiz, pero por prescripción médica tengo que guardar cama durante unos días.*

\*

Una de las destinatarias de las ciento diecisiete cartas fue una tal Lili Reich, una muchacha de dieciocho años que vivía en el campamento de Smålandsstenar.

Abrió el sobre que le había llegado por correo en agosto, leyó la carta con atención y, al constatar que aquel joven de esmerada caligrafía la confundía evidentemente con otra, se olvidó del asunto.

Además, por entonces se hallaba inmersa en una febril agitación. Unos días antes había decidido, con dos recientes amigas suyas, Sára Stern y Judit Gold, poner fin a la cotidiana e interminable monotonía de su lenta recuperación. Judit Gold era una muchacha con cara de caballo que lucía unos pelitos oscuros sobre sus labios pequeños y austeros. Sára era todo lo contrario: una criatura rubia de huesos delicados con hombros estrechos y piernas bien torneadas.

Las tres amigas soñaban con la noche húngara que tendría lugar en el escenario destinado a las actividades culturales del campamento.

Todas ellas habían estudiado música: Lili Reich, el piano durante ocho años, Sára Stern había cantado en un coro y Judit Gold había tomado lecciones de baile antes de la guerra. Erika Friedmann y Gitta Pláner se unieron a ellas por puro entusiasmo. Teclearon el contenido del programa, que apenas duraba treinta minutos, en la máquina de escribir de la consulta del médico, y colgaron tres copias en distintos puntos del hospital. Las sillas de madera, que chirriaban, fueron todas ocupadas por un público expectante. Allí se encontraban sobre todo las propias pacientes del centro de rehabilitación, pero también se acercaron al lugar algunos habitantes de la pequeña ciudad de Smålandsstenar.

La velada obtuvo un éxito clamoroso. Después del último número —una trepidante *czardas*—, los aplausos de los espectadores obligaron a las cinco

muchachas a volver a salir al escenario, todas ruborizadas. Pero, al regresar entre bambalinas, Lili sintió inesperadamente un fuerte dolor de barriga. Se arqueó, apretándose el vientre con las manos, y no pudo contener un leve gemido. Se tendió en el suelo, con la frente perlada de sudor.

Sára, su amiga más íntima, se puso en cuclillas a su lado.

—¿Lili, qué te pasa?!

—Me duele muchísimo...

Lili perdió el conocimiento durante unos instantes. No recordaba cómo había ido a parar a una ambulancia, tan solo la borrosa cara de Sára, que se inclinaba sobre ella y gritaba algo que no podía oír.

Más adelante tuvo ocasión de reflexionar mucho sobre el hecho de que quizá jamás habría conocido a mi padre si no hubiera padecido aquel cólico nefrítico; si aquella destartalada ambulancia blanca no la hubiese llevado al hospital militar de Eksjö; si, cuando sus amigas fueron a visitarla, Judit Gold no hubiera traído consigo, además de su cepillo de dientes y su diario, la carta que había recibido de aquel muchacho de Lärbro; si en esa misma visita Judit Gold no la hubiera convencido de que, a pesar de todos los razonamientos posibles, debía responderle algo al amable joven, aunque solo fuera por compasión.

Y así fue como Lili Reich, en una interminable noche de hospital, una vez que se hubieron acallado el estridente chirrido de la puerta del vetusto ascensor y el pesado alboroto que se colaba a través del pasillo, buscó una hoja y, tras meditar un poco, empezó a escribir a la tenue luz de la bombilla que colgaba sobre su cama:

*Estimado Miklós:*

*Probablemente no soy la persona que piensa, pues, aunque haya nacido en Debrecen, desde que cumplí un año he vivido en Budapest. A pesar de todo, he pensado mucho en usted y, como su amistosa carta me ha resultado tan simpática, no me importaría seguir manteniendo correspondencia...*

Se trataba de una verdad a medias, por supuesto. Ahora que una nueva y desconocida enfermedad la obligaba a guardar cama, por miedo, para evadirse o para espantar el aburrimiento, se hacía ilusiones.

*... De mí solo le diré que no me impresionan los pantalones con la raya muy marcada ni las cabezas repeinadas. Tan solo me importan los valores que moran dentro de cada uno.*

\*

Mi padre se fortaleció un poco. Al menos lo suficiente como para poder salir con Harry por la pequeña ciudad. Todos aquellos que vivían en los campamentos en Suecia recibían una paga semanal de cinco coronas. En Lärbro había dos pastelerías, y una de ellas tenía mesas de mármol, igual que muchas en su tierra en tiempos de paz. Por el camino abordaron a Kristin, una rolliza peluquera sueca, y tuvieron suerte. Así que ahora se encontraban los tres sentados alrededor de una mesa redonda de mármol. Kristin, haciéndose la fina, comía un pastel de manzana con tenedor, y cada muchacho tenía delante un vaso con sifón. La conversación se desarrollaba en alemán, pues los húngaros apenas habían empezado a familiarizarse con la melodiosa lengua sueca.

Entre los pelillos rubios que asomaban sobre el labio superior de Kristin se iba expandiendo el polvo de azúcar.

—Son ustedes unos chicos muy amables. ¿Dónde han nacido, exactamente?

Mi padre se enderezó orgulloso:

—En Hajdúnánás —arrulló como si hubiera pronunciado una palabra mágica.

—Yo en Sajószentpéter.

Naturalmente, Kristin intentó lo imposible. Repitió lo que había escuchado, pero solo consiguió articular un torpe y gutural balbuceo muy parecido a la jerga de los bebés:

—*Hajdü... nana... Sajü... sent... peter...*

Se rieron. Kristin siguió picoteando su pastel de manzana. Se hizo un pequeño silencio, justo el que se necesitaba para propiciar un ataque a lo húsar. Harry en eso era un gran maestro:

—¿Qué le dijo Adán a Eva cuando se encontraron por primera vez?

Kristin deseaba tanto resolver aquella adivinanza que se olvidó hasta de masticar. Harry esperó un poco, luego se levantó de un salto. Acompañándose de una cómica gesticulación, les pidió que imaginaran que estaba tan desnudo como si acabase de venir al mundo.

—¡Señorita, póngase más lejos, por favor, porque no sé hasta dónde va a crecer esta cosita! —y Harry señaló hacia abajo, hacia su bragueta.

Kristin no lo entendió de inmediato, pero luego se sonrojó. Mi padre sintió vergüenza y prefirió beber un sorbo de sifón.

Harry se animó:

—Me sé otro. Una señora le pregunta a su nueva criada: «¿Trae buenas

referencias?». La criada asiente con la cabeza: «Sí, señora, en todas partes han quedado satisfechos conmigo». «¿Sabe cocinar?» La criada vuelve a asentir. «¿Le gustan los niños?» La criada asiente de nuevo y añade: «Sí, me gustan, pero sería mejor que el señor se anduviese con cuidado».

Kristin rio. Entonces Harry le agarró la mano y se la besó con pasión. La primera reacción de la muchacha fue retirarla, pero, al ver que Harry la tenía bien aferrada, decidió no resistirse. Mi padre miró hacia otro lado. Volvió a beber.

Kristin se alisó la falda y se puso de pie:

—Tengo que ir al lavabo —y dicho esto atravesó el local con recato.

Inmediatamente Harry empezó a hablar en húngaro:

—Vive por aquí. A dos manzanas.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo ha dicho. ¿No te has enterado?

—Le gustas.

—Tú también.

Mi padre miró seriamente a Harry:

—A mí no me interesa.

—Llevas mil años sin sentarte en un café. Llevas mil años sin ver a una mujer desnuda.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Por fin hemos podido salir del campamento. ¡Tenemos que empezar a vivir!

Kristin ya regresaba con su excitante contoneo. Harry aún tuvo tiempo de susurrarle a mi padre en húngaro:

—¿Cómo te sentaría un sándwich?

—¿Un sándwich?

—Nosotros dos y ella. Kristin estaría en medio.

—Olvídate de mí.

Casi sin transición, Harry volvió a hablar en alemán, mientras, por debajo de la mesa, acariciaba furtivamente el tobillo de la muchacha:

—Le decía a Miklós, dulcísima Kristin, que estoy loquito perdido por usted. ¿Podría albergar alguna esperanza?

Kristin le reprendió poniéndole con coquetería el dedo índice sobre la boca.

\*

Kristin vivía en un pequeño apartamento alquilado en la calle Nysväge, un

tercer piso por cuya ventana abierta penetraba el rumor del escaso tráfico de la calle. La chica se sentó en la cama para que Harry no tuviera ninguna dificultad para alcanzarla. La primera prueba a la que le sometió fue coserle el sostén, que estaba un poco roto por detrás. Por supuesto, sin que hubiera necesidad de quitárselo. Kristin supervisaba la operación a través del espejo de enfrente:

—¿Has terminado?

—Casi. Sería más fácil si te lo quitaras.

—Ni hablar.

—Me estás torturando.

—Por supuesto. Para que sufras. Aguántate y haz un poco de tarea doméstica —se rio la muchacha.

Harry acabó por fin y rompió el hilo con los dientes.

Kristin se levantó de un salto, se puso delante del espejo, dio unas vueltecitas e hizo restallar la tira de goma del sostén. Harry la contemplaba cada vez más excitado. Hasta que la abrazó y torpemente la despojó del sujetador. Susurró con voz ronca:

—Cocino, lavo la ropa, limpio. Soy un trabajador nato.

Como respuesta, Kristin lo besó.

\*

Cuando una hora más tarde Harry volvió a la pastelería, encontró a mi padre en el mismo rincón. Este ni siquiera levantó la vista cuando Harry se dejó caer a su lado. La carta que escribía sobre el mármol de la mesa ya casi estaba terminada. La punta del lápiz se deslizaba con soltura sobre el papel blanco. Harry exhaló un profundo suspiro. Se sentía un completo desdichado.

Hasta mucho tiempo después mi padre no levantó la cabeza. Apenas si se sorprendió al ver la cara de perro de Harry:

—¿Ya te has desenamorado?

Harry sorbió un poco de sifón que quedaba en el vaso de mi padre.

—¿Desenamorado? No soy más que basura.

—¿Habéis roto?

—Me hizo coserle el sostén. Pero luego la desnudé. ¡Tenía la piel tan tersa!

—Está bien. Ahora no me molestes. Tengo que acabar esta carta —concluyó, y volvió a sumirse en ella.

Harry contempló con envidia cómo su amigo era capaz de desconectarse del mundo que le rodeaba en un chasquear de dedos. Parecía como si estuviera

ausente. Un poco después balbució:

—No se me levanta. No funciona. Simplemente no funciona.

Mi padre seguía escribiendo como un poseso.

—¿Qué es lo que no funciona?

—Yo. Antes solía hacerlo hasta cinco veces al día..., podía caminar arriba y abajo con un cubo colgando de ella...

Mi padre reflexionaba en busca de un adjetivo apropiado. Pero, por cortesía, se interesó:

—¿De dónde lo colgabas?

—... Y ahora entre mis piernas solo pende un caracol de viña. Una cosa blanda, blancuzca, desesperante...

Mi padre encontró al fin el adjetivo que buscaba. Sonreía para sus adentros. Lo escribió y se calmó. Ahora podía dedicarse a tranquilizar a Harry:

—Eso es normal. Sin sentimientos no se puede.

Harry se mordía con rabia los labios. De improviso, dio la vuelta a la hoja de papel y empezó a leer: «¡Querida Lili! Tengo veinticinco años...». Mi padre se abalanzó sobre la carta, pero Harry intentó sacarla de debajo de la palma de su mano. Tras el pequeño forcejeo, fue mi padre quien logró con habilidad hacerse con ella y esconderla en un bolsillo del pantalón.

*Querida Lili:*

*Tengo veinticinco años, y era periodista hasta que el primer estatuto de los judíos hizo que perdiera mi trabajo...*

Mi padre había desarrollado una sutil tendencia a las exageraciones poéticas.

Si tuviéramos que contar los hechos de manera escrupulosa, tendríamos que confesar que había sido periodista durante ocho días y medio. El *Diario Independiente* de Debrecen lo había empleado un lunes, más bien como recadero y veloz mensajero de noticias policiales, en el peor de los momentos históricos. A la semana siguiente, entraba en vigor el estatuto que discriminaba a los judíos en determinadas profesiones, lo que truncó de inmediato su carrera periodística apenas iniciada. Pero esa práctica profesional de ocho días y medio fue incluida para siempre en su *curriculum vitae*.

Sin duda aquel cambio tan drástico no fue fácil para un joven de diecinueve años. Un día aún iba con su lápiz detrás de la oreja y al siguiente voceaba: «¡El sifonero! ¡Ha llegado el sifonero!» desde los estribos del carruaje que distribuía el sifón, mientras los caballos piafaban y el viento silbaba inclemente en sus

orejas.

*... Luego fui mozo de carga en un furgón que repartía sifones, obrero en una fábrica textil, investigador en una agencia de préstamos, oficinista, agente publicitario..., y además he ejercido un sinfín de extraordinarios y similares oficios hasta que, en 1941, me deportaron para realizar trabajos forzados. En la primera ocasión que se me presentó, hui al bando ruso. Durante un mes estuve lavando platos en un restaurante de Chernivtsi, después me uní a un grupo de partisanos internacionales en Bucovina...*

Eran en total ocho desertores húngaros, y el Ejército Rojo les impartió un cursillo acelerado sobre espionaje y los lanzó tras las líneas enemigas. Mirando hacia atrás, es evidente que los rusos no confiaban en ellos. El testimonio severo de la historia nos enseña que los soviéticos nunca han confiado en nadie. Pero, ya que aquellos desertores húngaros se encontraban allí, decidieron que pasaran a la acción.

Imagino al personaje que por aquel entonces debía de ser mi padre, con su guerrera acolchada y su macuto, agarrado a la puerta abierta del avión. Mira hacia abajo. A sus pies hay un abismo enorme, nubes, praderas desnudas. Le sobreviene un repentino vértigo, siente que se marea, se da discretamente la vuelta y empieza a vomitar. Unas zarpas brutales lo aferran por detrás y lo empujan a la nada.

Aquella madrugada unos soldados los esperaban con metralletas en un parque rodeado de escasos árboles en algún punto de los alrededores de Oradea. Cuando la escuadra de paracaidistas flotaba ya a pocos metros de la tierra, los soldados la recibieron con toda impunidad con una serie de ráfagas. El partisano Miklós tuvo suerte. Fue el único al que no dieron. Pero, en el momento de tocar tierra, se abalanzaron sobre él y lo apresaron. Esa misma noche lo trasladaron a Pest, donde lo aligeraron de un par de docenas de dientes.

\*

En la pastelería de Lärbro, Harry observaba con envidia a su amigo:

—¿Cuántas han respondido?

—Dieciocho.

—¿Y ahora vas a mantener correspondencia con las dieciocho?

Mi padre se palpó el bolsillo, aquel en el que había escondido la carta:

—Ella es la auténtica.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé.

### 3.

A Lili la acomodaron en una sala con cuatro camas en el hospital de Eksjö. Era finales de septiembre y, delante de la ventana, crecía un abedul solitario que ya había dejado caer sus hojas preparándose para el invierno.

El médico jefe Svensson había empezado a quedarse prematuramente calvo. Se encontraba en la edad más viril, pero la piel de su cuero cabelludo, que recordaba la del culito de los bebés, ya lucía por debajo del pelo desvaído. Era bajo y achaparrado, y en el pulgar de sus manos casi de niño la uña solo le había crecido hasta alcanzar el tamaño de un pequeño pétalo de flor de cerezo.

Se quitó con dificultad la bata, hecha de piel gruesa y de malla metálica, y pasó con calma al otro cuarto. En la desangelada estancia de los Rayos X, junto a la gigantesca máquina, solo habían colocado una silla. En ella estaba sentada Lili, pálida y temerosa, con su lavada y requetelavada bata de rayas del hospital de Eksjö.

El médico jefe Svensson se puso en cuclillas a su lado y le tocó la mano. El hecho de que la chica hablara espléndidamente alemán le resultaba alentador. En esos casos, los matices eran muy importantes:

—He examinado las placas del otro día. Las de hoy no estarán listas hasta mañana. Tiene que saber que, al principio, sospechábamos que podría tratarse de escarlatina, pero creo que podemos descartarla.

—¿Es algo peor? —susurró Lili, como si estuvieran sentados en el patio de butacas de un teatro.

—Desde un determinado punto de vista, sí, es peor. Aunque no es una infección. Pero no hay motivos para preocuparse.

—¿Qué es lo que tengo?

—Sus riñones no están bien y le juegan malas pasadas. Pero la voy a curar. Se lo prometo.

Lili no fue capaz de contenerse y se echó a llorar. El doctor Svensson le cogió la mano:

—No llore, niña. Se lo suplico. Tiene que volver a guardar cama. Esta vez en serio.

—¿Hasta cuándo?

—De momento dos semanas. O tres. Luego ya veremos.

El médico sacó su pañuelo. La muchacha se sonó la nariz y, después, se limpió las lágrimas del rostro...

*... No tengo una foto mía... Hace unos días tuvieron que traerme otra vez al hospital, ahora estoy guardando cama en Eksjö.*

\*

*... Odio el baile con todas mis fuerzas, pero me gustan la alegría y los pimientos rellenos (con salsa de tomate muy espesa, por supuesto).*

Entre las leyendas de la familia se conserva la historia que originó el complejo que mi padre desarrolló de manera bastante precoz hacia el baile.

Al parecer aún no tenía ni siquiera nueve años cuando le mojaron el pelo, le obligaron a meterse en un traje y lo llevaron al Grand Hotel Aranybika. Ya por entonces sus ojos no distinguían con nitidez, padecía un defecto en la vista y su cara se veía afeada por unos gruesos anteojos.

En un momento culminante del baile, fue empujado al centro de un círculo formado por mujeres y muchachas que aplaudían y brincaban, animando a bailar a los dos niños, que permanecían impasibles en el centro del corro. La niña, que se llamaba Melinda, fue la primera en reaccionar. Impulsada por aquella ola de júbilo frenético, agarró del brazo al chaval y empezó a dar vueltas. Mi padre resbaló y cayó sobre el reluciente y recién abrigado parque. Desde su postura de rana pudo ver cómo Melinda bailaba y cosechaba el éxito más clamoroso de la noche.

\*

Mi padre y Harry tomaron la Korsbyvägen para volver al campamento. Soplaban un fuerte viento y mi padre se subió el cuello del fino abrigo de entretiempo. De repente Harry se detuvo y le sujetó por el brazo:

—¿Pregúntale si tiene una amiga!

—Más adelante. Es muy pronto todavía.

Ese día parecía que a los muchachos se les había metido el diablo en el cuerpo. Pusieron la barraca patas arriba y juntaron las camas. De algún modo

consiguieron prestada una guitarra y resultó que Jenö Grieger sabía rasguear más o menos sin interrupciones las canciones de moda de los últimos tiempos.

Empezaron a bailar. Al principio tan solo lo hacían tímidamente, pero después se despertó en ellos cierto deseo de actuar. Sin acordar nada ni repartirse los papeles, se pusieron en la piel de distintos personajes y comenzaron a imitar con asombrosa facilidad tanto a apuestos oficiales del cuerpo de húsares como a frívolas mujerzuelas. Entrechocaban los talones y se hacían reverencias, se susurraban al oído y gimoteaban. Al borde ya del desenfreno, daban vueltas y remolineaban como si todos sus instintos largamente reprimidos hubieran estallado al mismo tiempo con la violencia de un volcán.

Mi padre no participó en aquel desfogue infantil. Como único y mudo discrepante, se arrellanó en su cama, aunque esta había sido empujada a un rincón para formar una barricada con las otras. Apoyó la espalda en la pared, se puso sobre las rodillas su novela favorita de Nexø y empezó a redactar una de sus cartas.

*... ¡Sobre su aspecto no me ha escrito nunca nada! Ahora pensará de mí que soy un petimetre de Pest trasladado a provincias a quien no le interesan más que ese tipo de cosas. Le confieso que no es así.*

\*

Llamaron a la puerta. Lili ni siquiera alzó la mirada, pues estaba ensimismada leyendo *Un capitán de quince años*, en un ejemplar alemán muy manoseado de la novela de Verne que el doctor Svensson le había regalado el día anterior.

En el hueco de la puerta apareció Sára Stern con un hatillo en la mano. Lili se quedó pasmada. Sára se precipitó hacia la cama y, arrodillándose junto a ella, las dos chicas se abrazaron. *Un capitán de quince años* se deslizó hasta dar en el suelo.

—¡Svensson me ha internado! ¡Aquí, contigo! ¡Y eso que no tengo nada!

Sára se puso a hacer piruetas como una bailarina de salón. Enseguida se despojó de la ropa que llevaba, se puso el camisón en un pispás y desapareció en la cama contigua a la de Lili.

Mientras, Lili reía y reía como si se hubiera vuelto loca.

*... A falta de una foto, intentaré retratarme por escrito. En cuanto a mi figura, tal como yo me veo, soy de cintura estrecha, aunque entrada en carnes*

*(gracias a los suecos), de estatura media y de pelo castaño. Mis ojos son de un azul grisáceo, tengo los labios finos y una tez morena, pero carrillitos sonrosados. Puede imaginarme tanto bonita como fea; yo, por mi parte, prefiero no decir nada al respecto. Y ahora me gustaría saber en qué medida la idea que me he hecho de usted responde a la realidad.*

\*

Lindholm se las había arreglado para que el domingo llevaran a los enfermos del hospital en tres autobuses hasta el mar, que se encontraba a veinte kilómetros.

Mi padre y Harry se separaron de los demás, y pronto localizaron una ensenada arenosa y desierta donde podían estar solos. Fue una tarde radiante, un regalo: el cielo, como un lienzo estirado, tensaba su azul cobalto por encima de ellos. Se quitaron los zapatos y pasearon embriagados por la orilla, con el agua lamiéndoles los tobillos.

Más tarde Harry desapareció detrás de una roca. Mi padre fingió no darse cuenta. En los últimos tiempos, a la menor oportunidad, Harry solía esconderse en los más diversos lugares para someter a prueba su virilidad. El tardío atardecer dibujaba ya sus sombras alargadas por todas partes. La silueta de un hombre, oculto tras una roca, obstinado en aliviarse se proyectó sobre la arena como un dibujo de Egon Schiele. Mi padre intentó concentrarse en las olas y en el horizonte infinito y luminoso.

*... Ahora quisiera saber qué ideas tiene sobre el socialismo. Por lo que me ha contado en alguna ocasión, adivino que su familia es de clase media, como lo fui yo hasta conocer el marxismo. Y la clase media tiene extrañas nociones sobre este particular...*

El otoño irrumpió en Eksjö antes de tiempo. Llegó por la noche, con una prisa inesperada, trayendo consigo una lluvia densa y plomiza y un viento ululante. Desde la sala del hospital en la que descansaban, las dos muchachas vieron alarmadas cómo el abedul de delante de la ventana se doblaba ante la tempestad.

La distancia que había entre sus camas era la justa para permitirles agarrarse de la mano con tan solo sacar el brazo por debajo del edredón. Susurraban:

—¡Si tuviera doce coronas!

—¿Qué harías con ellas?

Lili cerró los ojos:

—En la esquina de la calle Nefelejcs había una verdulería, y mi madre siempre me mandaba a comprar fruta...

—¡La del señor Mackó! Así lo llamaban.

—De eso no me acuerdo.

—¡Sí! Le llamaban Osito. Pero para mí era realmente un «oso». ¿Cómo lo has recordado?

—No, por nada... El mes pasado, en Smålandsstenar, cuando todavía me encontraba bien, vi en un escaparate una bandeja de pimientos verdes...

—¿De veras? Creía que aquí no había pimientos verdes.

—Yo también lo creía. Costaban doce coronas. El kilo, supongo. ¿O sería el medio kilo?

—¿Tuviste un antojo?

—Sé que es una tontería, pero ayer soñé con esos pimientos verdes. Le daba un mordisco a uno. Crujía. Soñé esa bobada...

Llovía a cántaros, y el agua tamborileaba en los cristales. Las dos muchachas miraban abstraídas hacia la ventana.

*... Mi amiga Sára me cuenta muchas cosas sobre el socialismo. Confieso que hasta ahora no me he ocupado demasiado de asuntos ideológicos. Me ha regalado un libro y lo estoy leyendo. Se titula Confesiones sobre Moscú. Usted seguramente ya lo habrá leído...*

\*

En mitad de la noche mi padre volvió a sentir que se ahogaba. Ni siquiera tuvo tiempo de gritar. De pie en medio de la sala, con todo su cuerpo en tensión y con la boca abierta, pretendía absorber oxígeno del aire. Luego se derrumbó. Esta vez le succionaron dos litros de líquido de los pulmones.

Lo trasladaron a un cuarto pequeño para que pasara allí el resto de la noche. Harry se acostó en el suelo, al lado de la cama, para poder llamar inmediatamente a Lindholm si mi padre volvía a sufrir un ataque. El médico jefe intentó tranquilizarlo asegurándole que, de momento, no había que temer ningún otro ataque agudo, pero no sirvió de nada.

—¿Qué ha pasado?

La voz de mi padre flotaba suave y apacible en el aire, igual que el aleteo de un pájaro herido.

—Te has desmayado. Te han extraído líquido. Ahora te encuentras aquí, en el cuarto que hay junto al quirófano.

El duro entablado de madera de pino le resultaba incómodo, y Harry prefirió sentarse con las piernas cruzadas. Mi padre permaneció mucho tiempo callado, luego dijo con voz sibilante:

—Oye, Harry. Voy a tener que desarrollar unas branquias. A mí no me van a hacer la puñeta.

—¿Quién?

—Nadie... No saben lo cabezota que puedo llegar a ser.

—Envidio tu fortaleza.

—Tú también te recuperarás. Lo sé. Tu caracol de viña se convertirá en un pino que llegará hasta el cielo. Y luego ya no habrá quien lo pare.

Harry, sentado en el suelo, se mecía hacia delante y hacia atrás. La última frase de mi padre lo había hecho reflexionar.

—¿De veras lo crees?

—¡No se amontonen, mocitas, que habrá para todas! —le alentó mi padre intentando sonreír, sin dejar de pensar en ningún momento en lo que le había escrito a Lili:

*... Ahora toca una pregunta algo rara: ¿cómo andamos en asuntos amorosos? ¡Al final se va a enfadar conmigo por ser tan indiscreto!*

\*

Sára se escapó una tarde del hospital militar y, bajo la molesta llovizna, corrió apresuradamente hasta la parte antigua de la ciudad. Eksjö era una localidad encantadora, aun después de la guerra, sobre todo su casco viejo.

Se había enterado por una enfermera de dónde podía encontrar la mejor verdulería. Y, como si el destino le estuviera ofreciendo un regalo, vio que en el escaparate de la tienda lo único que había era una cesta de mimbre con unos cuantos pimientos de color verde botella bien gordos y duros.

Todavía jadeaba, y tuvo que respirar hondo varias veces hasta que los latidos de su corazón se apaciguaron. Entró en la tienda después de palpar con la mano el dinero suelto que tenía en el bolsillo.

*... Esa pregunta «rara» es muy fácil de responder: también a mí me han cortejado. Ya sé que a usted lo que en el fondo le interesa saber es si lo*

*hicieron varios o solo... ¿UNO? ¡Adivínelo!...*

\*

Harry era el guaperas del hospital. Se hacía el interesante, el donjuán, y su misteriosa sonrisa parecía pregonar la fabulosa cantidad de mujeres a las que había hecho trizas el corazón. De su pequeño problema, naturalmente, nadie sabía nada aparte de mi padre.

Un día los muchachos encontraron el frasco de colonia que Harry guardaba a buen recaudo. No se sabía cómo lo había adquirido, pero, a veces, cuando se disponía a ir de paseo a la ciudad, toda la sala-dormitorio se llenaba de un penetrante aroma a lavanda. Hasta que alguien descubrió que Harry ocultaba, entre el colchón y el somier, su estilizada botellita de grueso vidrio.

Una tarde en que Harry estaba a punto de partir en pos de sus conquistas, rebuscó en balde hurgando en el escondrijo debajo del colchón. Entonces el frasco de colonia empezó a volar por los aires. Harry tuvo que correr de un lado a otro intentando recuperarlo. Pero los chicos esperaban, socarrones, a que llegara hasta ellos y, en ese momento, se lanzaban el frasco por encima de la cabeza de Harry como si fuera una pelota. Cuando se aburrieron del juego, desenroscaron el tapón y empezaron a perfumarse rociándose generosamente. Harry lloraba compungido, les suplicaba que se lo devolvieran, gritaba que aquella colonia la había comprado con dinero prestado.

*... Es una gente espantosa la que vive en esta habitación —¡son todos húngaros!—, y lo puede advertir usted también por lo mal que me está quedando la carta; hacen tal ruido que no se puede ni escribir. Hasta el papel en el que lo hago ha recibido unos cuantos goterones del frasco de colonia del donjuán del hospital. Estamos todos tan exaltados que resulta casi peligroso.*

*¡Ah, ahora que caigo!: ¿cómo nos van a entretener cuando vayamos a verlas?*

\*

Lili dormía cuando Sára volvió de su paseo por el casco viejo de la ciudad. No era infrecuente que los enfermos se adormecieran durante el día al no tener nada que hacer y debido también a la abundante comida.

Sára se alegró de aquel golpe de suerte. Con mucho cuidado, colocó los dos

pimientos verdes sobre la almohada, junto a la cara de Lili.

*... La idea de que usted y su amigo, querido Miklós, vengan a visitarnos, nos ha entusiasmado...*

\*

Durante el día, mi padre y Harry solían recorrer juntos con loable entusiasmo los largos senderos del jardín que pertenecía al hospital. Ahora que el viaje a Eksjö era ya algo tangible, Harry mostraba una creciente y solidaria curiosidad, pues se le había metido en la cabeza intentar apropiarse de alguna de las chicas con las que mi padre se carteaba o, al menos, asegurarse de que su amigo lo llevaría consigo en una visita que se esbozaba cada vez con mayor precisión.

—¿Cuántos kilómetros hay exactamente? —se interesó, dándose importancia.

—Doscientos setenta.

—Dos días para ir y dos para volver. No nos darán permiso.

Mi padre caminaba deprisa, sin levantar la vista:

—Nos lo darán.

Entonces Harry sintió la necesidad de despejar cualquier duda que aún pudiera existir respecto a su virilidad:

—Estoy cada vez más en forma. ¡Por las mañanas me despierto con un bastón así de largo! —y, para causar más impacto, indicó el tamaño abriendo los dos brazos, pero mi padre no reaccionó.

*... En cualquier caso no se olviden de que yo seré su primo hermano y Harry el tío de su amiga Sára. ¡Así que les advierto que, ya en la estación, habrá besos fraternos! ¡Hay que guardar las apariencias!*

*Un amistoso apretón de manos y un beso fraterno de Miklós...*

\*

En una de esas escasas mañanas de sol de Eksjö, se abrió de repente la puerta ¡y en el marco apareció, sonriendo de oreja a oreja, la bigotuda y rolliza Judit Gold! Dejó caer al suelo el hatillo que sujetaba contra el vientre y abrió los brazos.

—¡Svensson me ha hospitalizado también! ¡Anemia perniciosa! ¡Ahora estaremos las tres juntas!

Sára voló al instante hacia Judit Gold; se abrazaron. También Lili se levantó de la cama y avanzó hacia ella unos pasos, pese a tenerlo estrictamente prohibido. Abrazadas delante de la ventana, empezaron a bailar, y luego se sentaron en la cama de Lili. Judit Gold le cogió las manos entre las suyas:

—¿Sigues escribiéndote todavía?

Lili esperó un poco: estaba aprendiendo a manejar los sutiles pero contundentes efectos de la pausa dramática. Se levantó lenta y teatralmente, dio un paso hacia su mesilla de noche y abrió el cajón. De allí sacó el fajo de cartas sujetas con una goma y lo alzó para mostrarlo:

—¡Ocho!

Judit Gold palmoteó:

—Es un hombre persistente.

Sára dio unos golpecitos en la rodilla de Judit Gold:

—¡Y si supieras lo inteligente que es! ¡Y, además, socialista!

Aquello ya fue demasiado. Judit Gold hizo un mohín:

—¡Uf! Odio a los socialistas.

—Pues Lili no los odia.

Judit Gold le quitó de las manos las cartas a Lili y las olió:

—¿Seguro que no está casado?

Lili se molestó. ¿Por qué las olisqueaba?

—Segurísimo.

—Habría que comprobarlo de alguna manera. Yo ya he salido escaldada tantas veces...

Judit Gold tenía por lo menos diez años más que ellas. No es que fuera una mujer especialmente atractiva, pero tampoco se podía dudar de que hubiera tenido sus experiencias. Lili le arrebató las cartas, les quitó la goma apresuradamente y cogió la que estaba encima:

—Aquí dice: «Le doy a toda prisa una buena noticia: ¡ya se puede escribir a Hungría! Es verdad que solo en inglés y con muy pocas palabras. El formulario para escribir las veinticinco palabras permitidas hay que pedirlo en el consulado o en la Cruz Roja sueca, en Estocolmo 14». ¿Qué os parece?

Aquello era realmente una buena noticia; las tres permanecieron pensativas.

Lili volvió a meterse en la cama, dejó las cartas sobre su vientre y miró fijamente al techo:

—No hay noticias de mi madre. Ni tampoco de mi padre. No me gusta pensar en esto. ¿Vosotras no tenéis miedo?

Las tres evitaron mirarse.

\*

Un día nublado y apagado a través del cual el otoño también se había colado en la isla de Gotland, Lindholm había reunido a mediodía a todos los pacientes del hospital. En un estilo telegráfico, les comunicó que había sobrevenido un cambio importante en relación con su situación. La buena noticia consistía en que ninguno de ellos podía considerarse ya un enfermo contagioso. La otra cuestión era que, a la mañana siguiente, todos los pacientes húngaros del hospital de Lärbro serían trasladados a un campamento-hospital de reciente creación, ubicado en la pequeña ciudad de Avesta, varios cientos de kilómetros al norte del lugar en el que ahora se encontraban. El médico jefe Lindholm iría con ellos.

\*

Durante un día y medio aguantaron las sacudidas del tren, que no dejó de bufar con parsimonia hasta llegar a Avesta. El nuevo alojamiento, a primera vista, les pareció un lugar maldito. Se hallaba enclavado en mitad de un espeso bosque, a siete kilómetros de la ciudad, y circundado por una alambrada; en el centro de aquel campamento se erguía, además, la imponente figura de la chimenea de una fábrica.

Los alojaron en barracas con paredes de ladrillo. Tal vez habrían aceptado más fácilmente el cambio si aquel clima tan inhóspito no les hubiera minado el ánimo. En Avesta siempre soplaba el viento, todo permanecía cubierto de escarcha y el sol, del color de una naranja madura, no asomaba más que unos pocos minutos.

Las ventanas daban a un pequeño patio con el suelo pavimentado, a través de cuyas grietas iban abriéndose paso la hierba y la maleza tras años de lucha contra el hormigón. Aun así, aquel patio poseía cierto encanto debido sobre todo a la presencia de una mesa de madera alargada y de unos cuantos bancos parecidos a los de las casas de labranza de la Gran Llanura húngara. Por la noche, los internos que estaban más o menos sanos, o más o menos enfermos, se sentaban allí envueltos en mantas y frazadas.

Lindholm se las había ingeniado para que recibieran también un periódico húngaro tres veces por semana, aunque este siempre llegara con veinte días de retraso. Al instante, los hombres dividían en cuatro partes aquel periódico impreso en un papel arrugado y de mala calidad, y, amontonados en grupos unos

encima de otros, devoraban como podían las palabras. La bombilla que los iluminaba danzaba al viento sobre sus cabezas. Bajo aquella pálida luz se intercambiaban de cuando en cuando las páginas. Sus bocas se movían sin emitir ningún sonido, y a través de lo más hondo de sus almas volaban hacia lejanos parajes.

EL RECONSTRUIDO BUQUE DE HÉLICE DE 250 CABALLOS ZARPARÁ EN SU VIAJE INAUGURAL.

EN EL HOTEL GELLÉRT SE HOMENAJEA AL PINTOR SOVIÉTICO GERASIMOV.

KECSKEMÉT SERÁ OBSEQUIADA CON TRESCIENTOS BUEYES POR LA COMANDANCIA DE LAS FUERZAS DE OCUPACIÓN RUSAS.

CARRERA CICLISTA EN SZEGED.

EMPIEZA EL RODAJE DE LA MAESTRA.

*... ¡Figúrese, hemos conseguido uno de los números de agosto de El Pueblo de Kossuth! ¡Y hemos leído hasta los anuncios! ¡Todos los teatros están llenos! Un periódico de cuatro páginas cuesta dos pengö; un kilo de harina, catorce. ¡El tribunal popular está juzgando uno a uno a todos los miembros del Partido de la Cruz Flechada! Y se está cambiando de nuevo el nombre de todas las calles.*

*La plaza de Mussolini se llama ahora plaza de Marx. En el país reina el optimismo, hay muchas ganas de trabajar. Las maestras y los maestros tendrán que ir a cursos de reeducación. La primera charla la ha impartido el secretario del Partido Comunista, Mátyás Rákosi. Pero seguramente la estoy aburriendo con tanta política...*

\*

La diminuta sala de radiología no se diferenciaba en nada de la de Lärbro, excepto quizá en que en esta una grieta tan tenue que parecía el hilillo de una tela de araña discurría por el techo. Mi padre le dio un significado simbólico que hizo que albergara vagas esperanzas.

En Avesta, en ese cuarto, a mi padre le hicieron nuevas radiografías. También

allí tuvo que pegar muchas veces a la máquina su esquelética caja torácica y sus esmirriados hombros hasta que la toma hubo terminado. Y también en esas ocasiones resonó al final un leve silbido, y él, como siempre, se tapó a toda prisa los ojos con las manos cuando la puerta se abrió y la luz inundó la habitación. En el vano de la puerta, como siempre, aparecía Lindholm con su protector de cuero a prueba de radiación.

El resultado de las placas se comentaba al día siguiente. Mi padre entraba en el despacho de Lindholm y se sentaba una vez más en la silla que había frente al escritorio. Nada más sentarse se echaba un poco hacia atrás y hacía que las dos patas delanteras de la silla se levantaran en el aire. Tuvo que ser por esa época, en Avesta, cuando mi padre adquirió esa desagradable costumbre. Se había prometido que haría cojear su silla cada vez que se hallase ante un problema de vida o muerte. Ahora volvió a echar hacia atrás el peso de su cuerpo y se mantuvo en equilibrio sobre las dos patas como hubiera hecho cualquier demonio de crío. Su concentración, al hacerlo, era tremenda.

Lindholm miró a mi padre a los ojos:

—La placa es buena. Nítida, fácil de evaluar.

—¿Algún cambio?

—No puedo decir nada prometedor.

¡Plaf! Mi padre dejó que la silla volviera a su posición normal.

—Renuncie al viaje. Además, ahora estamos muy lejos de Eksjö. No sé cuánto tiempo le llevaría contando con los transbordos.

—Me basta con tres días.

—Siempre tiene fiebre al amanecer. Los milagros no existen.

—No se trata de mí. Mi prima está muy sola y tiene depresión. Significaría devolverle la vida.

Lindholm miró a mi padre, pensativo.

Como ya entonces se había instalado junto a su mujer en su nuevo destino, decidió invitar a mi padre a cenar, creyendo que, en el transcurso de una íntima y amistosa velada, quizá lograría disuadir de su capricho a aquel simpático pero testarudo joven.

\*

La casa de los Lindholm se encontraba al lado de la vía férrea, y por debajo de las ventanas pasaba algún tren de vez en cuando zumbando a toda velocidad. Mi padre se había vestido de gala para la ocasión; había pedido prestadas una

chaqueta y una corbata, pero se sentía cohibido dentro de aquel atuendo insólito en él. Al principio la conversación tardó en arrancar, y eso que para entonces ya había hecho buenas migas con la esposa del médico, Márta, destinada a Avesta como enfermera jefe.

Márta sirvió repollo relleno. Lindholm se metió el pico de la servilleta por el cuello de la camisa:

—Márta ha cocinado esto para complacerle. Que yo sepa, es un plato húngaro. Debajo de la ventana bufó un tren de cercanías.

—Es uno de mis preferidos —dijo mi padre, y volvió a imperar el silencio. Luego pellizcó el cuscurro del pan y recogió cuidadosamente las migas. Márta le dio un cachete en la mano.

—¡Como no deje de limpiar, le mando a la cocina a lavar los platos!

Mi padre se sonrojó. Durante un rato soplaron y resoplaron en silencio el repollo hirviente.

Mi padre carraspeó:

—El señor médico jefe habla el húngaro de maravilla.

—En eso gano yo. En todo lo demás, Erik es el jefe.

Márta sonrió a Lindholm.

Continuaron comiendo. El grasiento caldo del repollo comenzó a chorrear por las comisuras de los labios de mi padre. Márta le tendió una servilleta, con la que él se limpió la boca durante un incómodo y larguísimo momento.

—¿Puedo preguntarles cómo se conocieron?

Márta, que desde su silla apenas llegaba a la mesa, extendió el brazo entre los vasos y posó la mano en la del médico jefe:

—¿Lo puedo contar?

Lindholm asintió con la cabeza.

—Fue justo hace diez años. Una delegación de médicos suecos visitó el hospital Rókus, donde yo trabajaba como enfermera jefe...

Márta había hablado de un tirón, pero de repente se interrumpió. Lindholm bebió un sorbo de vino. No salió en su ayuda.

—Desde la adolescencia todo el mundo se ha burlado de mí. Míreme, Miklós; lo entiende, ¿no? Si había que abrir una ventana en clase, tenía que pedírselo a alguien. Con dieciséis años. Un día le comuniqué a mi madre que, en unos pocos años, me iría a Suecia y me casaría. Así que me matriculé en un curso para aprender sueco.

Fuera se oía el traqueteo de un tren regional, pero se diría que atravesaba la habitación entre ellos y los platos.

—¿Por qué precisamente a Suecia?

Lindholm respondió al instante.

—De todos es sabido que aquí se encuentran los hombres más bajitos.

Tuvieron que pasar cinco segundos para que mi padre se atreviera a reírse, lo que hizo por fin que la tensión se disolviera. Fue como si se hubiese descorchado una botella. El embarazo se diluyó en el aire.

—En el año 35 yo ya hablaba fluidamente el sueco. Y nuestro doctor Lindholm se había hartado para entonces de su anterior mujer, que era una gigante de un metro ochenta..., ¿no es así, Erik?

Lindholm asintió con seriedad.

—¿Qué iba a hacer? Una noche lo seduje. En el Rókus, junto a la sala de operaciones. No he omitido nada, ¿verdad, Erik? Ahora le toca a usted, Miklós. ¿Le ha escrito a esa chica sobre su estado de salud?

Mi padre, que hasta ese momento se había entretenido sobre todo con la servilleta, agarró de repente los cubiertos y empezó a comer con avidez.

—Más o menos.

—Yo tengo la opinión contraria a la de Erik. Viaje, consuele a su... prima hermana. Y consuélase a sí mismo.

Lindholm suspiró y sirvió vino de la botella para los tres.

—La semana pasada recibí una carta de un compañero mío que trabaja en Ädelfors —y, poniéndose en pie de un salto, fue corriendo hasta la otra habitación; en un minuto se encontraba de vuelta con la carta en la mano—. Le leeré un fragmento, Miklós. «En Ädelfors hay un centro de rehabilitación femenino para cuatrocientas mujeres. Pues bien, a cincuenta de ellas ha habido que llevarlas a otro mucho más vigilado.»

Agitó la carta:

—¿Por qué piensa que ha sido?

Mi padre se encogió de hombros. Tampoco Lindholm esperaba una respuesta.

—Por su conducta disoluta. Se la leo, esté bien atento: «Las chicas recibían a chicos en los dormitorios y en los descampados de los bosques cercanos...».

Se hizo el silencio. La menuda Márta preguntó poco después:

—¿Eran húngaras?

—No lo sé.

Pero mi padre conocía la respuesta. Profirió triunfante:

—¡Eran señoritas malcriadas de familia bien!

Había en su voz un desprecio tan grande que Márta dejó en la mesa el tenedor.

—¿Qué quiere decir, Miklós?

Por fin mi padre arribaba a un puerto conocido. Y eso le encantaba. Al fin y al cabo, se trataba de cómo el nuevo viento del socialismo arrasaría con el rancio mundo del pasado.

—Esas mujeres poseen cierta inmoralidad, igual que las serpientes tienen piel. Fuman cigarrillos con boquilla, usan medias de nailon, parlotean acerca de trivialidades..., y evitan cualquier conversación profunda.

Aquel tipo de enfoque no le interesaba ni lo más mínimo a Lindholm.

—Yo no lo sé. Solo sé que la ocasión hace al ladrón.

Pero mi padre, una vez que el tema salía a flote, no lo abandonaba con facilidad.

—Solo existe una manera de erradicar esa moral burguesa.

—¿Cómo?

—¡Construyendo un nuevo mundo! ¡Desde la base!

La cena, a partir de aquel momento, fue amenizada por la encendida loa que mi padre hizo de lo que para él era la mismísima Trinidad: Libertad, Igualdad y Fraternidad. Ni tan siquiera se percató de que ya habían terminado el postre.

El coche de Lindholm torció hacia la entrada con barrera del campamento pasada la medianoche. Mi padre bajó del vehículo satisfecho y se despidió del médico jefe con la esperanza de un inminente viaje a Eksjö. Al llegar a la barraca encendió una vela, y, arrastrado por el ímpetu, escribió acurrucado una carta de cuatro páginas en la que comprimió su ideario para cambiar el mundo:

*... También me gustaría que me escribiera dándome su opinión sobre lo arriba descrito. Sobre todo porque usted pertenece a la clase media y, probablemente, juzgue estas cuestiones según su propia condición...*

#### 4.

Solo después de tres semanas Svensson permitió que Lili se levantara de la cama. La muchacha deambulaba perdida por los pasillos de diminutas baldosas del hospital militar, en los que el acre olor a medicamentos, mezclado con el hedor a pescado de mar recién limpiado, irritaba la nariz. El sector femenino estaba en la tercera planta, pero el hospital acogía a su vez a gruñones soldados suecos.

Svensson había dispuesto también que, a partir del siguiente domingo, Lili pudiera volver a pasar el día con la respetable familia Björkman. Dos meses antes, cuando alojaron a las chicas húngaras en el campamento de Smålandsstenar, a cada una de ellas se le asignó una familia sueca. A Lili le habían tocado los Björkman, cuyo cabeza de familia, Sven Björkman, tenía una pequeña papelería en la ciudad y figuraba entre los católicos más devotos.

No era casual que Lili se quedara con ellos. No habían pasado cinco meses desde su «traición». Cuando en mayo volvió en sí en el hospital general de Bergen, después de haber sido liberada del campo de concentración, había renegado de un modo tajante y definitivo de su condición de judía. Sin embargo, que los Björkman resultaran ser católicos sí fue puro azar: la característica meticulosidad sueca le había asignado esa familia tan solo para que la protegiera al llegar a Suecia.

A primera hora de la mañana del domingo, Björkman y su mujer llegaron en coche a Eksjö, esperaron en la portería del hospital a Lili, la abrazaron contentos por volver a verla y, a continuación, la llevaron directamente a Smålandsstenar a misa.

La iglesia de Smålandsstenar era sencilla, espaciosa y tenía mucha luz. La familia Björkman se sentaba en la tercera fila, ahora de nuevo al completo con la muchacha húngara, la convaleciente Lili Reich. Las caras radiantes se dirigían hacia el púlpito engalanado. Lili solo entendía unas pocas palabras de sueco, así que tanto el sermón de aquel domingo como la posterior fuga del órgano se expandieron en su interior con idéntica solemnidad. Después, también ella se puso en la fila para que el joven cura de pavorosos ojos azules le depositara en la

lengua la Sagrada Forma.

*Querido Miklós: le rogaría que no volviera a apresurarse tanto y que reflexionara más sobre a quién escribe lo que escribe. Nuestra relación no es tan cercana como para que me hable ASÍ de ciertas cosas. ¡Pues sí, soy una típica chica burguesa! Y si de cuatrocientas mujeres había cincuenta de «esas», espero que no le sorprenda.*

Ese mismo domingo mi padre y Harry permanecían sentados en el comedor del campamento de Avesta picoteando unos bollos y bebiendo un vaso de sifón. Podían haber estado festejando la rara circunstancia de hallarse solos en aquel enorme lugar, pero mi padre parecía tan desesperado que ni se había dado cuenta de ello.

—Lo he fastidiado todo —murmuró.

Harry hizo un gesto con la mano:

—¡Qué va! Se calmará.

—Nunca. Lo presiento.

—Entonces mantendrás correspondencia con otra.

Mi padre lo miró consternado. Sencillamente no podía creer que Harry no lo entendiese.

—No hay otra. Es ella o la muerte.

Harry se burló:

—Palabras, palabras...

Mi padre mojó el índice en su vaso y escribió sobre la mesa de madera: LILI. Al poco añadió, resignado:

—También esto se evaporará.

Y, en ese momento, a Harry se le ocurrió una brillante idea:

—¡Envíale una de tus poesías!

—Demasiado tarde.

Harry se levantó de un salto:

—No me gustan los judíos tristes. Te voy a traer algo dulce. Sobornaré a alguien o robaré para ti, pero no me pongas esa cara tan afligida.

Harry cruzó a toda prisa la solitaria estancia y entró por una puerta batiente en la cocina. Allí tampoco había nadie. Rebuscó en los armarios hasta que, en lo más hondo de uno de ellos, encontró un jarro de miel. Feliz, volvió junto a mi padre:

—No hay cuchara. Mete el dedo —le sugirió mientras empezaba a hacerlo él

mismo.

Mi padre permanecía sentado en el banco mirando fijamente la superficie de la mesa, en la que ya solo se distinguía el palote de la primera L. Harry se chupeteaba el dedo índice.

—De acuerdo. ¿Tienes papel y lápiz? Sácalos, voy a dictarte.

Finalmente mi padre lo miró:

—¿Qué?

—Una carta. Para ella. ¿Estás listo?

Mi padre, extrañado, sacó papel y lápiz de su bolsillo.

Harry estaba tan lúcido y sereno que estaba logrando abrir un diminuto resquicio en la coraza de la desesperación. Volvió a hundir el dedo en la miel y a chupetearlo mientras dictaba.

—¡Querida Lili! Te tengo que decir que me resultan ridículas y despreciables esas muchachas tontorronas que sienten vergüenza al hablar de ciertas cosas...

Mi padre tiró el lápiz.

—Pero ¿estás loco? ¿Quieres que la tutee? ¡¿Pretendes que le mande esto?!

—Lleváis ya un mes manteniendo correspondencia. Es momento más que sobrado para pasar al tuteo. Yo, desde fuera, lo veo con más claridad...

\*

El domingo siguiente, una vez bendecida la mesa por Sven Björkman, calmados también un poco los dos niños Björkman, la señora Björkman repartió meticulosamente la sopa con un cazo en porciones iguales. El comerciante de papelería preguntó a Lili sin mirarla:

—¿Dónde escondes tu crucifijo, Lili?

O Björkman sabía poco alemán o, una vez más, quería poner a prueba el dominio del sueco de Lili. Cuando ella lo miró sin entender, le hizo de nuevo la pregunta en sueco. Esta vez la ayudó un poco señalando la cruz que él llevaba.

Lili se sonrojó. Sacó de su bolsillo la pequeña cruz de plata y se la puso en el cuello. Björkman la miró con cariño.

—¿Por qué te lo quitas? Te lo regalamos para que te lo pusieras. Siempre.

Lili captó perfectamente el tono de reproche. Durante el transcurso de la comida ya no hablaron de nada más.

*... Pese al tono de su última carta, que me ha dejado un sabor raro, usted es un muchacho muy amable, y solo por eso le contestaré. Pero no estoy segura*

*de que le convenga tener como buena amiga a una «burguesita» como yo. También su tuteo me resulta demasiado prematuro...*

Mi padre tenía su propio termómetro en Avesta. Cada madrugada, a las cuatro y media en punto, como si le hubiera despertado el timbrazo de un despertador interior, palmoteaba en el cajón de la mesilla de noche en busca del termómetro y, con los ojos cerrados, se lo metía en la boca. Contaba hasta ciento treinta siguiendo un ritmo lento y regular.

Desde hacía meses el mercurio siempre alcanzaba la misma temperatura. Mi padre entreabría los ojos una fracción de segundo —no necesitaba más para distinguir las diminutas y finas rayitas—, dejaba de nuevo el termómetro en el cajón y se volvía hacia el otro lado para seguir durmiendo. Treinta y ocho con dos, ni más ni menos, de modo persistente. La fiebre, al igual que un ladrón que se le colara dentro, llegaba, le hurtaba la esperanza y, sin más, desaparecía con la luz crepuscular del amanecer.

A las ocho de la mañana, cuando mi padre se levantaba, su temperatura era completamente normal.

*¡Querida Lili! ¡Qué tremendo memo he sido! ¡Qué tendrá que ver usted con todas esas bobadas mías! Le envía un caluroso apretón de manos, Miklós.  
P. D.: ¿Esto sí me permite que lo haga?*

Una carta, por lo general, tardaba dos días en llegar a través del correo sueco. Cuando lo hizo la que contenía las disculpas de mi padre, Lili y Sára se acurrucaron en un rincón de la cama de Lili y esta la leyó en voz alta:

—«P. D.: ¿Esto sí me permite que lo haga?»

Sára reflexionó:

—Ahora tienes que perdonarle.

—Ya lo he hecho —y Lili cruzó a gatas la cama y sacó de la mesilla de noche un sobre—. No lo he cerrado todavía a propósito —dijo, mientras buscaba el párrafo que quería leerle a Sára—. Escucha: «Sí, amigo mío, ¡es verdad que eres un memo! Y, si te portas bien, podrás tutearme. Si en mi próxima carta te devuelvo el tuteo, será señal de que volvemos a ser buenos amigos».

Miró a Sára, triunfante.

La muchacha sonreía; aun así observó:

—¡Hombres!

\*

En la portería del campamento de Avesta había cuatro bicicletas, y los pacientes podían utilizarlas para ir en ellas desde el bosque hasta la ciudad. Como el tiempo se había puesto frío y ya ni siquiera con el sol de mediodía se derretían los casquetes de nieve enquistados en las copas de los pinos, mi padre y Harry tuvieron que cubrirse hasta la cabeza para que no se les helaran las orejas durante el trayecto de quince minutos.

Algo más de tiempo les llevó estimular sus dedos entumecidos. Con las manos aprisionadas bajo los muslos, esperaron su turno sentados en la oficina central de correos de la pequeña ciudad. Mi padre se hallaba fuera de sí. Desde donde se encontraban podían ver las puertas de cristal de las tres cabinas telefónicas, que en ese momento seguían ocupadas. Estaba en ascuas.

Un rato después una quedó libre por fin. Enfrente, tras el mostrador, una funcionaria pública se llevó el auricular al oído mientras miraba a mi padre, dijo luego algo al teléfono y le hizo una señal. Él se puso en pie de un salto y, como un zombi, entró tambaleándose en la cabina que había quedado libre.

Judit Gold, atropellando casi a enfermeras y médicos que bajaban por las escaleras, subió corriendo por ellas casi sin aliento. Lili y Sára estaban sentadas en el poyete de la ventana abierta de la sala.

Judit Gold apareció bruscamente en el marco de la puerta:

—¡Lili! ¡Lili! ¡Tienes una llamada!

Lili la miró, al parecer sin entenderla.

—¡Corre, rápido! ¡Te llama Miklós!

Lili, sonrojada, bajó de un salto del alféizar. Casi salió volando. Como una exhalación, descendió las escaleras hasta llegar al sótano del hospital, donde habían habilitado un cuarto para las llamadas telefónicas de los enfermos. Justo en aquel momento una enfermera salía de la estancia y la miró sorprendida. Lili vio que sobre la mesa, al lado del aparato, estaba descolgado el auricular. Refrenó su impulso hasta casi detenerse. Cogió el auricular con miedo y, con mucha precaución, lo levantó hasta su oído:

—Soy yo...

En la oficina de correos mi padre carraspeó. Por más que se esforzó por estar a la altura, empezó a hablar con una voz aguda una octava más alta de lo habitual.

—Tiene exactamente la voz que me imaginaba. ¡Esto es mística pura!

—Todavía estoy jadeando. He venido corriendo. Aquí solo hay un teléfono en el edificio principal y nosotras...

Mi padre empezó a hablar a toda prisa:

—Sosiéguese un poco. Mientras tanto hablaré yo, ¿de acuerdo? La llamo porque, ¡imagínese!, desde ayer ya se pueden enviar también cartas a casa por avión vía Londres o Praga. ¡Podemos escribir en húngaro y hasta mandar telegramas! ¡Finalmente podrá encontrar a su madre! ¡Me alegré tanto que decidí llamarla de inmediato para contárselo!

—¡Ay!

—¿He dicho algo malo?

Lili aferraba con tanta fuerza el auricular que la mano se le quedó sin sangre.

—Mamita..., no, no lo sé..., no sé la dirección... Tuvimos que dejar nuestro piso y alojarnos en una de esas viviendas marcadas con la estrella de David..., y no sé dónde puede vivir ahora... ¡Ay!

El tono de la voz de mi padre recuperó al fin su sedosa calidez:

—¡Oh, claro, qué tonto! ¡Pero podríamos poner un anuncio! ¡Un anuncio en el periódico *Világosság*! ¡Todo el mundo lo lee en nuestro país! Yo tengo un poco de dinero ahorrado, lo arreglaré...

Lili se quedó maravillada, pero aun en un momento tan especial y tan febril reparó en que cinco coronas semanales no bastaban para eso:

—¿Cómo ha podido ahorrar dinero?

—Sobre esta cuestión aún no te he escrito..., oh, perdón, perdón..., no le he escrito, querida Lili...

Una ola de ardor inundó a Lili; o puede que la fiebre le hubiera subido repentinamente.

—¡Puede tutearme!

A él aquella oficina central de correos de Avesta le pareció de pronto un palacio. Dirigiéndose a Harry, que continuaba sentado a pocos metros de la cabina acristalada, descargó en el aire un gran puñetazo que pareció relajarlo y hacerle feliz.

—Es que, verás, yo tengo un tío en Cuba... Pero es mejor que te lo cuente por carta, es un poco largo.

Y entonces se les agotaron las palabras.

Durante un rato permanecieron callados.

Aunque apretaban con vehemencia los auriculares contra sus orejas.

Lili fue la que empezó.

—¿Cómo estás? Quiero decir, de salud.

—¿Yo? Muy bien. Todos los análisis dan negativo. Había una pequeña mancha en el pulmón izquierdo. Un poquito de agua, restos de pleuresía. Pero no

es grave. Ahora me encuentro en mitad del tratamiento. ¿Y tú?

—Bien también. No me duele nada. Debo tomar hierro.

—¿Y fiebre?

—Solo unas décimas. Nefritis. No es nada. La tasa de sedimentación globular es alta.

—¿Cuánto?

—Treinta y cinco.

—¡Eso es terrible!

—¡Qué va! ¡Tengo un apetito espléndido!... ¡Te espero con impaciencia..., os esperamos!

—¡Sí! ¡Ya lo estoy organizando! Mientras tanto..., te he escrito una poesía.

—¡¿A mí?!

Lili se sonrojó.

Mi padre respiró hondo y cerró los ojos:

—¿Te la recito?

—¿Te la sabes de memoria?

—Claro.

Mi padre tenía que tomar una rápida decisión. La verdad era que ya le había escrito seis poemas a Lili. Y, de pronto, en un instante, tenía que elegir uno, y eso lo desesperaba. ¿Elegiría bien?

—El título es *Lili*. ¿Estás ahí todavía?

—Sí.

Mi padre permanecía recostado sobre la pared de la cabina, con los ojos cerrados:

Pisé un charco helado ayer  
y crujió su hielo gris;  
no hieras mi corazón,  
que aun el más leve dolor  
basta para hacer gemir  
gélidos mares en él.

—¿Sigues ahí?

Lili se había quedado sin aire.

Apenas si la sentía, y la escuchó musitar:

—Sí.

Mi padre también pareció empantanarse, o tal vez solo se había quedado

afónico. La lejanía era tal que hasta el aire susurraba a través del auricular, y en él flotaba, como si fuera el arrullo del mar, el murmullo de las palabras:

—Entonces sigo.

Ven pues, presurosa,  
con tu sonrisa en los labios,  
y deshiela lo que heló  
mi corazón, petrificándolo,  
amorosa, acariciándolo  
con tus manos calurosas.

## 5.

La oficina que el hospital militar de Eksjö puso a disposición de la LOTTA, la Organización de Voluntarios Suecos para la Protección de la Mujer, con el fin de facilitar cualquier consulta, ocupaba un desangelado cuarto muy pequeño y sin ventanas. Cabía apenas un escritorio y, frente a él, una silla de respaldo redondeado reservada a los visitantes.

La empleada de la LOTTA, la señora Ann-Marie Arvidsson, sacaba punta con esmero a su lápiz casi cada vez que terminaba de escribir una frase. Hablaba silabeando lentamente en alemán para que Lili pudiera entender sin dificultad cualquier sutileza expresiva. Ya se lo había explicado todo a aquella encantadora y joven muchacha húngara. Hasta la había puesto al tanto de asuntos que a ella no le incumbían. Por ejemplo, que Suecia asumía un gran riesgo al dejar entrar a tanta gente enferma. O que, por más que la Cruz Roja cubriera la mayoría de los gastos, surgían otros muchos que no podían preverse. ¡Y aún no había mencionado las innumerables dificultades del alojamiento! Por más que le gustase hacerlo, no podía favorecer semejantes iniciativas de carácter privado:

—En principio, tiene que saberlo, querida Lili..., en principio, yo tampoco estoy de acuerdo con visitas de esta índole.

Lili, ya aburrida, volvió a empezar:

—Solo un par de días. ¿A quién puede hacerle daño?

—Daño no sé. Pero ¿para qué? Viajar desde el otro extremo del país... Eso cuesta mucho dinero. ¿Y cuando ya estén aquí los muchachos? ¡Entre trescientos pacientes! ¡Esto es un hospital, no una pensión! ¿Ha pensado en eso, querida Lili?

—No lo he visto desde hace un año y medio.

Lili miró a la mujer con ojos suplicantes.

A la señora Ann-Marie Arvidsson le pareció descubrir una mota de polvo en la brillantada mesa. Delicadamente, la hizo desaparecer.

—Pongamos que lo autorizo. ¿Qué van a comer sus parientes? La LOTTA no tiene fondos disponibles para eso.

Lili se encogió de hombros:

—Algo comerán. Cualquier cosa.

—Usted pasa por alto los problemas con mucha facilidad, querida Lili. Estos chicos también proceden de un campamento. Ni siquiera entiendo de dónde pueden sacar el dinero para pagarse los billetes de tren.

—Tenemos un pariente común cubano.

Ann-Marie Arvidsson arqueó las cejas. Anotó unas palabras en el papel que tenía delante y volvió a sacarle punta al lápiz.

—¿Y ese pariente les financia la visita desde la misma Cuba?

Lili miró a la empleada fijamente a los ojos.

—Somos una familia muy unida...

La señora Ann-Marie Arvidsson terminó por echarse a reír.

—Usted se ha propuesto firmemente conseguirlo. Intentaré hacer algo. Pero no lo tome como una promesa.

Lili pegó un brinco de alegría. Se inclinó como pudo sobre el escritorio y le estampó en la cara un sonoro beso a la señora Ann-Marie Arvidsson. Salió corriendo a toda velocidad de la habitación volcando la silla.

La señora Ann-Marie Arvidsson también se levantó, alzó cuidadosamente la silla del suelo y sacó su pañuelo para borrar de su cara, pensativa, la huella de aquel beso.

\*

El rabino Emil Kronheim se subió ágilmente al tren en Estocolmo. Tenía una figura ascética, pequeña y delgada. Su cabello parecía un haz de heno.

Desde que recibiera del gobierno sueco el honroso encargo de llevar, en tiempos tan difíciles, un poco de apoyo espiritual a sus hermanos de religión y origen, su nombre y su dirección colgaban de todos los tabloncillos de anuncios en los campamentos de rehabilitación de Suecia. Por eso Emil Kronheim viajaba siempre durante tres semanas cada mes. Recorría el país en todos los sentidos. A veces sus actividades eran colectivas, otras escuchaba durante horas a una sola persona sin siquiera pestañear, alentándola tan solo con la fuerza de su mirada hasta que sus ojos se ensombrecían con la luz del atardecer. Nunca se cansó.

Solo tenía una debilidad, un poco cómica quizá: el arenque. No podía resistirse a los arenques en vinagre. En esta ocasión, por ejemplo, iba en el tren leyendo el periódico mientras comía arenques sobre un papel parafinado. Más allá de la ventanilla, en su vuelo, el paisaje iba expandiendo unas alas cada vez más blancas.

Bajó del tren en la estación de Eksjö. Llovía a cántaros. El rabino atravesó a toda prisa el andén encharcado.

En el hospital militar, según tenía entendido, residían tres compatriotas suyas. De una de ellas había recibido una carta hacía unos días. Un alma era un alma. Así que Kronheim había emprendido aquel viaje agotador sin titubear.

Ahora permanecía sentado en el cuarto sin ventanas de la planta baja, el mismo en el que unos días antes había estado confinada también la señora Ann-Marie Arvidsson. Llevaba un desgastado traje gris y seguía concentrado el caprichoso vuelo de una mosca sobre el escritorio, entre unos lápices bien afilados y el sacapuntas.

Llamaron a la puerta. Judit Gold introdujo la cabeza por la rendija:

—¿Puedo entrar?

El rabino esbozó una sonrisa:

—Es exactamente como me la imaginé. ¿Sabe, querida...?

—... Judit Gold.

—¿Sabe, querida Judit Gold?, a partir de su caligrafía me hice una imagen mental de usted. Y solo puedo felicitarle a mí mismo, porque he dado en el clavo. Por lo demás, el mundo está lleno de estos presentimientos. Napoleón, antes de la batalla de Waterloo... ¡Oh, pero qué pálida está! ¿Un vaso de agua?

El rabino cogió la jarra que estaba sobre la mesa y sirvió agua en un vaso. Judit Gold bebió con avidez y después se sentó.

—Me siento avergonzada —susurró.

—Yo también. Todo el mundo. Todos tenemos nuestras razones. Por ejemplo, usted, Judit, ¿de qué se avergüenza?

—De... de haberle escrito esa carta. Y porque ahora tengo que chivarme.

—¡Pues no lo haga! ¡Olvídelo todo!

—No puede ser.

—¡Claro que sí! Encójase de hombros y tire al cubo de la basura eso que me quería decir. No se preocupe por ello ni un segundo. Olvídalo. Hablemos de otra cosa. Hablemos por ejemplo sobre las moscas. ¿Qué piensa de las moscas, Judit Gold?

Emil Kronheim señaló la mosca que revoloteaba.

—Me repugnan.

—Hay que tener cuidado con la repugnancia. Fácilmente puede derivar en odio. Luego, de inmediato, sobreviene la agresión. A continuación, la ideología. Y entonces ya podrá dedicarse a perseguir moscas durante toda la vida.

Judit Gold no podía apartar los ojos de la mosca, que ahora se había posado en

el borde de su vaso. Tragó saliva:

—Tengo una amiga.

Judit Gold aguardó. Esperaba una pregunta o algún movimiento, pero esta vez el rabino Kronheim solo parecía interesado en la mosca, aquella mosca revoltosa y estúpida que se paseaba por la mesa. Tuvo que empezar de nuevo:

—Se trata de mi amiga Lili. Tiene dieciocho años. Es ingenua, inexperta...

El rabino cerró los ojos. ¿Le estaría prestando atención?

—Le ha sorbido el seso un... un hombre..., uno de Gotland. Es decir, ahora ya han trasladado al chico a Avesta. ¡No puedo ver cómo... cómo Lili se hace tantas ilusiones! No puedo contemplar estas cosas y mantener la sangre fría, no puedo verlo desde fuera...

El rabino, que hasta entonces no había hecho más que parlotear divagando sin ton ni son, ahora permanecía sentado con los ojos cerrados. ¿Se habría dormido?

Judit Gold empezó a llorar:

—Es mi mejor amiga. Me he encariñado con esa niña. ¡Estaba en los huesos cuando llegó! ¡Estaba tan decaída! ¡Tan huérfana! Luego empezó a cartearse con ese granuja. ¡Es un canalla! ¡Promete el oro y el moro! ¡Y ahora quiere venir aquí, al hospital, a visitarla!... Estoy desvariando. Perdón. Yo... solo sé que Lili es una cría.

Judit Gold sintió que había perdido el hilo. Tendría que volver a explicarlo todo de principio a fin. Aclarar el motivo de su preocupación, por qué pensaba que su miedo no era infundado. Pero el rabino, en vez de ayudarla, la había confundido. No le prestaba suficiente atención. Permanecía sentado y erguido, con los ojos cerrados.

Pasó un minuto sin que ninguno de los dos pronunciase una sola palabra.

Inesperadamente, el rabino Kronheim empezó a hurgar en su hirsuto cabello. Era evidente que no se había dormido.

Judit Gold balbucía gimoteando:

—¡He vivido tanto horror! ¡Tantas veces me he rendido! Pero vivo. Existo. ¡Y Lili es solo una niña!

Emil Kronheim metió la mano en uno de sus bolsillos.

—Siempre llevo conmigo un pañuelo limpio para estos casos. Tenga.

\*

Por esa época a mi padre se le ocurrió la manera de burlar al destino. En cuanto a su aspecto, no abrigaba ilusiones. Pese a que había engordado hasta

alcanzar los cincuenta kilos y que de su cara habían empezado a desaparecer aquellos desagradables granos, continuaba lleno de complejos.

Al doctor Lindholm le sorprendió la petición de mi padre en un primer momento, pero como en definitiva no se trataba esta vez de su dichoso viaje, sino de un insignificante capricho que le haría feliz, no se lo pensó dos veces. Dio unos pasos hacia el armario y buscó en una de las baldas inferiores una pequeña cámara fotográfica. De uno de los cajones de su escritorio sacó a continuación un carrete de doce fotos. En medio del despacho, donde aguardaba, mi padre recibió ambas cosas con una sonrisa radiante.

\*

Entre las barracas había explanadas amplias y despejadas, y alrededor de ellas crecían pinos centenarios que se erguían hacia un cielo sombrío. Miklós, Harry y Tibor Hirsch se perdieron por el lugar y mi padre le entregó a Tibor solemnemente la cámara fotográfica. Hirsch era el residente de más edad que había en el campamento, pues pasaba ya de los cincuenta y dos años. Su pelo se había negado a crecer de nuevo y la piel del cráneo había sido poblada por unas manchas irregulares de color burdeos.

—Tú eras fotógrafo, de ti me fío —mi padre miró a Hirsch fijamente a los ojos—. Se trata de mi vida.

El hombre escudriñó largamente la máquina Axa. Asintió con la cabeza.

—La conozco. Tienes mi palabra de que saldrá perfecta.

Mi padre atajó:

—No, no quiero que salga perfecta.

—¿Cómo?...

—Me gustaría que saliera desenfocada.

Hirsch lo miró sin acabar de entender. Mi padre añadió:

—Por eso te lo he pedido a ti. Porque tú tienes los conocimientos precisos.

Hirsch pareció abismarse en un pasado no tan lejano.

—Puede. Soy técnico electrónico y asistente de fotografía. Lo fui. ¿Qué es lo que quieres?

Mi padre señaló entonces a Harry:

—En la foto estaríamos los dos. Harry y yo. Quiero que Harry salga nítido. Y yo, desenfocado. Como de fondo, detrás de él... ¿Puedes hacerlo?

Hirsch se indignó:

—¡Qué bobada! ¿Por qué quieres salir desenfocado?

—¡Eso no te importa! ¿Lo puedes hacer o no?!

Tibor Hirsch, técnico electrónico y asistente de fotografía, dudaba. Pero, como mi padre lo miraba implorante y era un buen compañero, dejó a un lado cualquier prurito profesional.

En cinco minutos ideó cómo conseguir una foto en la que mi padre fuese casi irreconocible. Lo primero que hizo fue colocar a Harry en primer plano y un poco de perfil, según su ángulo más favorable. Hasta el lánguido sol colaboró de vez en cuando. Hirsch se situó a contraluz, y eso confirió a la fotografía una especie de intención artística. Mi padre, mientras tanto, tenía que andar corriendo de un lado a otro unos metros por detrás de Harry. Tibor Hirsch hizo varias tomas, casi todas con el mismo enfoque.

*Lili, querida, ¡qué brujita eres! ¡Me has hechizado totalmente a través del teléfono! Ahora tengo aún más curiosidad por saber si eres o no como te he imaginado a partir de tus cartas. Será un problema si no lo eres, ¡pero aún lo será más si resultara que sí! He encontrado una foto en la que salgo. Es verdad que aparezco en ella como si me hubiera aplastado un cíclope y luego tuviese que hacer algo urgentemente en cierta caseta verde. Pese a todo, te la mando...*

En el pasillo del tercer piso del hospital militar de Eksjö, justo en un recodo y delante de la ventana, habían colocado una palmera artificial que disponía de unas palmas tan tupidas que parecía recién trasplantada del hemisferio sur.

En ese recodo, y tras aquella exuberante palmera, se habían refugiado ahora las tres muchachas.

Lili examinaba la fotografía con una lupa, la cual pasó luego a Sára y a Judit Gold. El problema no estaba en sus ojos. Tenían que resignarse al hecho de que aquella figura de difuso perfil que parecía insinuarse correteando por detrás de Harry y resultaba difícil de identificar no era otro que mi padre.

De repente apareció por encima de ellas el médico jefe Svensson:

—¡Anda! ¡Para esto necesitaban las señoritas mi lupa!

Las tres muchachas se pusieron de pie a la vez dando un respingo. El médico jefe señaló con el dedo la foto.

—¿Hombres? ¿Húngaros?

Lili, cohibida, le entregó la fotografía.

—Es mi primo hermano.

Svensson miró largamente la foto.

—Es bien parecido. Por fin una mirada límpida.

Lili titubeó, pero luego se lo aclaró. Señaló la figura borrosa que se intuía detrás de Harry:

—No, no es ese. ¡Es este! ¡Este de aquí atrás!

El médico jefe Svensson se acercó aún más la foto a sus ojos. También él intentó apreciar algo de aquel joven que parecía corretear por allí, pero, por supuesto, no lo logró.

—Se diría que este chico sale en la foto por pura casualidad. Misterioso.

Los planes de mi padre se revelaron un éxito. La enigmática figura del fondo conllevaba la promesa del futuro. Svensson les devolvió desilusionado la fotografía y ellas le devolvieron la lupa riéndose con disimulo.

\*

*... Ahora no sé si voy a ser un poco atrevido, en parte contigo y en parte con tu amiga Sára, a quien mando un saludo amistoso. La cuestión es que mi amigo Harry y yo hemos conseguido un montón de lana, de un gris horroroso, que unas hábiles manos femeninas podrían convertir, como por arte de magia, en unos jerséis aceptables. Y a mí me gustaría que fueran las vuestras las que los tejieran, a poder ser lo antes posible.*

Al día siguiente, Lili se sentó en su cama y sacó un pañuelo de debajo de la almohada. Lo dobló cuidadosamente y lo introdujo en el sobre abierto que tenía en la mesilla de noche.

*... Acepta este detalle que te mando con cariño verdadero. Por desgracia no me salió tan bien como me habría gustado, y, como tampoco tengo plancha, no me quedó más remedio que alisarlo bajo la almohada... Por lo demás, aquí hace cada vez más frío, y, como no nos han dado abrigo de invierno, me pongo hasta dos jerséis cuando salgo a pasear al jardín.*

Judit Gold acababa de asomar la cabeza por debajo de su edredón. Y aquella especie de felicidad silenciosa que vio en la cara de Lili no le gustó nada en absoluto.

\*

El correo se distribuía por la tarde, justo después del tiempo de descanso. Por lo general era Harry quien iba a buscar las cartas a la portería y quien leía después los nombres.

—Misi, Adolf, Litzman, Grieger, Jakobovits, Józsi, Jenö, Spitz, Miklós...

Mi padre recibía cartas con frecuencia —quizá con demasiada frecuencia—, pero por entonces solo las de una persona eran capaces de animarlo. Si la remitente era Lili, no tenía paciencia para esperar a llegar hasta su cama, y por el camino abría el sobre ávidamente. Ahora un pañuelo se le había escurrido y había caído al suelo. Enseguida lo recogió y lo olió varias veces.

*... El hecho de que, al no tener plancha, lo hayas alisado debajo de tu cabeza no hace más que aumentar su valor para mí... Dime, ¿por qué tus cartas me causan cada vez más y más alegría? Perdona por el lápiz, pero quiero contestarte ahora mismo y me han dejado sin tinta. Te envía un largo y caluroso apretón de manos, Miklós.*

\*

El hospital de Eksjö contaba con un salón de actos en la planta baja, una estancia de paredes amarillas con un estrado ante el que se podía correr una elegante cortina roja, como si fuera un escenario.

Cuando a Sára se le ocurrió la idea de dar un recital, esperaban que al menos el sector femenino del tercer piso asistiera al mismo. En cambio, las doscientas sillas fueron ocupadas por soldados, aunque entre ellos, como en un dulce las uvas pasas, asomaba alguna que otra *fröken* o señorita, todas ellas enfermeras, con sus trenzas, sus crujientes batas almidonadas y sus cofias.

Las responsables del recital solo habían preparado cuatro números. Sára cantaba y Lili la acompañaba al armonio. Después de las tres primeras canciones húngaras, Sára entonó el himno sueco.

No habían llegado siquiera a la mitad cuando los soldados, mal afeitados y en pijama, se levantaron al unísono, dieron un empujón a las doscientas sillas y, desafinando, se pusieron a cantar incorporándose así al espectáculo.

*... Estos suecos ya empiezan a ponerme de los nervios. Esperan que entonemos alabanzas a su bondad una y otra vez... ¡¡¡Tengo una terrible añoranza de mi patria!!!*

## 6.

Klára Köves llegó por sorpresa en el tren de la tarde. Tenía el dinero justo para pagarse el billete desde el campamento que había cerca de Uppsala hasta Avesta. Pero eso le traía sin cuidado, pues estaba convencida de que mi padre se encargaría del resto.

Al llegar a la estación de Avesta, pidió que la subieran a la pequeña camioneta que transportaba el correo, así que los últimos kilómetros los hizo en condiciones lujosas. Aún no eran las tres cuando se bajó del coche a la entrada del campamento.

Sus compañeras de destino se burlaban de ella llamándola la «osa». Y no sin razón, pues tenía un caminar tambaleante y pesado y apretaba la mano de la gente como un hombre. Además, gran parte de su grandullona anatomía estaba cubierta por un vello sedoso que, a veces, según el reflejo de la luz, se parecía al pelaje de un oso. Klára tenía unos gruesos y sensuales labios bajo una nariz de gavián, y su enorme cabeza estaba enmarcada por un oscuro pelo castaño, tan rizado y abundante que resultaba imposible de moldear. Sin duda alguna era un fenómeno.

Entró en la barraca como si fuera un tornado y los muchachos se quedaron de piedra cuando la oyeron berrear:

—¡Miklosito mío, estoy aquí! ¡He venido a verte!

Todos permanecieron inmóviles. Mi padre, en un principio, creyó que aquello era sin duda un absurdo malentendido. Sencillamente no podía asociar a aquella corpulenta mujer con la chica franca y simpática con la que, desde hacía ya casi dos meses, venía carteándose con cierta frecuencia.

Cuando, a mediados del verano, mi padre iniciara su amplia correspondencia con las muchachas húngaras, las ciento diecisiete misivas lanzadas como mensajes en una botella tuvieron dieciocho respuestas. Al final, aparte de Lili, se había enredado escribiéndose con otras nueve chicas. Una de ellas era Klára Köves. Mi padre no era capaz de parar. Escribir le producía un placer físico, le ayudaba a comprender la profundidad de las cosas; además, realmente le interesaba el destino de aquellas mujeres. Pero esas cartas escritas a esas otras

nueve no tenían nada que ver con las confesiones enviadas a Lili.

Con Klára, por ejemplo, coincidía, como mucho, en cuestiones ideológicas. La muchacha había repartido octavillas en pro del socialismo durante la guerra; precisamente así fue como la detuvieron.

Klára se dirigió a todo galope hacia mi padre y, sin preámbulo alguno, lo besó en la boca.

—He estado preparándolo durante semanas.

Los muchachos de la barraca la observaron atónitos. Una mujer de carne y hueso, de noventa kilos, aparecía entre ellos como por arte de magia saltándose las normas, obviando cualquier tipo de permiso médico y cualquier otra autorización, y lograba que sus sueños se plasmaran de repente en tres dimensiones.

Mi padre temblaba perdido en el achuchón de Klára:

—¿Para qué te has estado preparando?

—Para unir nuestras vidas, ¡para qué si no!

Por fin Klára lo soltó. De su bolso sacó precipitadamente las cartas y las lanzó al aire. Se volvió hacia los otros, que mientras tanto se habían ido incorporando de sus camas y se habían reunido en torno a ellos. No cabía duda de que la irrupción de Klára ejercía una especie de magnetismo teatral.

—¿Sabéis, pollitos, quién se encuentra entre vosotros? ¡Un nuevo Karl Marx! ¡Un nuevo Friedrich Engels!

Las cartas cayeron como los confetis de una celebración. Los pollitos parecían encantados. Mi padre se sentía morir.

Entonces Klára lo agarró por el brazo y él hizo una desesperada señal a Harry para que los siguiera. Los tres se internaron por el sendero del bosque que había cerca del campamento. Klára se había apropiado de mi padre, lo había confiscado, casi se lo comía; era como si hubiera robado un muñeco con el que jugar. Harry caminaba detrás de ellos, esperando su turno. Lloviznaba.

—Mira, Klára —mi padre intentaba hablar de un modo didáctico bajando la voz—, debes saber que mantengo correspondencia con otras muchas chicas. Con muchísimas chicas.

Klára se reía a carcajadas:

—¿Quieres que me sienta celosa, pollito mío?

—¡Qué va! Me gustaría ponerte al tanto de los hechos. Escribir cartas, se puede decir, es el único divertimento que tenemos. No solo yo, sino toda la barraca. Esto es lo que ha provocado que malinterpretes algunas cosas.

—¡Nix..., nada de malinterpretaciones! ¡Yo me he enamorado de ti, pollito

mío! ¡Eres todo un lumbreras! ¡Te aprecio muchísimo! ¡Serás mi profesor y mi amante! ¡Tienes muchos complejos, pero yo te voy a curar!

—Como te he dicho, escribo muchas, muchísimas cartas. Debes saberlo.

—¡Todos los genios arrastran sus complejos! Lo sé, yo ya he tenido que aguantar a dos antes de la guerra. No te importa que te ponga al tanto, ¿verdad, pollito mío? Ya no soy virgen. ¡Jo, jo! ¡Soy cualquier cosa menos virgen! ¡Pero siento que podré serte fiel! ¡Me sé de memoria cada frase, cada uno de tus pensamientos! ¿Quieres tomarme la lección?

En su desbordante fervor, Klára enlazó a mi padre por la cintura y le estampó un montón de besos en la cara y hasta en las gafas. Los cristales se le empañaron. Pero, aun así, tan de cerca, mi padre pudo apreciar a través de aquella sucia pátina una enorme desesperación en lo más hondo de la mirada de Klára. Era su miedo cerval a ser rechazada.

Este sorprendente descubrimiento lo tranquilizó.

—¡Klára, por favor, déjame hablar!

—Solo quería decirte que yo cuidaré de ti siempre que haga falta. ¡Me he curado por completo! Puedo dejar el campamento. ¡Me pondré a trabajar! ¡Y me trasladaré para estar aquí a tu lado! Ahora sí, ¿qué querías decirme?

Al fin, forcejeando, pudo liberarse del apretón de Klára. Se plantó delante de ella.

—Bien. Veamos los hechos. Yo escribo muchas cartas, más que nada porque tengo buena caligrafía. De eso ya se han percatado antes otras personas, también los chicos de la barraca, y puedo decirte que se aprovechan de mí. Tus cartas, sintiéndolo mucho, no las he escrito yo, sino Harry. Fue él quien me las dictó para que yo se las escribiera con mi bonita caligrafía. Porque la suya es horrorosa, ilegible. Esta es la triste realidad. De lo que te has enamorado a través de mi escritura es de la mente de Harry, lo siento.

Klára, sorprendida, miró a su alrededor bajo la llovizna y descubrió a Harry. Dio un paso hacia él.

—En una palabra..., ¿así que mi genio eres tú, pollito mío?

Harry asintió y señaló a mi padre:

—Él solo escribía. Los pensamientos... —y con modestia se señaló la frente.

La mirada de Klára oscilaba peregrina entre ambos hombres. Mi padre era pequeño, llevaba gafas y tenía dientes metálicos. Harry, en cambio, era apuesto, debajo de la nariz le crecía un pequeño bigote a lo húsar y en sus ojos destellaba un anhelante deseo. Decidió que era mejor creer a mi padre. Así que tomó del brazo a Harry.

—Lo comprobaré, pollito mío. A mí la apariencia no me preocupa lo más mínimo. Me traen sin cuidado la sinuosidad de unos labios, el color de unos ojos o una cara bonita. A mí lo único que me incita es lo espiritual, no sé si me entiendes. Las ideas progresistas, los pensamientos que vuelan alto me enardecen, me causan un placer infinito.

Harry detuvo a la chica, la volteó hacia sí, le puso una mano en el enorme trasero y con la otra le sujetó el mentón.

—No te defraudaré —declaró, y la besó en la boca apasionadamente.

Mi padre se dijo que aquel era el momento de poner pies en polvorosa, pues era posible que ni se dieran cuenta de su desertión. Y, en realidad, cuando miró hacia atrás ya hacia el final del sendero, vio que la parejita caminaba abrazada y soñadora hacia lo más profundo del bosque, desapareciendo tras una cortina de lluvia que era cada vez más densa.

\*

Después de lo sucedido con Klára, mi padre se impuso tres días de penitencia. Durante ese tiempo no le escribió ni una sola palabra a Lili. Al cuarto día se metió en una bañera de agua caliente en el único cuarto de baño individual del campamento. La llave de ese cuarto de baño con reminiscencias burguesas podía conseguirse en la portería principal, y él pudo disfrutar a menudo de ese privilegio. Como el sitio estaba en un edificio aparte, lejos de las barracas, mi padre nunca cerraba la puerta; en aquella ocasión, tampoco. Encendió un cigarrillo y, a voz en grito, se puso a cantar una marcha del movimiento obrero a pesar de que nunca había destacado por su buen oído musical.

De repente la puerta del cuarto de baño se abrió de golpe. Enmarcada en el vano y agitando sus cortos brazos apareció la enfermera jefe, Márta, aquella enana que no medía más de un metro cuarenta, agitando las manos en el aire para disipar el humo del cigarrillo. Mi padre intentó taparse con la mano izquierda los órganos genitales.

Márta estaba sencillamente hecha una furia.

—¿Qué hace aquí, Miklós?! ¿Se mete aquí para fumar a escondidas?! ¿No le da vergüenza?! ¿Cuántos años tiene usted, Miklós?! ¡Cosas así solo las hace un mocoso estudiante!

Él dejó caer al instante el cigarrillo en la bañera. Con la mano derecha comenzó también a sacudir el aire, pero solo consiguió remover un poco el humo sobre el agua. Así que, como lo que de verdad le incomodaba era su desnudez,

decidió que lo mejor sería seguir cubriendo sus partes con las dos manos.

Con su enorme cofia en la cabeza, Márta se abalanzó de pronto hasta la mismísima bañera y le gritó en la cara:

—¡Miklós, para usted el tabaco es la muerte! ¡Cada cigarrillo es un día menos de vida! ¡¿Merece la pena?! ¡Respóndame, insensato! ¡¿Merece la pena?!

*... Lili, mi pequeña y querida amiga, ahora tengo que hacerte una confesión. Aún no es la que de momento me da miedo escribir, pero debo decirte que tengo un oído atroz y una voz espantosa para el canto.*

*Sin embargo, como buen antimilitarista que soy, yo también vocifero marchas revolucionarias en la bañera.*

*¡Aquí nos cuidan de un modo insufrible! Hay que cumplir a rajatabla con el reposo obligatorio del stille Bettruhe metidos en la cama, además de seguir otras parecidas y beneficiosas prescripciones. La que más se preocupa por nosotros es húngara y se llama Márta, es la enfermera jefe, se parece a Mickey Mouse y es la esposa del doctor Lindholm, el médico jefe.*

Aquella enfermera jefe que se parecía a Mickey Mouse había montado en cólera y cruzaba rápidamente el jardín. Hasta alcanzar la entrada tenía que recorrer un camino de más de cinco minutos, y, a cada paso, aumentaba la cólera en ella.

Cuando llegó casi arrancó la puerta.

Cuatro días antes, gracias sobre todo a la perseverante paciencia que había mostrado Klára Köves, Harry había recuperado la virilidad que creyera perdida. Aunque la muchacha se marchó un poco desilusionada, habían acordado seguir escribiéndose. Pero en Harry se despertó el apetito.

Ahora era Frida, portera durante el día en el campamento, otra grandullona a la que llamaban la «elefantita», la que le apetecía. Harry reflexionaba sobre los zigzagueantes caprichos del deseo. Parecía que, sin saber muy bien cómo, aquella época en la que solo le atraían las mujeres pálidas con cinturita de avispa había terminado.

Cuando Márta apareció como un ángel exterminador en el marco de la puerta, Frida y Harry —este último en pijama— andaban justamente enredados en un coqueteo preliminar. No les dio tiempo ni a separarse. Harry tuvo suerte de que la bronca fuera en sueco, pues apenas pudo entender nada.

—Frida, ¿le has vendido tú cigarrillos a Miklós?

Frida estrechaba a Harry entre sus mullidos brazos y su apretón no remitió lo

más mínimo.

—Nada más que dos. O tres.

Márta vociferó:

—¡Esta es tu última oportunidad! ¡Si vuelvo a pillarte de nuevo, informaré de ello! —y, dando media vuelta, salió pegando un portazo tras de sí.

No es que Frida quisiera hacer un favor distribuyendo cigarrillos, sino que más bien, al venderlos por un precio ligeramente superior al que los compraba, redondeaba su escaso sueldo.

*... Confieso con sinceridad que me agrada que un hombre fume cigarrillos, pero, ahora, en tu caso, es diferente. Por favor, ¡no lo lledes al extremo! Por lo demás yo no fumo...*

\*

Lili entró en la sala-dormitorio del hospital como una sonámbula. Sin decir palabra, se sentó en la cama. Irradiaba de ella un desconsuelo tan intenso que Judit Gold, tumbada en la suya, dejó caer sobre su vientre el tomo de *Tess d'Urberville*, de Thomas Hardy, una novela que volvía a leer por tercera vez, si bien en esta ocasión en inglés.

Sára, que en aquel momento se servía una taza de té, corrió hacia ella al verla y se arrodilló junto a la cama.

—¿Ha pasado algo?...

Lili permaneció sentada con los hombros caídos y no le respondió.

Sára le puso la mano en la frente:

—Te ha subido la fiebre. ¿Dónde está el termómetro?

Pegando un salto, Judit Gold fue a buscarlo; lo guardaban sobre un platito al lado de la ventana. Lili dejó que las dos chicas levantaran su brazo y luego lo apretaran contra su cuerpo. Asustadas, las amigas aguardaron ante ella.

El viento zarandeaba continuamente la ventana. Sobre aquel acompasado y rítmico golpeteo, la suave voz de Lili parecía el sonido huérfano de un violín:

—Alguien me ha denunciado.

Judit Gold dio un pequeño respingo:

—¡¿Cómo?!

Lili miraba con fijeza sus zapatillas.

—Vengo de hablar con la mujer de la LOTTA. Me ha dicho que le he mentado...

Se hizo el silencio. Sára recordó el nombre.

—¿La señora Ann-Marie Arvidsson?

Lili prosiguió con voz apagada:

—... que Miklós no es mi primo hermano, sino un desconocido que me escribe cartas...

Judit Gold dio un brinco y correteó arriba y abajo por la habitación.

—¿De dónde se ha sacado eso?

—... y que debido a ello me deniega el permiso. ¡No podrá venir! ¡No podrá venir!

Sára se arrodilló delante de Lili y estampó un beso en cada una de sus manos.

—Ya inventaremos algo, Lili. Levanta la cabeza, te va a subir la fiebre.

Lili no podía despegar los ojos de sus zapatillas.

—Me ha mostrado una carta. La ha escrito alguien de aquí, una de nosotras.

Entonces Judit Gold gritó:

—¡¿Quién?!

—No me lo ha revelado. Solo me ha dicho que en la carta pone que yo miento. Que Miklós no es mi primo hermano como yo sostengo y que por eso me deniega el permiso.

Sára suspiró:

—Volveremos a pedirlo. Solicitaremos el derecho a recibir visitas hasta que se aburran.

Judit Gold se desplomó también a los pies de Lili.

—¡Mi pequeña y querida Lili!

Lili, finalmente, levantó la vista y miró a sus amigas.

—¿Quién puede odiarme tanto?

Sára se incorporó agotada y sacó el termómetro de la axila de Lili.

—Treinta y nueve con dos. Métete ahora mismo en la cama. Hay que llamar a Svensson.

Las dos amigas tumbaron hacia atrás a Lili y la taparon con el edredón. La muchacha parecía incapaz de moverse sola, había que tratarla como a un bebé.

Judit Gold, para distraer su atención, observó:

—Le gustas.

Sára no lo entendió de entrada.

—¿A quién le gusta Lili?

—A Svensson. Se la come con los ojos.

Sára hizo un ademán despectivo.

—¡Anda ya!

Pero Judit Gold siguió erre que erre.

—Yo nunca me equivoco en estas cosas.

\*

Mi padre estaba entre la maraña de hierros transversales del puente que había sobre el paso ferroviario y miraba fijamente hacia abajo, hacia la profundidad. A sus pies una media docena de vías serpenteaba, algunas de las cuales se perdían en el horizonte hacia el infinito. El cielo estaba cubierto de un gris acerado.

A lo lejos, en el camino, apareció la silueta de Harry. Venía corriendo y, aunque luego subió de dos en dos los escalones de hierro del puente, mi padre solo se percató de su presencia cuando se detuvo jadeando a su lado.

—¿Estás a punto de saltar?

Mi padre le sonrió sosegado.

—¿Por qué dices eso?

—Por tu mirada. Y porque nada más repartirse el correo has desaparecido corriendo.

Por debajo de ellos pasó un tren de mercancías. La densidad de su negra humareda los sumió en las tinieblas. Mi padre se aferraba con fuerza a la barandilla de hierro.

—No. No voy a saltar.

Harry se acodó a su lado. Juntos contemplaron cómo se alejaba el tren de mercancías que acababa de pasar por debajo. Cuando ya no era más que el trazo de una fina línea en lontananza, mi padre sacó de uno de los bolsillos del pantalón una carta arrugada. Se la pasó a Harry.

—Acabo de recibir esto.

*¡Muy respetado señor mío! Respondiendo a su petición publicada hoy en el periódico Szabad Nép, le comunico que su madre y su padre murieron, víctimas de un bombardeo, en el campo austriaco de Laxenburg el día 12 de febrero de 1945... Conocí muy bien a sus padres, pues fui yo quien pidió, cuando los llevaron al campo, que los destinaran a la fábrica de café para que los trataran como a personas y disfrutaran de una buena alimentación y de un alojamiento lo más confortable posible. Siento infinitamente tener que comunicarle una noticia tan desagradable. Andor Rózsa*

Mi padre había tenido una relación contradictoria y hasta caótica con el suyo. El propietario de la Librería Gambrinus, el muy conocido librero de Debrecen,

era un hombre colérico que gritaba mucho y al que, con frecuencia, se le iba la mano. Incluso con su mujer, y, para que esto ocurriera, ni siquiera necesitaba estar borracho. Por desgracia bebía mucho. Pese a ello, la madre de mi padre se pasaba a menudo por la librería y le llevaba la merienda, unas manzanas o unas peras, a su marido.

Mi padre guardaba en la memoria el recuerdo de una tarde mágica en la que, siendo todavía un chiquillo, le había subyugado tanto la novela *Pedro I* de Alexéi N. Tolstói que, sin ninguna noción del espacio y del tiempo, se había dejado llevar veloz entre los vericuetos de la corte del zar, con las orejas más rojas que un tomate sentado en lo alto de la escalera. A última hora de la tarde su madre fue a buscarlo, era primavera y lucía en la cabeza con mucha pompa un sombrero de ala ancha color burdeos.

—Miki, son las siete, te has olvidado de almorzar. ¿Qué lees?

El niño levantó la vista. La mujer del sombrero púrpura le resultaba conocida, pero no sabía de qué.

Harry dobló la carta y se la devolvió a mi padre sin decir palabra. Apoyados en la barandilla, continuaron mirando las vías del tren. Algunos pájaros describían fugaces círculos en el cielo.

*Querido Miklós, siento una inmensa tristeza por esa carta que has recibido desde Szolnok en la que te han comunicado un hecho tan terrible. No encuentro palabras para consolarte...*

Esa misma tarde mi padre se fue en bicicleta hasta el cementerio de Avesta. Había empezado a chispear. Estuvo deambulando sin descanso de acá para allá por el camposanto sin que ningún objetivo concreto le guiara, inclinándose a veces sobre las inscripciones de las lápidas para intentar susurrar unos nombres suecos que le resultaban demasiado complicados.

*... Perdóname por ser tan frío, por tomarme con tanto cinismo esta desgracia; es para molerme a palos... Ayer fui a un cementerio de aquí. Quizá con la esperanza de que a los míos, allá en el fondo de una fosa común, les CONMOVIERA MI RECUERDO TITÁNICO... Fin.*

De repente Lili se sentó en la cama; era ya noche avanzada y la bombilla que colgaba por encima de la puerta proporcionaba una luz mortecina. Tenía la frente bañada en sudor. En la cama contigua, Sára permanecía echada, sin cubrir, en

posición fetal. Lili se escurrió hacia allí y se arrodilló junto a ella.

—¿Duermes?

Sára, como si la hubiera estado esperando, se dio la vuelta y susurró:

—¡No, tampoco puedo!

Lili se tendió a su lado y le cogió la mano. Tumbadas boca arriba, miraban fijamente cómo el abedul que crecía frente a la ventana dibujaba, zarandeado por el viento, figuras extrañas en el techo. Al cabo de un largo rato Lili dijo:

—Ha recibido noticias... sobre sus padres... Un bombardeo...

Sára ni pestañeó, de refilón había visto la carta abierta con la caligrafía de mi padre dejada sobre la mesilla de noche.

—¡Dios mío!

—Los he contado. Han pasado trescientos setenta y tres días. Y, desde entonces, no he tenido noticias ni de mi madre ni de mi padre.

Con los ojos abiertos como platos, siguieron contemplando en el techo los caprichos expresionistas que el viento dibujaba.

## 7.

A las tres de la tarde llegaba la pequeña camioneta que llevaba y traía las cartas del campamento de Avesta. Un hombre con una pelliza de cuello de piel saltaba del vehículo, iba hacia la parte trasera, abría de par en par las portezuelas y de un saco gris extraía los sobres destinados a los allí residentes. Por lo general se entretenía unos cuantos minutos entre aquellas dos puertas abiertas. Después se acercaba al buzón pintado de amarillo, que más bien parecía una gran bolsa de viaje, y, antes de echar dentro los sobres, abría la trampilla inferior con una llave y las cartas remitidas desde el campamento caían entonces en el interior del saco vacío.

Asistir angustiado a esta monótona operación era un rito que formaba parte del programa diario de mi padre. Tenía que asegurarse de que su carta no se quedara, debido a alguna malévola maquinación, fuera del saco.

*Lili, querida mía, ¡tengo el convencimiento de que, si no hoy, mañana te llegará la buena noticia! La carta está escrita y se encuentra en un bolsillo de tu padre, quien aguarda la ocasión para intentar lo que es casi imposible: enviarla a Suecia.*

\*

En el hospital militar de Eksjö había un sitio donde se podía fumar sin arriesgarse a ser descubierto. Este lugar se hallaba en el segundo piso del edificio y por las mañanas se usaba para ducharse, pero después quedaba vacío hasta la noche.

Judit Gold fumaba cerca de medio paquete al día, por lo que toda su paga se le iba en eso. Sára también fumaba, aunque tan solo tres cigarrillos diarios. Lili simplemente las acompañaba.

Sára inhaló el humo hasta el fondo y fantaseó:

—Podríamos ir esta tarde a la ciudad. He suplicado que nos dieran permiso.

Judit Gold estaba sentada, con las piernas encogidas, en el bordillo de las

duchas.

—¿Para qué?

—Podríamos encargarnos que hicieran de una vez una foto de Lili para Miklós.

Lili se sobresaltó.

—¡Dios me libre! Si me ve, se le desmorona el mundo.

Judit Gold tenía la habilidad de exhalar el humo haciendo unos bonitos y regulares anillos.

—Es una buena idea. Una foto de las tres para recordar este momento más adelante.

Sára preguntó:

—¿Cuándo?

—Algún día. Cuando estemos en otro sitio, cuando seamos felices.

Aquello les hizo fantasear.

Después Lili precisó:

—Soy fea. No me hace falta ninguna foto.

Sára le dio un cachete en la mano.

—Eres estúpida, amiguita mía, pero no fea.

Judit Gold, mientras seguía con la mirada los anillos de humo hasta que desaparecían por la estrecha abertura del respiradero, sonreía insinuante.

\*

En correos, mi padre se inclinó cuanto pudo sobre la ventanilla acristalada. Para evitar cualquier malentendido, dijo en alemán:

—Quisiera mandar un telegrama.

La señorita, que también llevaba gafas, miró como animando a mi padre.

—¿La dirección?

—Eksjö, Utlänningsläger, Korungsgården 7.

La señorita comenzó a rellenar el impreso a toda velocidad.

—¿Texto?

—Dos palabras. Dos palabras en húngaro. Se las voy a deletrear.

La señorita se ofendió.

—Dígamelas como suene.

Mi padre respiró hondo. En un sonoro y articulado húngaro silabeó:

—*Sze-ret-lek, Li-li.*<sup>[1]</sup>

La señorita meneó la cabeza. Qué lengua tan abigarrada...

—¿Me lo puede deletrear?

Él lo intentó. Avanzaron pacientemente y lograron pasar de las primeras letras, pero luego se atascaron. Entonces mi padre introdujo la mano por el hueco de la ventanilla, agarró la mano de la empleada que sostenía el lápiz e intentó conducirla.

No resultó fácil. En la L mayúscula la muchacha tiró el lápiz sobre el mostrador y empujó el impreso hacia mi padre.

—¡Escríbalo usted mismo!

Él tachó los garabatos y con su preciosa y regular caligrafía escribió en el impreso: «Szeretlek, Lili! Miklós».

Y volvió a empujar el impreso.

La empleada de correos miró con cara de circunstancia aquel texto que le resultaba incomprensible.

—¿Qué significa?

Mi padre vaciló:

—¿Está usted casada?

—Tengo novio.

—¡Oh! ¡Felicidades! Pues aquí pone..., pone...

Mi padre sabía a la perfección cómo traducir al alemán la frase más simple y bella del mundo. Pero no le apetecía hacerlo. Mientras tanto la señorita contaba las palabras.

—Son dos coronas. ¿Me lo dice entonces?

De repente mi padre se asustó. Palideció y empezó a gritarle a la empleada de correos:

—¡Devuélvame! ¡Vamos, hágame el favor!

La muchacha se encogió de hombros y volvió a deslizar el impreso hacia el otro lado del mostrador. Mi padre agarró entonces el papelito y lo rompió. Sintiéndose de pronto infinitamente cobarde y tonto e incapaz de dar la más mínima explicación, sonrió turbado, saludó con una inclinación de cabeza y salió a toda prisa de las oficinas de correos.

\*

Aquel mismo día, avanzada ya la noche, los muchachos se envolvieron en sus mantas y se sentaron donde siempre, alrededor de la mesa de madera a la luz de la única bombilla que los iluminaba, en el patio donde la hierba y la maleza venían atacando desde hacía años el suelo de hormigón. Imperaba un silencio adormecedor y soñoliento. Acurrucados, cerraban los ojos o miraban ausentes la

roja pared de ladrillos sin revocar.

Mi padre se encontraba junto a la pared, con la espalda apoyada contra ella, y tenía los ojos cerrados. Parecía dormir.

*... Esta vez no te mando poesías recientes, solo un soneto. Y es que tengo un plan más ambicioso: estoy dándole vueltas en la cabeza al embrión de una novela. Trataría del viaje que realizan, en diferentes vagones, doce personajes muy distintos (hombres, mujeres, niños... —todos judíos alemanes, franceses, húngaros...—, gente culta y campesinos) hasta un campo de exterminio alemán. El periplo que va desde la seguridad de sus vidas hasta la muerte. De eso tratarían los primeros doce capítulos.*

*Los otros doce describirían el momento de la liberación. Ahora mismo está todo muy en bruto, pero tengo muchas ganas de empezar.*

Pál Jakobovits no tendría más de treinta años, pero las manos le temblaban continuamente, y los médicos ya no le permitían hacerse ilusiones de mejorar algún día. Sentado, se balanceaba mientras recitaba una plegaria:

—Ay, Dios bendito, escucha mi petición y mándame una mujer, una mujer guapa de pelo negro, y, si no la encuentras de pelo negro, me vale igual que lo tenga rubio, mientras sea una mujer guapa...

Tibor Hirsch, técnico electrónico y asistente de fotografía, lo aguantaba como podía. Sentado al otro lado de la mesa, le espetó de pronto:

—¡Qué ridículo resultas entonando esa plegaria!

—¡Rezo por lo que me da la gana!

—Ya no eres un adolescente, Jakobovits, has pasado de los treinta.

Jakobovits miró sus propias manos; con la derecha se agarró la izquierda para frenar de alguna forma el temblor.

—¿Y a ti qué te importa?

—Un hombre a los treinta no suspira por mujeres.

Jakobovits levantó la voz:

—¡¿Entonces qué?! ¡¿Se hace una paja?!

—No seas ordinario.

Jakobovits se clavó las uñas en uno de los brazos para vencer el maldito temblor.

—¡¿Qué hace un hombre de treinta años, Hirsch?! ¡Me gustaría saberlo! —gritó.

Hirsch se encogió de hombros.

—Reprimir sus deseos. Tomar bromuro. Esperar a que le llegue el momento.

Jakobovits dio un enorme golpe en la mesa.

—¡Yo ya no espero más! He esperado demasiado.

Se levantó de un salto y se metió corriendo en la barraca.

Mi padre continuaba recostado en la pared con los ojos cerrados, pero sus labios se torcieron.

*¡Lili, querida mía! ¡Si no fuera por pudor, ahora soltaría una ristra de palabrotas! Así es como me desfogo, como las niñas cuando lloran. En los campamentos nos hemos echado a perder de una manera espantosa... Me encantaría adquirir para ti el libro de August Bebel La mujer y el socialismo. Espero poder conseguirlo.*

\*

Lili se había acurrucado bajo el edredón y sollozaba. Pasaba ya de la medianoche. Sára se despertó con sus ahogados gemidos y saltó de la cama, alzó el edredón y empezó a acariciar el pelo de Lili.

—¿Por qué lloras?

—No..., por nada.

—¿Has tenido un mal sueño?

Sára se escurrió junto a Lili y ambas se pusieron a mirar el techo como hacían últimamente casi todas las noches. Enseguida se les unió Judit Gold.

—¿Quepo yo también?

Las dos chicas le hicieron sitio y Judit Gold se pegó a ellas. Lili preguntó:

—¿Quién es Bebel?

Judit Gold frunció la nariz:

—Una especie de escritor.

Sára se incorporó y se sentó en la cama. Se trataba de su especialidad y, en ocasiones así, hasta adoptaba una actitud de maestra y, por lo general, levantaba el índice.

—¡No es *una especie de escritor*! ¡Es un hombre maravilloso!

Lili se secó las lágrimas.

—Parece ser que tiene un libro: *La mujer y el socialismo*.

Judit Gold, a quien le molestaba que Sára fuera tan sabionda y a quien las ideas izquierdistas le producían, además, sarpullidos, enseguida la quiso

apabullar:

—Pues, ateniéndome al título, voy corriendo a leerlo. ¡Sujetadme!

Sára prosiguió, mordaz:

—Es el libro más brillante de Bebel. Yo aprendí mucho de él.

Judit Gold, bajo el edredón, apretó el brazo de Lili. Como nunca había dejado que en cuestiones literarias le ganaran, abrió un nuevo frente:

—Tu poeta no hace más que hincharte la cabeza, ¿verdad?

—Me va a enviar ese libro en cuanto pueda.

—Pues apréndete algunos fragmentos de memoria, así podrás impresionarlo.

Sára seguía sentada con el índice señalando al cielo.

—En *La mujer y el socialismo* Bebel afirma que en una sociedad justa la mujer es compañera de pleno derecho del hombre. En el amor, en la lucha y en todo.

Judit Gold sonreía con gesto malhumorado.

—Bebel es un memo. Nunca tuvo mujer. Sin duda fue sifilítico.

Sára se enfureció, en su cabeza se arremolinaron montones de respuestas, pero no fue capaz de elegir ninguna. Así que tan solo se hundió en la cama.

*... Espero con impaciencia ese libro. Sára ya lo ha leído, pero le gustaría volver a leerlo.*

\*

El grupo de residentes de la barraca de Avesta había recibido, nada más llegar, dos juegos de mesa y un tablero de ajedrez. Los juegos de mesa les resultaban muy primitivos y las instrucciones estaban en sueco, por lo que, tras probarlos una vez, pronto se aburrieron.

En cambio, por el tablero de ajedrez había siempre una gran disputa, aunque fueran Litzman y Jakobovits quienes se lo apropiaran la mayoría de las veces. Al parecer Litzman había llegado a ser campeón de Szeged. Él y Jakobovits se jugaban dinero y eso les otorgaba cierto privilegio a la hora de reivindicarlo.

Litzman comentaba la partida durante toda su duración. Levantaba el alfil y, mientras describía círculos con él en el aire, entonaba:

—¡Mueeeevooo! ¡Maaaatooo! ¡Jaaaaqueee!

Jakobovits se sumía largos minutos en un mar de reflexiones. Como siempre, también en la partida que disputaban ese día había gente en torno a ellos. En mitad del tenso silencio que precedía al jaque mate, la lacónica exclamación de

Hirsch tuvo el efecto de un solemne tañido de campana:

—¡Vive!

Sentado en la cama, el técnico electrónico y asistente de fotografía agitaba una carta:

—¡Vive! ¡Mi mujer vive!

Los demás lo miraban mudos, estupefactos.

Entonces Hirsch se levantó y miró a su alrededor con la cara radiante.

—¡¿No lo entendéis?! ¡Vive!

Y se puso en marcha. Enarbolando la carta que acababa de recibir como si fuera una bandera, empezó a desfilar entre las camas al tiempo que gritaba:

—¡Vive! ¡Vive! ¡Vive!

Primero fue Harry el que se sumó a él. Colocándose detrás, agarró a Hirsch por los hombros y lo acompañó imitándolo. Desfilaron entre las camas de la barraca berreando como si siguieran el compás de una marcha:

—¡Vive! ¡Vive! ¡Vive! ¡Vive!

Después se fueron uniendo a ellos Fried, Grieger, Oblatt y Spitz. Una voraz alegría de vivir se apoderaba de ellos, arrollándolos, y barría todos los obstáculos. También mi padre se les unió, y, uno tras otro, los dieciséis supervivientes de la barraca. Delante iba Hirsch ondeando su carta por encima de la cabeza, le seguían todos los demás y remataban la fila Jakobovits y Litzman.

Describieron sinuosos caminos por toda la estancia encontrando siempre nuevas y nuevas rutas, como si se hubieran convertido en el larguísimo cuerpo de una serpiente. Agarrados a los hombros del anterior, enseguida descubrieron que también se podía pasar por encima de las camas, de las mesas, de las sillas..., siempre y cuando no se perdiera el ritmo:

—¡Vive! ¡Vive! ¡Vive! ¡Vive! ¡Vive! ¡Vive! ¡Vive! ¡Vive! ¡Vive! ¡Vive!  
¡Vive!

*... Hoy Tibi Hirsch, uno de mis amigos, ha recibido una carta de Rumanía. Se la ha escrito su mujer: vive y está en casa. Y eso que tres personas en Belsen me aseguraron haber visto cómo la mataban a tiros...*

\*

Este episodio triunfal acabó por despertar en mi padre el deseo de realizar un último intento para llevar a cabo su viaje.

Consciente de que Lindholm pasaba las noches de los miércoles en el edificio principal, se puso el abrigo encima del pijama, cruzó corriendo la explanada y llamó a la puerta del despacho del médico.

Lindholm le invitó a sentarse, terminó la frase que estaba escribiendo y luego, expectante, alzó la vista. La habitación estaba iluminada por una lámpara de mesa y el haz de luz llegaba solo a una altura inferior a la de los ojos del médico, lo que perturbó un poco a mi padre.

—Quisiera hablar con usted sobre el alma, señor médico jefe.

Solo el mentón y la nariz de Lindholm permanecían iluminados.

—Un curioso animalejo.

Mi padre tiró al suelo el abrigo. Y allí estaba, sentado con su deshilachado pijama de rayas, como si fuera un santo medieval.

—A veces es más importante que el cuerpo.

Lindholm juntó las manos.

—La semana próxima va a venir un psicólogo...

—No, esto quisiera hablarlo con usted. ¿Conoce *La montaña mágica*, señor médico jefe?

Lindholm se echó hacia atrás y su cara desapareció del todo en la oscuridad. Parecía un hombre sin cabeza.

—La he leído.

—Pues me pasa como a Hans Castorp. Esa nostalgia enfermiza... que siento por todo lo sano... casi me duele...

—Es comprensible.

Mi padre se inclinó hacia delante.

—Deme su autorización. Por favor.

—¿Y esto a qué viene?

—Si pudiera viajar..., ver a mi prima hermana... solo un par de días..., si pudiera actuar como si ya me hubiese curado...

Lindholm le interrumpió:

—¡Ya estamos con esa manía suya, Miklós, le suplico que lo deje estar!

—¿El qué?

Lindholm se puso en pie de un salto y esquivó definitivamente el círculo de luz.

—¡Esa manía suya de desear viajar! ¡Ese empecinamiento! ¡Entre ya en razón!

También mi padre se levantó de un brinco y se puso a gritar:

—¡Estoy en mis cabales! ¡Quiero viajar!

—¡Pero si se muere! ¡Si se va a morir dentro de nada!

Aquel terrible colofón de Lindholm permaneció aleteando por encima de sus cabezas como un siniestro pajarraco. Mi padre no veía más que las dos perneras bien iluminadas del traje que llevaba el médico, lo que sugería que también podía ignorar, sin ningún problema, su sentencia final.

En el silencio que imperó a continuación tan solo se oía la respiración agitada de ambos.

Lindholm, avergonzado, se volvió, fue hasta el armario y abrió y cerró repetidas veces las puertas.

Mi padre, pálido, permanecía en pie.

Lindholm había pasado al sueco y repetía en voz baja:

—Perdón. Perdón. Perdón.

Finalmente sacó un sobre del armario, se acercó al interruptor del negatoscopio mural y lo encendió. La habitación fue anegada por una luz fría y aséptica. El doctor puso las radiografías sobre el cristal. Las seis. No se dio la vuelta ni buscó su mirada.

—¿Dónde dice que tratan a su *prima hermana*?

—En Eksjö.

—Quítese la parte superior del pijama. Le auscultaré.

Mi padre se desprendió de la chaqueta del pijama; Lindholm sacó el fonendoscopio.

—Respire. Hondo. Fuera, dentro..., fuera, dentro...

Se encontraban uno frente a otro, pero no se miraban. Mi padre respiraba diligente. Lindholm permaneció un largo rato a la escucha, como quien disfruta de una etérea y lejana música. Luego dijo en voz baja:

—Tres días. Para despedirse. Como médico pienso que... Pero da igual lo que piense... —e hizo un gesto de resignación.

Mi padre volvió a ponerse la chaqueta del pijama.

—¡Gracias, doctor Lindholm!

*... Lili, ¡ahora tienes que obrar con ingenio y rapidez! ¡Y le haremos un regate a la LOTTA! Necesito un escrito en sueco de tu médico jefe, en el que diga que apoya la visita desde el punto de vista médico. ¡Al mío ya he logrado convencerlo!*

Lindholm manoseaba turbado el fonendoscopio. En aquella luz íntima y misteriosa que reinaba se atrevió a sacar de su bolsillo la cartera.

—Olvídela. Se lo aconsejo como médico suyo que soy. El alma... A veces es mejor sepultarla...

Retiró las radiografías del negatoscopio y las metió en el sobre. Apagó el interruptor. Después sacó de la cartera una minúscula fotografía surcada de arrugas y muy desgastada y se la tendió a mi padre.

En la imagen, delante de una pared, una niña rubia con una pelota en las manos miraba con desconfianza hacia el objetivo de la cámara.

—¿Quién es, señor médico jefe?

—Mi hija. Era. Murió. Un accidente.

Mi padre no osó ni respirar. Lindholm trasladó el peso de su cuerpo de un pie a otro y el suelo crujió. Su voz se enronqueció:

—La vida a veces castiga.

Mi padre acarició con el pulgar la cara de la niña que aparecía en la foto.

—Es de mi anterior matrimonio. Jutta. Márta le contó la segunda parte de la historia. Esta es la primera.

\*

Esta vez Lili y sus amigas organizaron una velada más larga. En el salón de actos de la planta baja, Sára cantó ocho canciones acompañada al piano por Lili: dos canciones húngaras, un Schumann y dos Schubert, e incluso se atrevieron con algún que otro éxito de operetas.

Los soldados y las enfermeras las festejaron por todo lo alto. Sobre el escenario, después de cada número, Lili y Sára saludaban con gracia y modestia. Para Lili fue un honor especial que el señor médico jefe Svensson asistiera al acto. Se sentó hacia la mitad de la primera fila, con una niña de unos tres años en el regazo, y, al final de cada número, pateó el suelo con los pies.

Cuando terminó el espectáculo, se acercó al estrado para felicitar a Lili, que se refugiaba cohibida al lado del piano. La muchacha contempló ávidamente a la niña, que no se había impacientado ni dormido y que, al parecer, había encontrado en el programa una especie de placer elemental.

—¿La puedo coger?

Svensson se la entregó y Lili la estrechó contra sí; la niña no dejaba de reír.

Mientras tanto, abajo, entre el público, los soldados habían rodeado a Sára. No tuvieron que rogarle mucho para convencerla de que les cantara una canción más, a modo de bis, aunque fuera así, a capela. Sára eligió la canción húngara *Grulla en el cielo*. En los ojos de algún que otro soldado, a pesar de no entender

ni una palabra de la letra, asomaron algunas lágrimas.

También Lili fue presa de una especie de melancólica tristeza.

*... Hace unos días, por la tarde, estuve paseando solo por las calles nevadas de esta pequeña ciudad...*

Oscurecía. Mi padre, cansado ya de subir la cuesta, no pudo seguir pedaleando. Continuó empujando la bicicleta y, a unos veinte metros, se paró.

En la ventana de la casa no había cortinas; incluso desde la valla donde se encontraba, se podía ver perfectamente el interior de la estancia. Era como una diminuta pintura costumbrista del siglo pasado. El hombre leía, la mujer estaba sentada junto a la máquina de coser. Entre ambos había un bebé en una pequeña cuna de madera, y, desde donde estaba él, desde el vallado, hasta podía distinguir que tenía una muñeca entre las manos y cómo sonreía con su boca sin dientes.

*... En la ventana no había cortinas; y vi el interior de una exigua y humilde estancia... Me siento cansado. Veinticinco años y cuántas, cuántas cosas malas... Yo no tengo el recuerdo de una vida familiar bella y armónica, no he participado de ella. Quizá por eso la deseo tan locamente... Al poco me alejé a toda prisa de allí, no quería seguir viéndolos...*

## 8.

Lili seguía achuchando a la hija del médico jefe Svensson.  
Sára, rodeada de hombres en pijama entusiasmados, seguía cantando:

La grulla surca el cielo hacia la patria volando,  
la contempla el vagabundo en su bastón apoyado.

El doctor Svensson tocó a Lili en el brazo.

—He recibido una carta del campamento masculino de Avesta. Me la escribe un colega mío, el médico jefe de allí. Su mujer es húngara.

Lili enrojeció.

—Sí —balbució.

—Es sobre su primo hermano.

—¿Sí?

—No sé cómo decírselo. La carta es un poco desconcertante.

De repente Lili sintió que la niña le pesaba demasiado. La puso delicadamente en el suelo.

—Estábamos planificando que él pudiera venir a visitarme.

El doctor cogió de la mano a su hija y asintió con la cabeza:

—De eso se trata. Estoy de acuerdo, por supuesto que lo autorizo.

Lili lanzó un chillido y agarró la mano del doctor Svensson para besársela. El médico solo logró zafarse a tirones.

Abajo, en la sala, entre los espectadores, Sára entonaba ya:

Si a tu lado otra vez estar pudiera,  
a ti me abrazaría en tu sofá violeta...

Svensson escondió la mano tras de sí.

—Pero tiene que saber una cosa.

—¡Lo sé todo!

Svensson tomó aire:

—No, no lo sabe. Su primo hermano está gravemente enfermo.

Lili sintió una opresión cerca del corazón.

—¿Sí?

—Tuberculosis pulmonar. Es grave. Irreversible. ¿Comprende el significado de la palabra «irreversible»?

—Lo comprendo.

—No sabía si decírselo o no. Pero, como se trata de un miembro de su familia, pensé que debía saberlo. No es contagioso.

Lili acariciaba el rubio cabello de la pequeña.

—Entiendo. No es contagioso.

Sára concluyó la canción y, de repente, se hizo el silencio. Tan solo se escuchaba, como si fuera un eco lejano que se fuese apagando, el canturreo de la hija de Svensson.

El doctor posó su índice sobre los labios de la niña. El eco se extinguió.

—Y usted, querida Lili, cuídese. Usted tampoco está bien. Aún le falta mucho para estar bien.

A Lili se le había secado la boca y no pudo decir nada.

\*

A mi padre, aunque intentaba disimularlo, le inquietaba un poco el diagnóstico de Lindholm. Si bien no creía al médico jefe, para afianzar su tesis precisaba de algún otro informe pericial. Por eso le pidió a Jakobovits, que en tiempos de paz había sido auxiliar de quirófano en Miskolc, que valorara sus radiografías. En la práctica, eso significaba que tenían que entrar por la fuerza en el despacho de Lindholm. Harry se unió a ellos entusiasmado, pues le encantaba meterse en todo lo que le hiciera sentir el sabor agridulce de la aventura.

El estrecho pasillo del edificio principal estaba iluminado por la luz color limón de una bombilla. Mi padre, Jakobovits y Harry avanzaron por él, como tres sigilosos duendes, hacia el despacho de Lindholm. Debajo de los abrigos vestían sus pijamas.

Harry llevaba en la mano un trozo de alambre. En ocasiones se jactaba de haber pertenecido, durante un corto periodo de tiempo antes de la guerra, a una banda de saqueadores de talleres. Por lo visto sabía a la perfección cómo abrir cerraduras y candados.

Anduvo hurgando largamente en el ojo de la cerradura. Mi padre empezaba ya a arrepentirse de todo y, viendo la escena desde fuera, casi se echó a reír. Pero

Harry logró por fin abrir la puerta y, raudos, se escabulleron dentro.

Actuaban como un cuerpo del ejército bien entrenado. Mediante señas, mi padre le indicó a Harry de qué armario se trataba. Y este, al instante, ya hurgaba en la cerradura en cuestión.

No se atrevieron a encender la luz, pero aquella noche había luna llena y una fantasmagórica y fosforescente penumbra inundaba el despacho de Lindholm. Por decirlo de algún modo, los tres hombres bien podían sentirse los protagonistas de un cuento.

Crujió la cerradura; Harry había abierto también el armario. Rápidamente, mi padre empezó a deslizar los dedos sobre las carpetas buscando la suya, que, como bien recordaba, estaba hacia la mitad. La encontró y lanzó un suspiro. Sacó las radiografías y se las entregó a Jakobovits.

Instalado a sus anchas en el sillón de Lindholm, el auxiliar de quirófano se dedicó a estudiar los negativos alzándolos contra la luz de la luna.

En ese instante se abrió de golpe la puerta, se activó el interruptor y la habitación quedó inundada por la intensa luminosidad de tres bombillas de cien vatios.

En la puerta apareció la enfermera jefe, Márta, la esposa de Lindholm; sus pequeños senos se agitaban.

—¿Con qué andan entreteniéndose aquí los señores pacientes?

Los señores pacientes, que como tales llevaban debajo de sus andrajosos abrigos solamente un pijama de rayas, es decir, el uniforme oficial del hospital, se pusieron de pie de un salto. De las manos de Jakobovits se escurrieron las radiografías. No hubo respuesta, la situación se explicaba por sí misma. Márta salpimentó la muda pantomima anadeando a la vez que recogía una a una las radiografías esparcidas por el suelo.

Solo después se volvió hacia la distinguida concurrencia:

—Pueden irse.

Los señores pacientes dieron media vuelta y, en fila india, pasito a pasito, desfilaron hacia el pasillo.

A mi padre Márta le ordenó dar de nuevo media vuelta:

—Miklós, usted quédese.

Jakobovits y Harry vieron el cielo abierto cuando la puerta se cerró tras ellos.

Mi padre se volvió poniendo la mayor cara de arrepentimiento de la que fue capaz. Márta ya se encontraba sentada en el sillón de Lindholm.

—¿Qué es lo que quiere saber? —le preguntó.

Él balbució:

—Mi amigo, Jakobovits, es una especie de médico... Lo era antes de que... Me habría gustado saber su opinión...

—¿Erik no le ha dado la suya?

Mi padre miró sus botas, la maraña de cordones sueltos que llegaban hasta el suelo.

—Sí. Me la ha dado.

Márta lo miró con tanta insistencia que, al final, también él tuvo que devolverle la mirada. Entonces la enfermera jefe asintió con la cabeza dándose por enterada: había comprendido. Se levantó y volvió a meter las radiografías en el sobre. Las archivó luego en la carpeta que llevaba el nombre correspondiente y cerró la puerta del armario.

—Erik lo está dando todo por usted. Usted es su paciente favorito.

—Siempre tengo fiebre al amanecer. Treinta y ocho con dos.

—Hoy día cada semana se patentan en el mundo nuevos medicamentos. Puede pasar cualquier cosa.

Algo pareció romperse de pronto dentro de él. Fue tan rápido que no tuvo ni tiempo de darse la vuelta. Fue como el aplastante embate de un terremoto. Aunque avergonzado por no poderlo contener, allí mismo se desplomó en el suelo ocultando la cara entre las manos. Sollozaba.

Márta, discretamente, se apartó.

—Usted ha pasado por cosas terribles. Y las ha superado. ¡Las ha superado, Miklós! ¡No me haga esto, rendirse ahora que está a punto de lograrlo!

Durante un largo rato mi padre no pudo decir nada. Lo suyo ya no era llanto, sino que gañía como un animal herido. Intentó articular palabras inteligibles, pero parecía como si la capacidad de concebirlas y pronunciarlas lo hubiera abandonado.

—No me rindo.

Márta lo observaba con desasosiego. El hombre estaba acurrucado en el suelo tapándose la cabeza con los brazos. La enfermera jefe dio un paso hacia él.

—Bien. Ahora recobre la serenidad.

Se tomaron su tiempo. Él dejó de llorar, pero seguía cubriéndose con los brazos y encogiéndose cada vez más. Al final pudo volver a decir algo:

—Sí, entendido.

Márta se acuclilló a su lado.

—Míreme, Miklós.

Él miró hacia arriba entre sus dos codos huesudos. Entonces Márta, en un tono riguroso y profesional propio de una enfermera jefe, le ordenó:

—Respire hondo.

Intentó respirar acompasadamente. La enfermera jefe lo dirigía:

—Uno-dos. Uno-dos. Profundamente. Lentamente.

El tórax de mi padre se inflaba y se desinflaba. Uno-dos. Uno-dos.

—Lentamente. Profundamente.

*Querida..., pequeña y querida Lili, yo no soy tonto, sé que la enfermedad que ahora me tiene aquí encerrado irá desapareciendo poco a poco. Pero conozco a mis semejantes. Por eso comprendo la pena con la que van diciendo: es tubercu...*

\*

En el jardín del hospital militar de Eksjö había un templete de música. Era una elegante construcción abierta y circular, con un tejado de madera color verde oscuro sobre columnas blancas. Por esa época, en noviembre, el viento glacial ya solo permitía que allí dentro rodaran las hojas de los árboles. Lili, que de momento no podía abandonar el área del hospital durante la semana, a veces se refugiaba allí. Cuando ya no podía aguantar más el olor del edificio, salía corriendo hacia el pabellón. Y, si hacía buen día, apoyaba la espalda en una de las columnas y dejaba que el sol, que a veces brillaba por unos instantes, acariciase su cara.

Pero ahora soplaba un viento hostil. Lili y Sára caminaban sin cesar alrededor de las columnas, como obsesionadas, embutidas en sus gruesos y reglamentarios abrigos de paño.

*Mi pequeño Miklós, ¡estoy muy enfadada contigo! ¡¿Cómo puede un hombre de veinticinco años, inteligente y serio, ser tan tontorrón?! ¡¿No te basta con que yo sea absolutamente consciente de tu enfermedad y que, pese a ello, no vea el momento de que vengas?!*

\*

Más o menos por esas fechas llegaron a Avesta dos hombres con traje y corbata a los que sin demora acompañaron hasta la barraca de los húngaros. Los dos eran funcionarios de la Embajada de Hungría y, en el centro de la estancia, pusieron en alto una radio atada con una cinta. Uno de ellos pronunció un

discurso:

—¡La fábrica Orion de Hungría les presta este aparato! ¡Que lo disfruten con salud!

Tibor Hirsch, en representación de toda la barraca, fue quien lo recibió.

—¡Gracias! Las palabras húngaras que habrán de llegarnos desde la patria serán sin duda para nosotros más importantes que los propios medicamentos.

Dejaron la caja sobre una mesa, mi padre buscó un enchufe y Harry encendió la radio. El verdoso ojo mágico brilló y se oyó un zumbido. Uno de los hombres trajeados ordenó:

—¡Busquen Radio Budapest!

No había pasado ni medio minuto y ya el aparato hablaba en húngaro.

«Queridos radioyentes, son las cinco y cinco de la tarde. Para los húngaros que se hallen en el extranjero, retransmitimos el mensaje del delegado del Gobierno para la Repatriación, Sándor Millok: “A los húngaros que nos estén escuchando desde cualquier parte del mundo, queremos decirles que no los hemos olvidado y que nos solidarizamos con ellos. En lo sucesivo será para mí un placer informarles, a ellos y a todos los radioyentes de nuestra nación, de las medidas que iremos tomando para facilitar el retorno de los compatriotas que tengan la intención de regresar a casa”»...

Bien entrada ya la noche, los muchachos se sentaron fuera, en el patio, colocaron la radio sobre la mesa de madera y llevaron hasta allí una toma de corriente. Soplaban un viento fuerte y la bombilla se balanceaba fantasmagórica sobre ellos. Pero los habitantes de la barraca se habían acostumbrado a pasar al menos media hora al aire libre antes de acostarse. Sin embargo, en esa ocasión, la radio había estado sonando durante seis horas seguidas sin parar. Sobre sus pijamas se habían puesto jerséis o abrigos y, arrebujados en las mantas, daba la impresión de que quisieran meterse en el interior del aparato. Como si fuera el de un duende, el mágico ojo verdoso les hacía guiños.

En aquel preciso instante estaban retransmitiendo, desde Washington, el discurso del senador estadounidense Claude Pepper. Cada cinco frases más o menos el locutor musitaba su traducción. Luego siguió la información desde Budapest. Las noticias, los chismes y los retazos de reportajes de horas pasadas formaban remolinos en sus cabezas, al igual que el viento cortante que de vez en cuando se levantaba soplando desde el Polo Norte:

LLEGA A LA ESTACIÓN DEL ESTE LA SEGUNDA REMESA DE LOS PRINCIPALES CRIMINALES DE GUERRA.

HA SIDO INAUGURADO EL PUENTE FLOTANTE DE LA PLAZA DE BORÁROS.

EL ADIESTRAMIENTO DE LA PRIMERA UNIDAD FEMENINA DE LA POLICÍA ESTATAL HA CONCLUIDO SATISFACTORIAMENTE.

SE HA CELEBRADO UN CONCURSO DE HABILIDAD DE CAMAREROS EN LA AVENIDA DE LA CIRCUNVALACIÓN.

MIHÁLY KOVÁCS, DEL VASAS, NOQUEÓ DE UN SOLO DERECHAZO A ROZSNYÓI, DEL CSEPEL, EN LA SEGUNDA VUELTA DEL CAMPEONATO DE BOXEO.

\*

Llegó el domingo. El coche gris oscuro de los Björkman se detuvo delante del hospital y Lili, que ya estaba esperándoles en la entrada, se sentó en la parte de atrás.

Después de la misa en Smålandsstenar, regresaron a casa y ocuparon su lugar en torno a la mesa para disfrutar de la comida festiva. Sven Björkman la bendijo. Mientras la señora Björkman servía la sopa, el cabeza de familia pudo constatar con satisfacción que en el pecho de Lili brillaba la cruz de plata, su regalo. Seguían sin poder conversar debido a las dificultades lingüísticas. No obstante, el comerciante de papelería se dirigió a ella en sueco:

—¿Sigues sin tener noticias de los tuyos, Lili?

Había entendido todas las palabras. Sin alzar la vista, Lili negó con la cabeza. A Björkman le invadió la compasión.

—¿Por qué no nos cuentas algo de tu padre?

Lili se encogió de hombros. ¿Cómo podría hacerlo?

Björkman lo interpretó mal, pensó que Lili no le entendía debido a sus limitaciones con el idioma. Dirigiéndose a ella con la cuchara en la mano, sus aclaraciones casi lo hicieron sudar:

—¡Tu padre! ¡TU PA-DRE! ¡Papá! ¡Papi! ¡¿Entiendes?!

Lili asintió con la cabeza. Respondió, resistiéndose aún:

—No hablo tan bien el alemán...

Björkman se mantuvo en sus trece:

—¡No importa! ¡Cuéntalo en húngaro! ¡Nosotros te escucharemos! ¡Créeme, lo vamos a entender! ¡Tú solo cuéntanoslo! ¡En húngaro! ¡Vamos! ¡Empieza!

Lili se sentía incapaz. Le temblaba la cuchara en la mano. Pero los Björkman aguardaban mirándola. También los dos niños. Lili se limpió entonces la boca con la servilleta y dejó caer las manos sobre el regazo; al agachar la cabeza vio la cruz que colgaba sobre su jersey. Quedamente, comenzó a hablar en húngaro:

—Mi padre, mi querido y bondadoso padre..., tiene los ojos azules... Tiene los ojos tan azules que hasta alumbran. Él es el mejor hombre que hay en el mundo.

La familia Björkman parecía haberse quedado en suspenso. El comerciante de papelería permanecía un poco escorado hacia un lado en la silla, inmóvil y con la cabeza ligeramente inclinada, como si hubiera sido hechizado por la musicalidad de aquel idioma desconocido y lejano. ¿Qué podría estar entendiendo de esa melodía, de aquella cadencia?

—Papá no es alto..., pero tampoco bajo..., y nos quiere mucho... En cuanto a su profesión, es agente comercial. Viajante... de maletas...

Sándor Reich, su padre, comerciante de maletas, enfilaba cada lunes de madrugada la calle Hernád llevando en cada mano un gigantesco baúl de la marca Vulkán en cuyo interior se acoplaban, como si fueran capas de cebolla, docenas de otras maletas y bolsas más pequeñas.

Esta imagen se presentó de pronto ante Lili de una manera tan nítida que hasta pudo ver, sin necesidad de cerrar los ojos, cómo la sombra de su padre subía por la fachada de las casas a la luz de un sol primaveral que ya despuntaba.

—... Durante toda la semana mi padre va de un lado para otro por diferentes provincias. Pero, cuando llega el fin de semana, los viernes, siempre vuelve con nosotras... Vivimos cerca de la estación de trenes del Este, alquilamos un piso allí a propósito. Cada lunes, muy de mañana, papá sale con su muestrario y recorre andando la calle Hernád hasta la estación del Este. Y cada viernes regresa también cargando con la misma colección. Nosotras siempre le estamos esperando...

Las palabras que Lili desgranaba la transportaban al pasado sin dificultad. Ya se encontraban todos sentados alrededor de la mesa, puesta para un festejo, en su casa de la calle Hernád: papá, mamá y la niña de ocho años, Lili. Presidiéndola había alguien más, un hombre sin afeitarse con un raído abrigo abotonado hasta arriba para que nadie pudiera ver su vieja y sucia camisa ni sus pantalones rotos. Papá había intentado que se quitara el abrigo, pero luego desistió. El extraño, con las uñas de los dedos renegridas, palpaba turbado el salero.

—... Los viernes por la noche tenemos siempre una cena festiva. Y cada viernes papá invita a esa cena a un judío pobre. Así da la bienvenida al *sabbat*. Al hombre pobre casi siempre lo encuentra en los alrededores de la estación...

Parecía como si Sven Björkman lo hubiera entendido todo. Una lágrima le bailoteaba en el lagrimal, pero él ni se inmutaba, permanecía como encogido y escorado hacia un lado en la silla. En el rostro de su mujer se había congelado una sonrisa, y hasta los dos niños, con los ojos abiertos como platos, permanecían atentos entre una y otra cucharada.

—... Así es como nuestra familia ha llegado a ser una familia de cuatro miembros cada viernes por la noche...

Lili no se atrevió a bajar la vista hacia la cruz de plata que llevaba al cuello.

Por la noche, durante el largo camino hasta Eksjö, la señora Björkman puso a Lili al tanto del intrincado proceso que conllevaba la adopción en Suecia. No se preocupó demasiado por el hecho de que la chica solo pudiera deducir del contexto el tema de su agitado monólogo. En todo caso, ella se sintió aliviada por haber expresado por fin lo que desde hacía semanas venía planificando con Sven. Lili ya había desaparecido hacía rato tras la doble puerta de madera del hospital militar mientras los Björkman, de pie al lado del coche, aún le hacían gestos de despedida.

*... Miklosito mío, no te olvides de tu promesa: ¡búscales a Sára, a mi mejor amiga, una pareja! Sára es mayor que yo, acaba de cumplir veintidós...*

\*

Atormentado por la falta de nicotina, mi padre hizo corriendo el corto camino hasta la portería del campamento. Entró sin llamar. Frida y Harry se apartaron al instante el uno del otro.

Mi padre balbució:

—Yo... quería nada más unos cigarrillos...

Frida, girando sobre el regazo de Harry y sin abotonarse siquiera la blusa, se deslizó como flotando hasta el armario y sacó de allí una caja de madera. Separados en distintos compartimentos se amontonaban en su interior, sin ningún envoltorio, cigarrillos de diversas marcas. La muchacha, cuyos enormes pechos se desbordaban, sonreía burlona.

—¿Cuántos quieres?

Él se avergonzó e indicó que tan solo cuatro. Frida humedeció con saliva dos de sus dedos y sacó cuatro cigarrillos. Entretanto rebuscó algún dinero suelto e hicieron el trueque. Harry abrazó entonces por detrás a Frida y le dio un beso en el cuello.

—Dáselos gratis, querida. Es mi mejor amigo. Gracias a él he recobrado la potencia.

Frida miró con cierta coquetería a mi padre, se encogió de hombros y le devolvió el dinero.

*... ¡Tengo un gran problema con tu petición! Aquí somos dieciséis húngaros, pero no elegiría a ninguno de ellos para Sára. Había pensado en llevar conmigo a Harry, por ejemplo, pero ya no me apetece hacerlo...*

\*

Tras el éxito alcanzado la última vez, en Eksjö se multiplicaron los recitales de canto. Hasta Svensson permitió que Lili y Sára se escaqueasen de la mitad del reposo obligatorio. A las dos de la tarde las dos muchachas se encerraban en el salón de actos y se ponían a ensayar. El médico jefe incluso les proporcionó partituras.

Una de esas partituras prestadas contenía toda una selección de las obras de Leoncavallo. Aquella misma semana interpretaron ante el público la *Mattinata*, quizá su canción más conocida. En la voz de soprano de Sára, esa canción romántica y de tono elevado remontó los cielos. La muchacha la interpretaba extasiada, acompañándose con amplios aspavientos. Lili también se dejó llevar por ese exagerado y amanerado estilo, y desde las alturas se precipitaba sobre las teclas como un halcón de cetrería. En ese momento lamentaron en el alma no tener vestimenta apropiada para la ocasión, aunque, a decir verdad, no la tenían de ningún tipo, y ambas habían subido al escenario cubiertas con la bata del hospital, que apenas les tapaba el camisón.

Judit Gold se encontraba entre los soldados, sentada en una fila en la que ella era la única mujer. Orgullosa y feliz de ser húngara, se mantenía muy estirada.

*L'aurora, di bianco vestita,  
già l'uscio dischiude al gran sol...[2]*

Algo debía de haber en el ambiente, porque aquella misma noche, trescientos setenta kilómetros al norte, también en Avesta se desató la alegría.

Sin saber nada de aquel idéntico acontecimiento, a propuesta de Jenö Grieger y amenizado por un eficaz acompañamiento de guitarra, los hombres empezaron a cantar justamente la misma aria de Leoncavallo, como si un director celestial

hubiera dado la entrada a la vez para iniciar una misma canción, tras haber puesto a punto su coro por mediación de angelicales mensajeros. En todo caso, en aquella barraca, aunque un poco desafinada y a voz en cuello, también resonó con toda libertad y en italiano la *Mattinata*.

En Eksjö, los soldados apenas podían resistir ya la fuerza emotiva de la canción. Toda la sala se había transformado en una sola sonrisa. Sára alzaba los brazos hacia el techo y Lili casi flotaba en la banqueta del piano.

En la barraca, entusiasmados, los muchachos se subían encima de las camas y las mesas. Harry se había puesto al lado de Grieger para hacer de director.

*Ove non sei la luce manca,  
ove tu sei nasce l'amor...[3]*

Mi padre, que estaba en la primera fila, sintió que le hervía la sangre, que el futuro le sonreía. Al fin y al cabo la *Mattinata* era un himno al amor, así que él podía sentir con absoluta legitimidad que con esa canción todos le felicitaban precisamente «a él».

\*

*... Te envió también la lana para los jerséis, junto con las medidas. No estarás enfadada conmigo, ¿verdad?*

En la conversación telefónica que mantuviera con Lili, mi padre había aludido a un tío suyo que vivía en Cuba gracias al cual podía gozar de un nivel económico algo más holgado que el del resto de los muchachos del campamento. El hermano de la madre de mi padre, Henrik, había pasado a formar parte del legendario historial familiar por haberse apropiado de las joyas de la familia y haber emigrado a Cuba en 1932. Sin el más mínimo remordimiento, nada más llegar a La Habana envió a Debrecen una postal a los suyos hablándoles entusiasmado de las maravillas de su nueva patria.

Mi padre, de niño, contemplaría muchas veces aquella instantánea en blanco y negro que inmortalizaba el puerto abarrotado de La Habana en una tarde lluviosa. De la cara del tío Henrik solo se acordaba de forma borrosa. Le parecía recordar que tenía un elegante bigote sobre los labios y que, a veces, llevaba unos quevedos que resaltaban sus ojos brillantes, pero no se habría atrevido a jurar que fuera así.

En la postal de La Habana, que durante años los miembros de la familia se mostraban como prueba imperdonable de su traición, se veía un transatlántico de tres chimeneas entre un montón de coches Ford que se apiñaban en el muelle. Algunos estibadores que deambulaban por allí y que no eran más que un hatajo de huesos miraban a la cámara, como un augurio del futuro que le esperaba al tío Henrik.

Pero al tío, del que no podía decirse que llevara una vida de santo, ni siquiera se le pasó por la cabeza ponerse a cargar y descargar buques. En cambio, en una fotografía posterior que envió años más tarde, con la clara intención de exacerbar al máximo el rencor de sus envidiosos parientes, se veía, sin lugar a equívocos, a Henrik abrazando a una mulata, mientras que a su alrededor correteaba una docena de chiquillos.

Henrik y la mujer de anchos pómulos aparecían de pie bajo un cobertizo de madera, él con un puro colgándole en la boca. Al dorso de la fotografía había escrito, con una letra que se inclinaba tanto hacia un lado como hacia el otro, estas líneas: «Estoy bien, soy socio de una plantación de caña de azúcar».

Mi padre, cuando le invadió el furor por escribir cartas, enseguida pensó en aquel tío suyo como una posible fuente de ingresos. Diciéndose que por intentarlo nada perdía, le escribió para contarle que por fortuna había sobrevivido a la guerra y que ahora estaba curándose en Suecia. Como en una visión, una imagen flotó ante sus ojos. En su adolescencia había soñado despierto muchas veces con Cuba, cuando en la librería del Patio Gambrinus hojeaba un álbum editado en los años veinte. En esa foto imaginaria, el tío Henrik aparecía en su fantástico cobertizo meciéndose en una hamaca. Había engordado mucho, podía pesar unos ciento veinte kilos. En la visión de mi padre, aquel cobertizo daba al mar y estaba en lo alto de una colina. De si tío Henrik llevaba esa vida, u otra más lujosa incluso, no trataban las habladorías. El hecho es que no respondió ni con una sola línea a la carta de mi padre, si bien tres semanas después pudo identificarlo como remitente de un giro postal. Le había enviado ochenta y cinco dólares.

En eso consistían los ahorros de mi padre.

De ahí había sacado el dinero, el mismo día en que le llegó de Cuba, para comprar la lana más horrorosa del mundo en un tugurio minúsculo regentado por un tendero que olía a rancio. El nuevo propietario de esas cuatro madejas de lana color fango mandó publicar el anuncio de Lili en el periódico húngaro *Világosság*, un texto conmovedor también redactado por él. Fue esta la vía que Lili utilizó para tratar de localizar a su madre desde Suecia.

Con aquel donativo, que ni mucho menos podía calificarse de generoso, mi padre compró también en la pastelería de Avesta tres bombas de chocolate, y mandó atar el elegante paquete con una cinta dorada. Pero su inversión más importante fue la tela para un abrigo de invierno, tres metros y medio, que durante mucho tiempo estuvo escogiendo, inseguro y dubitativo, en la única tienda de tejidos que había en la pequeña ciudad.

Finalmente estuvo listo para emprender el viaje.

## 9.

Mi padre se pasó todo un día viajando. Varias veces tuvo que hacer transbordo. Fue en distintos compartimentos, en ocasiones sentado al lado de la ventanilla y, en otras —porque solo allí había un hueco—, atrapado justo al lado de la puerta. De vez en cuando se quitaba con mucho cuidado el grueso y enorme abrigo de invierno que llevaba y, tras plegarlo, se lo ponía sobre las rodillas. A veces sus gafas se empañaban debido al calor que se concentraba en el compartimento; en esas ocasiones sacaba del bolsillo de sus pantalones el pañuelo que Lili le había regalado y las limpiaba. Le preocupaba mucho el paquete de dulces. En cada compartimento trató de hallar un lugar seguro para dejar aquel envoltorio preparado con tanto esmero. ¡Solo faltaba que se espachurrara!

A ratos se quedaba un poco traspuesto, y, al despertar sobresaltado, miraba a través de la ventanilla. Vio pasar volando distintas estaciones: Hovsta, Örebro, Hallsberg, Motala, Mjölby.

En un momento dado, cuando ya habían dejado atrás Mjölby, mi padre resbaló al entrar en el compartimento y cayó cuan largo era. ¡Lo peor fue que la lente izquierda de las gafas se hizo pedazos!

*... He ido a Estocolmo para tramitar en persona el billete de tren en el Utlännings Kommitté. ¿Sabes qué?, que te mando un beso, Miklós.*

*... El pasillo tiene dos recodos. Uno de ellos es especialmente íntimo. Podemos estar sentados bajo una palmera artificial todo el día sin molestar a nadie. Bueno, ¡sea!, te mando un beso yo también, Lili.*

*... ¡La primera noche de mi llegada, un instante antes de despedirnos para ir a dormir, desearé decirte una cosa!... Bueno (no ese «Bueno, ¡sea!» tuyo, sino en serio y muchas veces), besos, Miklós.*

*... En el repertorio de canciones de Sára hay una que a lo mejor conoces:*

*una marcha sobre los culis chinos... ¡Estoy deseando verte! Hasta ese momento te manda muchos besos, Lili.*

*... Me alegro de que haya un recodo en el pasillo, porque no me gustaría conversar contigo sobre un escenario... Con el pensamiento, acaricia tu cabello (¿me dejas?) y te manda muchos besos, Miklós.*

*... Al despertarme esta mañana me picaba el ojo izquierdo, y le dije a Sára que eso era una buena señal. Te besa, deseando verte lo antes posible, Lili.*

*... ¡Llego el día 1 por la tarde a las seis y diecisiete minutos! Te mando muchos, pero que muchos besos cariñosos, Miklós.*

\*

El día 1 de diciembre estuvo nevando intensamente en Eksjö. En la estación de la pequeña ciudad, el andén y las vías se hallaban a cielo descubierto, pues la única parte un poco techada en el exterior de aquel edificio de una planta era la entrada principal, sobre la que había una especie de frontispicio.

Un solo viajero bajó del convoy de tres vagones: mi padre. A medida que caminaba renqueante hacia la salida, no parecía ningún donjuán. Iba escorado un poco hacia la derecha, ya que el peso de la maleta inclinaba su hombro hacia abajo. Cargaba con una de fibra vulcanizada muy gastada que le había prestado la enfermera jefe Márta. La había atado con una cuerda de cáñamo para asegurarla. En la mano izquierda llevaba con precaución, en equilibrio, el paquete con las tres bombas de chocolate.

Lili y Sára le estaban esperando bajo el frontispicio de la entrada principal. Lili apretaba con fuerza la mano de su amiga. Detrás de las dos muchachas había una enfermera cubierta con una especie de capa negra que le llegaba hasta el suelo. Svensson la había designado para que acompañara a sus pacientes a la estación.

Mi padre, ya desde lejos, advirtió la presencia de aquel comité de recepción y, cohibido, esbozó una sonrisa. No fue una reacción muy afortunada, ya que, a la pálida luz de los faroles del andén, sus dientes de metal centellearon.

Las dos muchachas intercambiaron una mirada de sorpresa; luego, como avergonzadas, volvieron a mirar hacia el andén.

Mi padre se acercaba envuelto en una tupida manta de nieve. Ahora podía

apreciarse la rotura de la lente izquierda de sus gafas, que media hora antes, confuso por la caída, había optado por pegar con papel de periódico. Había dejado abierta una pequeña ranura para poder ver algo también con ese ojo. El resto de la superficie estaba cubierta con el trozo de una página del *Aftonbladet* de aquel mismo día. Embutido en un abrigo de invierno prestado dos números más grande que su talla, cuyos faldones revoloteaban en torno a sus tobillos, mi padre avanzaba por aquel andén cubierto de nieve lagrimeando, tal vez solo por el frío o puede que también debido a los nervios. En cualquier caso, las muchachas podían advertirlo con claridad, incluso a varios metros de distancia y a través de la gruesa lente del ojo derecho. Él persistía en su amplia sonrisa mostrando sus dientes de metal.

A Lili casi le da un infarto. Todavía faltaba algo de tiempo, quizá cinco segundos, para que él pudiera oír cualquier cosa. Con la boca medio cerrada, como si le hubiera dado un ataque de apoplejía, susurró hacia un lado:

—¡Te lo regalo! ¡Intercambiémonos!

Y, cuando mi padre se encontraba ya solo a tres metros, le suplicó en voz baja a su amiga:

—¡Te lo ruego! ¡Finge que tú eres Lili!

La enfermera, rezagada tras el pequeño grupo, contempló enternecida cómo aquel hombre enjuto, con su estrafalario abrigo, llegaba hasta las muchachas y apoyaba con delicadeza sobre la nieve la maleta raída.

Mi padre se había preparado a conciencia para la que consideraba la cita más importante de su vida. Había concebido un corto pero atinado discurso de no más de tres frases, con palabras a las que atribuía un impacto mágico. Durante el viaje, que se le había hecho eterno en esos compartimentos agobiantes y de atmósfera viciada, lo vino repitiendo para sí un sinnúmero de veces, en ocasiones a toda prisa, otras con una lentitud solemne. Pero, en aquel momento, debido a la felicidad que lo embargaba, no fue capaz de pronunciar ninguna palabra. Como si se hubiera olvidado hasta de su nombre —aunque la verdad era que estaba sin aliento—, tendió la mano sin decir nada.

Sára le echó un vistazo a esa mano. Al menos era bonita. Dedos largos, la palma parecía suave. Sára la estrechó al tiempo que tomaba una decisión:

—Lili Reich.

Mi padre le dio un fuerte apretón de manos. Luego se volvió hacia Lili. La muchacha le zarandeó con rapidez y vehemencia la mano y se presentó diciendo con voz clara y sonora:

—Soy Sára Stern, la amiga de Lili.

Mi padre solo sonreía, sonreía burlón mostrando su dentadura de *vipla* al completo. No pudo pronunciar ninguna palabra, como si fuera mudo o estuviera condenado a serlo.

Permanecían allí sin más.

Finalmente, mi padre le entregó a Lili el paquete de dulces atado con una cinta dorada. Desde atrás, dando un salto, la enfermera se adelantó y le arrebató a la chica de las manos las bombas de chocolate. ¡Mejor las llevaba ella! Miró con amabilidad a mi padre y ordenó:

—¡Vamos!

Así que se pusieron en marcha. Sára, después de un ligero titubeo, se agarró del brazo de mi padre. Lili bajó los ojos y se unió a ellos. Por un momento se le pasó por la cabeza coger a mi padre del brazo por el otro lado, pero al instante consideró que resultaría un gesto demasiado íntimo. La enfermera, con su puntiagudo y característico gorro en la cabeza, cerraba filas llevando en la mano el elegante paquete de pasteles.

Caían unos copos enormes.

Para llegar al hospital militar tenían que cruzar un parque muy grande. Caminaban deprisa sobre la nieve aún intacta. Mi padre llevaba a Sára colgada de un brazo, mientras que del otro pendía su maleta atada con un cordel. Lili y la enfermera iban unos pasos detrás.

Entonces, casi en el mismo centro del parque, unos ocho minutos más o menos después de haberse producido su alarmante mutismo, es decir, en el momento más apropiado y como un regalo de Dios, mi padre recuperó el habla. Carraspeó y se detuvo. Posó la maleta en el suelo, apartó su brazo del de Sára y se volvió hacia Lili.

En algún punto del camino había dejado de nevar. Los cuatro parecían ahora los personajes de un cuento de Andersen, unas miguitas sobre un plato ovalado de límpida porcelana. La voz de mi padre sonó viril, tocada con un agradable timbre de barítono:

—Eres como te había imaginado. Siempre. En mis sueños. Hola, Lili.

Lili permaneció allí de pie, alelada, asintiendo con la cabeza. Se había quitado un peso de encima y, de pronto, todo le pareció natural.

Se abrazaron.

Sára y la enfermera, instintivamente, se apartaron un poco.

Media hora más tarde ocupaban ya el recodo del pasillo resguardados por la palmera. Había allí dos sillones con la tapicería ajada, uno enfrente del otro. Mi padre arrojó el abrigo sobre el respaldo de uno de ellos y dejó la maleta en el

suelo. Estuvieron allí sentados mirándose sin que les apeteciera decir nada. A veces esbozaban una sonrisa. Aguardaban.

Luego mi padre colocó la maleta en su regazo, desanudó el cordel y la abrió. Había puesto la tela para el abrigo de invierno arriba del todo alisándola cuidadosamente. Ahora la levantó como si fuera un bebé y con igual delicadeza se la entregó a Lili:

—La he traído para ti.

—¿Qué es?

—Es para un abrigo de invierno. Solo hay que encargarse que lo hagan.

—¿Un abrigo?

—Me escribiste que no tenías. Que ni siquiera tenías abrigo. ¿Te gusta?

Aparte de la escasa indumentaria que había recibido nada más llegar a Suecia, Lili tenía también un traje folklórico que constaba de una falda, un chalequito verde espinaca y una especie de turbante de un rojo medio oxidado para la cabeza, un conjunto que le habían regalado los Björkman.

El grueso y velludo tejido marrón oscuro que acarició con la mano despertó en ella recuerdos de los viejos tiempos, de antes de la guerra. Estuvo a punto de echarse a llorar.

Mi padre añadió:

—La estuve eligiendo durante una hora. Yo no entiendo de abrigos de invierno; ni de verano.

Lili palpaba la tela como si quisiera descifrar algún código secreto urdido en ella. También la olió.

—Huele bien.

—La traje en este cachivache de maleta. Temía que se arrugara. Pero no, a Dios gracias. Figúrate, esta maleta me la ha dejado la enfermera jefe. Prestada.

Lili se acordaba de todo. Había leído cada carta de mi padre por lo menos cinco veces. La primera rápido, devorándola, y luego más a fondo, refugiada en los lavabos, como mínimo otras dos veces, meditando después de cada párrafo. A continuación, al cabo de un día o dos, volvía a leerlas de nuevo dos veces, imaginando que detrás de cada palabra palpitaban otras muchas. De Márta sabía bastante.

—¡La Mickey Mouse!

—Sí.

¡Mi padre quería contarle tantas cosas! Pero las frases se le apetonaban dentro empujándose sin cesar unas a otras, de modo que no sabía por dónde empezar.

En un bolsillo tenía todavía un cigarrillo; lo sacó junto con las cerrillas.

—¿No te molesta?

—¡Qué va! ¿Y tus pulmones?

—Bien. Van tirando... aquí dentro.

Se tocó la caja torácica.

—¡Es más bien el corazón! Es mi corazón el que se desgarró. ¡Late tanto!

Con la yema de los dedos, Lili acariciaba la tela, hurgaba en su sedoso vello.

Mi padre se encendió el cigarrillo. Exhaló un humo gris y rizado que revoloteó por encima de sus cabezas.

Y entonces empezaron a hablar, con frases apenas esbozadas, pero ávidos, como si hubiera explotado una presa cuyas aguas empezaran de pronto a moverse. Se interrumpían, excitados e impacientes, queriendo recordarlo todo al mismo tiempo.

Pero de lo más importante no hablaron.

Ni entonces, ni más adelante.

\*

Mi padre no le contó que en el campo de concentración de Belsen estuvo incinerando cadáveres durante tres meses.

¿Cómo hubiera podido referirse a aquel asfixiante hedor que se desprendía de la montaña de muertos produciéndole un escozor en la garganta? ¿Habría podido encontrar un verbo o un adjetivo que definiera aquello?, ¿la manera en que se le escurrían siempre de las manos los brazos desnudos de piel apergaminada de los cadáveres que hacían un ruido sordo al caer y golpearse contra otros ya prácticamente congelados?

Tampoco Lili fue capaz de describirle el día de su liberación.

Casi le costó media jornada arrastrarse desde el barracón hasta el almacén de intendencia. Estaba desnuda bajo un sol abrasador. Los alemanes ya habían puesto pies en polvorosa. Recorrer una distancia de cien metros le llevó cerca de nueve horas. Lili solo recordaba que al atardecer se hallaba sentada, con la espalda apoyada contra la pared, vestida con una guerrera de oficial del ejército alemán, mientras el sol acariciaba su rostro.

¿Cómo había acabado cubierta con aquella prenda de un oficial del ejército alemán?

Mi padre no pudo decirle, porque no fue capaz, que antes de incinerar cadáveres había trabajado de enfermero en el barracón de enfermos de tifus. En

el número 17, el más espantoso del campo de concentración, alimentó con pan y caldo a quienes ya estaban más muertos que vivos. Le habían encasquetado en el brazo la cinta negra de *Oberpfleger*[4]. ¿Tendría que haberle hablado de cuando Imre Bak llamó a la ventana?, ¿de que Imre Bak se puso a cuatro patas ladrando como un perro rabioso? Imre Bak era su mejor amigo de Debrecen, de aquellos tiempos ya desaparecidos. Quizá solo imploraba algún medicamento. O tan solo algo de calor humano. Pero en el barracón de los desahuciados por tifus no se podía entrar de cualquier manera. A través de la mugrienta ventana, mi padre vio cómo Imre caía abatido hacia atrás y cómo su hermosa e inteligente cabeza desaparecía en un charco. Estaba muerto.

Lili no hizo ni la más mínima mención, ni entonces ni después, del viaje de doce días en un vagón de carga camino de Alemania. ¿Hubiera tenido que contar que al séptimo día había descubierto que podía lamer el vapor que durante la noche se había depositado y congelado en las paredes del vagón? ¡Qué terrible sed había sentido! Y mientras ella lamía la pared del vagón, Terka Koszárík no había cesado de chillar a su lado durante veinte horas. Quizá Terka había tenido más suerte. Porque ya por entonces había perdido por completo el juicio.

Tampoco mi padre hizo ninguna referencia a la sangrienta pelea que tuvo lugar en el hospital público al que lo trasladaron tras la liberación del campo de Belsen. Lo habían cargado en brazos hasta un camión y lo habían llevado allí porque pesaba veintinueve kilos. Durante semanas yació en la cama, mientras una musculosa enfermera alemana incorporaba su esquelético cuerpo tres veces al día y le vertía dentro un litro de aceite de pescado. A su lado guardaba cama un dentista polaco judío. Había pasado ya de los treinta y cinco años y hablaba varias lenguas; sabía quiénes eran Bergson, Einstein, Freud... Sin embargo, un mes y medio después de la liberación del campo de concentración, este odontólogo le pegó tal paliza a un francés menos afortunado que él por medio kilo de mantequilla que casi lo mató. No, de estas cosas mi padre no dijo una sola palabra.

Es verdad que Lili tampoco habló del hospital al que fue llevada cuando la liberaron. Debió de estar allí ingresada no muy lejos de donde lo estuvo mi padre, en el ala femenina. Corría el primaveral mes de mayo y la guerra apenas acababa de terminar. A Lili le habían dado un papel y un lápiz, y el encargo de anotar su nombre y el día de su nacimiento. Había pensado con ahínco. ¿Cómo la llamaban? Por mucho que lo intentara, no lo recordaba. La posibilidad de no volver a acordarse nunca más de su propio nombre la desesperó.

De ninguna de estas cosas hablaron.

Pero dos horas más tarde mi padre acarició el pelo de Lili y, con cierta rigidez, se incorporó del sillón y depositó un besito en la punta de la nariz de la muchacha.

\*

Ya había pasado la medianoche cuando una enfermera se paró discretamente a tres metros de distancia de ellos. Lili supo que había llegado el momento de despedirse por aquel día. Acompañaron a mi padre al primer piso y lo condujeron a una sala con cuatro camas. Era el alojamiento asignado en el que pasaría también las siguientes dos noches.

Se desnudó y se puso el pijama. Sentía una felicidad tan grande que estuvo hasta las tantas recorriendo de un lado a otro la corta distancia que había entre la ventana y la puerta. Hacia las tres y media de la madrugada, eufórico aún, tuvo que obligarse a meterse en la cama. Pero siguió sin poder dormir.

A las nueve del día siguiente, después del desayuno, volvieron a sentarse debajo de la palmera. Cuando cerca de las once Judit Gold se dirigía presurosa hacia la portería en busca del correo del sector femenino, avistó a Lili y a mi padre cuchicheando en ese rincón del pasillo, reclinados el uno hacia el otro. Apartó la mirada enseguida, turbada por la vergüenza de los celos, opresivos, que sentía.

En aquel preciso momento Lili se disponía a confesar su secreto más oculto. Exhaló un hondo suspiro:

—Cargo con un terrible pecado. Nadie lo sabe, ni siquiera Sára. Pero a ti quiero contártelo.

Mi padre se acercó aún más y rozó la mano de Lili:

—Puedes contármelo todo. Todo.

—Me da tanta vergüenza... Yo... yo...

Lili se atascó.

Él afirmó convencido:

—Tú no tienes nada de lo que avergonzarte.

—... no sé explicarlo..., es horroroso..., cuando teníamos que dar nuestros datos..., antes de subirnos al barco sueco..., yo..., no soy capaz de contártelo...

—¡Claro que sí!

—... yo..., yo, en vez de pronunciar el nombre de mi madre, Zsuzsanna Herz, en lugar de decir su nombre..., por alguna razón, la verdad es que me cuesta comprenderlo, fui incapaz de nombrarla. ¡Mentí! Fui incapaz de dar el nombre

de mi madre, ¿entiendes?!

Lili agarró la mano de mi padre y la apretó. Su cara se había vuelto tan pálida que casi iluminaba.

Mi padre encendió un cigarrillo, algo que hacía siempre que intentaba concentrarse.

—Querías cambiar el destino. Es evidente.

Lili reflexionó sobre aquella sentencia.

—Es cierto... ¡Qué bien te expresas! ¡Quería cambiar el destino! ¡Sin haberlo premeditado, se me ofrecía una solución! Ser otra. No judía. Bastaba con cambiar las palabras para que yo pudiera transformarme.

—De rana a princesa.

Mi padre adoraba hacer comparaciones con el mundo de los cuentos. Pero, como le sonó demasiado trivial, añadió:

—A mí me pasó lo mismo. Pero yo fui un cobarde.

—... De repente, allí, en el muelle, tumbada en la camilla, dije que mi madre se llamaba Rozália Rákosi. ¿De dónde sacaría yo ese apellido, Rákosi? ¡No tengo ni idea! Pero eso dije, Rozália Rákosi. ¡En lugar del auténtico nombre de mi madre!

Mi padre apagó la colilla en el cenicero de hojalata.

—Tranquilízate. Ya pasó.

Lili negó con la cabeza:

—No, no pasó. Verás. Porque también dije que solo mi padre era judío, y que mi madre, Rozália Rákosi, era católica. Pero, como si no bastara con eso, añadí que yo también lo era. Eso fue lo que declaré, ¿comprendes?! ¡Quería poner fin al problema! ¡A mi condición de judía! ¡De una vez por todas!

—Es comprensible.

Lili rompió a llorar. Mi padre sacó a toda prisa el pañuelo que tan celosamente guardaba. Lili se tapaba la cara con las manos.

—¡No, no, es un pecado terrible! ¡Es imperdonable! Eres el primero a quien se lo cuento. Y, por si quieres saberlo, ¡paso los domingos con una familia sueca! Los Björkman. Todo el mundo cree que lo hago porque sí, sin ningún motivo. ¡Pero no es así! Los visito porque son católicos. ¡Y hasta voy a la iglesia con ellos! ¡Y llevo incluso un crucifijo!

Con vehemencia, se sacó del bolsillo de la bata un sobre doblado. Lo abrió y extrajo de él el crucifijo de plata. Mi padre lo cogió, y luego con cierto recelo le dio varias vueltas entre los dedos; después, pensativo, se llevó una mano a la frente.

—Entonces está claro.

—¿El qué?

—Por qué no ha aparecido hasta ahora tu madre. Por qué no has recibido noticias tuyas.

Lili volvió a coger la cruz, la deslizó en el sobre y se la guardó en el bolsillo.

—¿Y por qué no?

—¡La lista! La que apareció en tantos periódicos húngaros. ¡La lista oficial! Tú figuras en ella como Lili Reich; nombre de la madre: Rozália Rákosi. Es otra muchacha. ¡No eres tú! Probablemente tu madre, buscándote, leyó la lista en Budapest, y, aunque vio tu nombre, ¡no supo que eras tú! Porque ella busca a una Lili Reich cuya madre se llama Zsuzsanna Herz.

Tras aquella explicación, Lili se levantó de un salto, alzó los brazos y permaneció quieta durante mucho tiempo, como si fuera una estatua clásica. Luego se hincó de rodillas delante de mi padre y empezó a besarle las manos. Entonces fue él quien se irguió de golpe; turbado, escondió los brazos detrás del cuerpo.

Lili, aunque aún permanecía de rodillas, parecía recobrarse. Alzó la vista hacia él y susurró:

—¡Tenemos que celebrar esto! ¡Qué inteligente eres!

Se levantó de golpe y se alejó corriendo y gritando a lo largo del pasillo:

—¡Sára! ¡Sára!

## 10.

Ese mismo día, después del almuerzo, en el inhóspito comedor de azulejos amarillos del hospital militar, donde las mujeres comían media hora después que los hombres, mi padre sintió que había llegado el momento de exhibir de un modo espectacular su concepción del mundo.

Veintitrés eran las mujeres que recibían tratamiento aquel invierno en la tercera planta del hospital de Eksjö. Todas se agolpaban ahora alrededor de mi padre y, entre ellas, se hallaban las tres muchachas húngaras: Lili, Sára y Judit Gold. Con un afilado cuchillo de mango de madera, mi padre cortó en diminutas porciones las tres bombas de chocolate, la obra maestra del pastelero de Avesta. Primero las cortó en dos trozos, luego en cuatro y, finalmente, en ocho exactamente iguales. Ahora se presentaban ante él veinticuatro pedacitos de pastel, cada uno de ellos apenas del tamaño de una uña de mujer.

Sintiéndose ya en su elemento, mi padre se subió a una silla. Cuidó también de que su discurso tuviera un elevado estilo alemán.

—Ahora os voy a explicar en qué consiste el comunismo. En su núcleo central residen la igualdad, la fraternidad y la justicia. ¿Qué es lo que habéis visto antes? Tres pasteles de chocolate. Tres de vosotras os los habrías zampado en un santiamén. En cambio, yo los he dividido en pedacitos para todas; y lo mismo podría hacerse con el pan, con la leche, con un tractor o con un pozo de petróleo. En pedacitos equivalentes. Y aquí tenéis el resultado. Ahora ha llegado el momento del reparto. ¡Todo es vuestro! ¡Servíos!

Y señaló las pequeñas porciones de pastel sobre la mesa. Daba igual que se hubiera llegado o no a comprender la sutil ironía de mi padre. Las chicas, alteradas por su discurso, se abalanzaron sobre el plato y cada una de ellas cogió un trocito de bomba. Orgullosa y transfigurada, Lili miraba a mi padre.

La pizca de pastel fue un suspiro en sus bocas. Ni siquiera lo habían paladeado y el fragmento de bomba era ya un poso en sus estómagos. Sára se emocionó.

—Nadie hasta ahora ha explicado la esencia del comunismo de una manera tan bonita.

Judit Gold fue la única que no se llevó a la boca la simbólica migaja de pastel que le correspondía. La estuvo manoseando hasta deshacerla y embadurnarse los dedos con una crema marrón oscuro que goteó en el suelo.

\*

La noche del 4 de diciembre, temprano y bajo la vigilancia de la enfermera envuelta en su larga capa negra, Lili acompañó a mi padre hasta la estación de tren. Cuando este arrancó, él permaneció encaramado a los estribos del último vagón y, aferrado fuertemente, estuvo agitando la mano hasta que la estación, con su edificio principal de corte neoclásico, desapareció por completo tras una curva.

Lili continuó mucho tiempo inmóvil en el extremo del nevado y gélido andén, mientras las lágrimas destellaban en sus ojos.

\*

Mi padre cerró tras de sí la puerta del vagón y echó a andar. El poema de amor había nacido en la sala de cuatro camas del hospital la segunda noche de su estancia en Eksjö. Al día siguiente, cuando durante unos instantes se había quedado solo, en el lavabo o en el ascensor, se había dedicado a pulirlo y a perfeccionarlo. Pero no se había atrevido a recitárselo a Lili.

Ahora, el traqueteo rítmico de las ruedas del tren sobre el empalme de los raíles había despertado en él el ritmo del poema, y no lograba contenerlo. Los versos pugnaban por salir con tal fuerza que no quiso ni pudo reprimirlos. Fue dejando atrás los compartimentos, llevando en la mano la maleta atada con un cordel de cáñamo. El papel de periódico que había mantenido unida su lente izquierda estaba ya casi despegado. Pero eso a mi padre no le preocupaba nada. Él recitaba. En voz alta. Y en húngaro.

La poesía resonaba por encima del traqueteo de las ruedas. Mi padre, como si fuera el revisor, o un vendedor ambulante de poesías, fue atravesando los vagones. Dejaba tras de sí, sin dolerle prendas, los compartimentos medio vacíos. Bah, ¿para qué iba a sentarse?! Él prefería confraternizar, sintonizar con esa especie de destino común que presentía en todos y cada uno de aquellos desconocidos viajeros, que lo miraban extrañados o comprensivos mientras declamaba en aquella lengua inextricable. Puede que algunos vieran en él al trovador enamorado, puede que otros le tomaran por un loco inofensivo. Pero el

modo en el que fuera acogido poco le importaba; él pasaba de largo recitando:

Hace ya treinta horas que mi vida discurre  
por tramos tan infinitos de relucientes vías  
que al mirarme en el espejo deduje  
ser feliz porque tú me guías.

Treinta horas (¡cómo vuela cada instante!)  
y tanto más te amo cuanto más distante.  
¿No es verdad que tomarás mi mano  
exhausta de enamorado?

¡A través de las tempestades, entrelazados los dedos,  
como en nuestro rincón, siempre sonreiremos!  
¡Aguanta (serás tú mi conciencia),  
sé valiente y lucha, lleva a cabo lo que piensas!

El ideal por el cual lucho me aguarda;  
soy compañero de muchos.  
Mas una luz resplandece en mi alma:  
¡las estrellas de tus ojos en la marcha!

Mi padre sentía que aquella era la poesía para la que se había estado preparando toda la vida. Sí, ¡era la Poesía misma! Surgida de lo más hondo de sus entrañas, pero acompañada con el ritmo del corazón y el pulso racional de su cerebro. Cuando llegó al final, empezó a recitarla de nuevo sin ninguna transición y así hasta tres veces, de modo que no se sabía cuándo empezaba ni cuándo acababa. Sus ardientes e inagotables vías interiores se amalgamaban con las heladas e interminables vías que surcaba.

Más tarde, cuando se tranquilizó un poco y pudo controlar la felicidad desbordante que lo embargaba, se instaló en uno de los compartimentos vacíos. Sentía una especie de ardor en lo más profundo. ¿Tendría fiebre? También le dolían los huesos, y parecía como si la piel se le hubiera puesto más fina, igual que cada amanecer. Siempre llevaba el termómetro en el bolsillo, dentro de un bonito estuche de metal. Lo sacó enseguida y se lo llevó a la boca. Cerró los ojos y empezó a contar. Luego advirtió, tranquilo, que esta vez los síntomas le habían engañado. El mercurio solo había subido a treinta y seis con tres, por lo que no

había ninguna necesidad de asustarse.

Miró por la ventanilla. Campos nevados y oscuros, altos y esbeltos pinos se traslumbaban ante él.

*¡Ay, Lili querida! Querida, querida, querida mía... ¿Cómo podría agradecerte estos tres maravillosos días? Han sido más, mucho más para mí que cualquier otra cosa imaginable...*

A mi padre le bastaba con cerrar los ojos para evocar aquel recodo del pasillo del hospital militar al cobijo de la palmera. Aquellos dos sillones ya raídos, uno frente a otro. El abrigo de invierno arrojado sobre uno de los respaldos, la vieja maleta de fibra vulcanizada sobre el suelo embaldosado. El silencio de la primera media hora, cuando permanecieron cohibidos, sin apenas decirse nada. Sin que les apeteciera decir mucho; solamente mirarse.

*Lili, querida, pequeña tontuela mía..., voy a contarte cómo has ido entrando en mí.*

*Cuadro primero: 1 de diciembre, por la noche. La palmera —esa planta indiscreta— ondea sus verdes hojas y tú sonrías entornando los ojos. ¡Eres tan buena, tan trastornadoramente encantadora!...*

Lili le había lanzado la pregunta de repente. Mi padre, de haber tenido nociones de música, habría podido hasta precisar el registro de su voz.

—¿Es de hoy este periódico?

Eso le preguntó con la seriedad de una profesora. Ni que decir tiene que mi padre no la entendió. ¡¿Qué periódico?!

Pero, acto seguido, Lili le quitó las gafas e intentó descifrar las palabras de aquel trozo de diario que apuntalaba su maltrecha lente. El desconcierto desapareció.

*... Luego, al día siguiente: tus ojos bajo aquel turbante rojo y nuestro paseo del brazo por la calle. ¡Ay, aquel pequeño callejón, aquel callejón del cine!...*

Avanzaban por la Kaserngatan afrontando el fuerte viento, mi padre arropado entre Lili y Sára, que lo tomaban del brazo. Él, gritando más que el propio vendaval, hablaba: primero sobre la especial pasta de semillas de amapola que hacía su madre, después sobre el antropomorfismo de Feuerbach y, por último,

sobre la taxonomía vegetal de Linneo. Finalmente podía sacarle partido a las muchas horas que había pasado recogido en lo alto de la escalera de la Librería Gambrinus.

Cuando entraron en el cine, ya estaban completamente congelados. Los restos de los ochenta y cinco dólares del tío Henrik aún danzaban en los bolsillos de mi padre. La película era una americanada, aunque a él el título se le antojó simbólico: *Los laberintos del amor*. En la primera sesión de la tarde apenas había espectadores. Los tres se sentaron en la última fila. Mi padre, siempre entre las dos chicas, apenas si miró de refilón la pantalla en algún que otro instante. La verdad es que, en ese momento, le vino muy bien que la lente estuviera medio tapada por el periódico *Aftonbladet*: podía quedarse contemplando embobado el perfil de Lili sin necesidad de realizar ninguna artimaña. En un arranque de valentía, cuando el patoso protagonista de la película resbalaba sobre una mancha de aceite y se deslizaba patinando sobre el trasero hasta los mismos pies de su amada, que no dejaba de reírse, mi padre, con mucho cuidado, tocó la mano de Lili. Ella como respuesta se la apretó.

*... No puedo seguir escribiéndote, ¡es tan doloroso que todo haya acabado!... Aunque hubo después un momento..., íbamos hacia el hospital y allí, en la confluencia con el parque..., por un instante...*

Entretanto, la noche se había abatido ya sobre el parque, en cuyo centro Carl Linneo permanecía petrificado en su asiento. Mi padre se decidió.

Sára se había adelantado oportunamente dos o tres metros y había extendido los brazos con las palmas de las manos vueltas hacia arriba, como si estuviera mostrando la caída de los copos de nieve en un parte meteorológico, gesto astuto que mi padre supo valorar.

En aquel momento pasaban por delante de la pétrea mirada de Linneo. La nieve crujía bajo sus pisadas y arriba, en el cielo, destellaban incansables las estrellas.

Mi padre detuvo a Lili, le acarició la cara con sus dedos ardientes —fenómeno biológico inexplicable a menos de diez grados bajo cero y sin guantes— y la besó. Lili se pegó a él y le devolvió el beso.

Carl Linneo siguió pensativo en sus alturas.

Tranquilizada al no escuchar tras de sí el irritante crujido de los dos pares de pisadas, Sára se alejó paseando hasta el límite del parque. Allí llegó a contar despacio para sus adentros hasta ciento treinta y dos, y aún continuaba sola.

Aquello le gustó, su corazón palpitó y esbozó una sonrisa.

*... El lunes: un día de sosiego. Tan solo el fotógrafo. ¿A que tú también pensaste en lo que habría de decir tu madre cuando nos viera juntos en esa fotografía?*

El estudio fotográfico se encontraba en el número 38 de la Trädgårdsgatan. Mi padre se guardó el rudimentario folleto en blanco y negro del establecimiento con el fin de conservarlo para siempre.

El fotógrafo recordaba a Humphrey Bogart. Era un joven guapo y alto con americana y corbata. Se entretuvo mucho con la pose, buscando el ángulo apropiado. Mi padre se estremecía de celos cada vez que Bogart desplazaba delicadamente las rodillas de Lili para ajustarlas unos grados hacia la derecha o hacia la izquierda. Después, ya satisfecho, se escabulló en su máquina bajo un manto negro y se entretuvo un largo rato explicándoles de qué modo debían mantener alzada la cabeza. Pero todavía habría de salir de debajo del manto para dirigirse presuroso hacia mi padre, detenerse a leer, con suma atención, lo que decía el periódico de su lente izquierda y rogarle luego que se quitara aquellas gafas. Después volvió a escabullirse. Durante cinco o seis minutos se dedicó a acercar y a alejar el objetivo, pero resurgió de nuevo para volver una vez más junto a mi padre y susurrarle algo al oído.

Mi padre se puso rojo. Bogart, en un rebuscado alemán, le había expuesto que, a causa de la intensa luz de los focos, y a pesar de que él como fotógrafo había advertido que mi padre era totalmente consciente del problema, el caso era que, aun así, en pocas palabras, sus plateados dientes destellaban de un modo muy poco atractivo. Él, como fotógrafo de prestigio, pensaba que la clave de una buena fotografía para una pareja de enamorados era que Lili esbozara una amplia sonrisa, mientras que él apenas si debía esbozarla. Ese era, en cualquier caso, el consejo de Bogart.

Media hora más tarde aquel fotógrafo de la Trädgårdsgatan ya tenía hecha la que sería su primera fotografía juntos.

*... La noche en que me acompañaste abajo, después de que cerraras la puerta enrejada del ascensor y antes de que este comenzara a subir, yo me asomé de nuevo...*

La segunda noche Lili estuvo despidiéndose de mi padre delante de la puerta

abierta del ascensor. El pasillo era un trajín de enfermeras yendo y viniendo. Así que Lili se metió dentro. Ya tenía el camión puesto y, encima, la bata; solo bajaba un momento a la primera planta para darle un beso de despedida. Después, cerró la puerta enrejada del ascensor. Él pegó aún más el rostro contra ese blanco y metálico enrejado, y en esa posición tan poco ventajosa intentó sonsacarle a Lili un último beso. Mi padre aplastó tanto la cara contra las rejas que estas le dejaron marcas en la piel. El ascensor se puso en marcha, y no pudo apartarse de allí hasta que, hueco arriba, desaparecieron de su vista las zapatillas de Lili. Entonces una mano le tocó en el hombro.

El doctor Svensson, con su bata blanca, permanecía a su lado.

—Usted habla alemán, ¿no es cierto?

—Sí, lo entiendo. También lo hablo.

—Bien. Hay una circunstancia sobre la que quisiera hablarle.

Mi padre no tuvo dudas de cuál era la circunstancia a la que se refería el médico jefe. Y, en aquel momento de gracia en el que se hallaba, no deseaba en absoluto entablar ninguna discusión con un experto.

—Soy consciente de todo, doctor. En este momento mis pulmones...

El médico lo interrumpió:

—No me estoy refiriendo a usted. Me ha entendido mal.

Mi padre suspiró aliviado. Svensson, como si no se hubiera percatado de nada, prosiguió:

—Quería pedirle que cuide mucho de esa niña. No es una criatura cualquiera.

Mi padre asintió con entusiasmo. Svensson lo agarró del brazo y empezó a andar con él por el pasillo. El corredor se había quedado vacío y los dos estaban solos.

—¿Sabe?, por un cruel capricho del destino yo formé parte del grupo internacional de médicos que estuvo presente en la liberación del campo femenino de Belsen. Me gustaría olvidarme de aquel día, pero no puedo. Ya habíamos transportado a todas las mujeres, a todas en las que creímos descubrir la más mínima señal de vida. Ya solo quedaban atrás los cadáveres esparcidos por el suelo..., unos trescientos cuerpos desnudos..., o en harapos, petrificados... No había nada más que muerte..., cuerpos como de niñas..., esqueletos de veinte kilos.

El doctor se detuvo en el pasillo desierto del hospital militar y miró a algún punto en la lejanía. Luego pareció inseguro, como abrumado por el dolor que le causaba evocar aquel recuerdo. Mi padre advirtió asombrado cómo la expresión de la cara del médico jefe se contraía en una mueca extraña. El monólogo de

Svensson se fue entrecortando:

—... aún miré atrás..., no sé, por si acaso..., no puedo decir si fue mi imaginación o..., o si realmente vi que movía un dedo... ¿Me entiende, Miklós? Fue algo así... algo como... —alzó la mano hasta la altura de los ojos y encogió el índice— el último aleteo de una paloma..., o el estremecimiento de una hoja cuando cesa el viento...

A continuación, añadió, con voz ronca:

—Así trajimos de vuelta a Lili entre nosotros.

\*

A mi padre, incluso años más tarde, se le ponía la carne de gallina cada vez que recordaba la expresión de la cara de Svensson, su mano en alto y su índice tembloroso. Aquello terminaría amalgamándose dentro de él con otra imagen de Eksjö: el tren resoplando al salir de la estación, él aún fuera, sobre el último estribo del último vagón, agitando la mano hasta ver cómo desaparecía en la curva el perfil del frontispicio de la entrada principal de la estación; en ese instante sintió que la felicidad lo desbordaba, pues había podido retener la verdadera imagen de Lili. En adelante no tendría más que cerrar los ojos para evocarla, porque lo que acababa de contemplar se había quedado grabado a fuego en su interior...

... En el nevado y gélido andén, Lili agitaba la mano. Las lágrimas destellaban en sus ojos. Y sus dedos... Mi padre sostenía firmemente que había visto, con la claridad de un primer plano, aquella pequeña mano y sus gráciles dedos como en una pantalla cinematográfica. Desde la distancia a la que se hallaba esto era imposible, pero él, aun así... Encaramado todavía a los estribos del último vagón del tren, que iba aumentando su marcha, vio con absoluta claridad, sin necesidad de abrir los ojos, los trémulos dedos de la mano de Lili como si fueran las tiernas ramas de un árbol agitado por el viento.

\*

—¡Cuidela! ¡Ámela! —dijo Svensson, aquella última noche en el hospital, mirando de frente a mi padre—. Qué bello sería si...

Pero enmudeció. Durante un largo rato no volvió a decir palabra; mi padre creyó que buscaba las apropiadas en alemán.

—¿Qué es lo que sería tan bello? —le preguntó al final.

El médico quedó pensativo. Entonces mi padre se dio cuenta de que Svensson no tenía dificultades con la lengua alemana. El médico jefe había llegado a un tope que no quería traspasar. No terminó nunca la frase; en cambio, inesperadamente, le dio un abrazo que lo decía todo.

\*

En Ervalla, mi padre tuvo que hacer transbordo. También en el nuevo tren encontró un lugar al lado de la ventanilla. El cristal que lo separaba del paisaje nocturno le devolvía su propia mirada y el aspecto de su cara cansada y sin afeitarse.

*... Ya el martes me levanté de mal humor: último día. Paseamos otra vez por la plaza Stadshotell igual que el domingo por la noche. Y solo pude robar de tus labios uno o dos besos fugaces.*

Esa última tarde del martes volvieron a ocupar los dos sillones debajo de la palmera.

Lili lloraba. Él le tenía cogida la mano y no pudo decirle palabras alentadoras. Después, Lili habló de su familia.

—Anoche soñé que me encontraba en mi antiguo piso. Vi con claridad cómo mi padre preparaba sus maletas. Era lunes, empezaba a amanecer. Sabía que enseguida iba a marcharse. Y que, durante una semana, no lo íbamos a volver a ver. ¿No te resulta extraño?

Explicó cómo era la ceremonia. Se olvidó de llorar, y también del hecho de que se hallaba en un país lejano, en un país al que tal vez nunca más regresaría; hablaba con la naturalidad de quien narra los pormenores de la excursión del día anterior. Con sus ojos de niña, veía el encaje de maletas como un juego en el cual era divertido participar: Sándor Reich, vendedor de maletas, preparaba el muestrario los lunes al amanecer; en los dos baúles metía dos maletas más pequeñas, y en esas dos maletas otras dos más pequeñas aún, y al final los maletines, mientras que los bolsos los ponía en una maletita infantil de color rojo. Resultaba increíble que toda aquella mercancía de cuero cupiese solo en dos baúles.

Lo cierto era que a mi padre le desconcertaba un poco la profunda relación de Lili con sus progenitores. Él tan solo conservaba de su padre una única e impactante instantánea. No sabía si aquel recuerdo era tan determinante por

haberlo vivido una sola vez o bien muchas. Puede que todos los almuerzos del domingo terminaran de la misma manera...

... El padre de mi padre metiéndose una servilleta de damasco por el cuello de la camisa. Su abundante cabello reluce impregnado de brillantina. Su mujer, la madre de mi padre, que en la imagen de su recuerdo luce un aspecto desaliñado, está a punto de llevarse la cuchara a la boca. Sopa de guisantes. Sí, de una soperas de loza blanca colocada en el centro de la mesa emerge el vapor de un caldo verdoso y amarillento con manchas de grasa en la superficie. También sobre el mantel, en una bandejita, hay una pequeña montaña de picatostes. Mi padre lo contemplaba todo con absoluta precisión. También se veía a sí mismo siendo niño, con un chaleco negro, sentado frente a su madre. De repente el padre, sin que él alcanzara a comprender por qué, empezaba a gritar, se arrancaba la servilleta del cuello y, al mismo tiempo que se levantaba de un salto, tiraba bruscamente del mantel.

Este era el instante que mi padre recordaba. Los guisantes brincaban fuera de la soperas y el amarillento caldo chorreaba quemándole las rodillas, mientras los picatostes caían al suelo como diminutos ángeles sin alas.

Esa última tarde mi padre le refirió a Lili este recuerdo estrechándole la mano en su escondite de la palmera.

Lili cambió de tema:

—A mí no me gustaría seguir siendo...

—¿Qué es lo que no te gustaría?

—Es tan terrible decirlo. Pero quiero ser diferente.

—¿Diferente?

—Diferente de mi padre y de mi madre.

Judit Gold apareció con dos tazas de té. Sin pretenderlo, había escuchado la conversación.

—¿Qué es lo que no te gustaría ser, mi pequeña Lili?

Lili la miró y, después, a mi padre. Respondió en voz baja, pero con firmeza:

—¡No quiero ser judía!

Puede que en aquella afirmación hubiera una cierta hostilidad hiriente.

Judit Gold secó con la yema de los dedos las gotas de té vertidas en la mesita y al instante replicó:

—Eso no es algo que una pueda o no querer.

Luego se marchó muy tensa, como si Lili la hubiera ofendido personalmente.

Mi padre, pensativo, contempló cómo se marchaba:

—Yo conozco a un obispo. Le vamos a escribir. Solicitaremos la conversión.

¿Te gustaría?

Claro que mi padre, como de costumbre, exageraba un poquito. Era obvio que no conocía a ningún obispo. Pero estaba seguro de que, antes o después, si lo buscaba, encontraría alguno.

Lili acarició su mano.

—¿No estás enfadado?

Él se dejó llevar por la corriente:

—Yo también he tenido dudas.

\*

Durante el viaje nocturno en tren de vuelta a Avesta, a medida que las estaciones pasaban fugaces por delante de la ventanilla, mi padre vio con claridad en su interior cuál era el problema. La cuestión de la conversión era irrelevante para él, simplemente le daba igual ser judío que no serlo. Ya en la adolescencia le había cautivado de tal manera la idea del socialismo, aquella nueva creencia suya, que no quedó en él ningún resquicio para antiguallas del pasado. No obstante, decidió que, si el asunto era importante para Lili, le buscaría un cura. O un obispo. O al mismísimo Papa si el destino así lo exigía.

Pasaron Örebro, Hallsberg, Motala... Mi padre estaba escribiendo una de sus cartas en el compartimento.

*... Habrás visto, ¿no es cierto, mi pequeña y querida Lili?, lo buen soldado que soy, comprometido para siempre con esa idea que se ha despertado en los hijos de todos los pueblos en pro de los oprimidos y en pos de la libertad. Serás mi compañera en la vida cotidiana (¿verdad que lo serás?), ¡mas sé también en lo demás mi compañera fiel!*

*Tú has sido una niña burguesa: ¡conviértete ahora en una luchadora y resistente socialista!*

*¿Verdad que te impulsará el deseo de lograrlo? ¡Hasta Navidad, cuando espero volver a verte, estaré contando los días!*

*(En cuanto llegue a Avesta empezaré a tramitar lo del obispo.)*

*Te abraza y te besa mucho-mucho, Miklós.*

## 11.

Al día siguiente de la marcha de mi padre, en Eksjö se armó un escándalo. Todo comenzó cuando, hacia el final del desayuno, el médico jefe Svensson entró en el comedor y empezó a golpear un vaso con una cuchara.

El agudo sonido hizo callar el alboroto y todo el mundo se volvió hacia el médico.

Svensson parecía nervioso:

—Les pido que sean pacientes y que confíen en mí. Acabo de recibir una noticia que hará que algo cambie en sus vidas... El Ministerio de Sanidad sueco ha decidido disolver con efecto inmediato el campamento de Smålandsstenar. De modo que las pacientes de ese campamento que han sido tratadas y curadas por nosotros aquí se incorporarán al conjunto de las chicas que van a ser trasladadas a otro campamento.

Svensson habría querido seguir hablando, pero el resto de su discurso fue acallado para siempre. Las muchachas se levantaron de un brinco de las sillas; en medio de un guirigay de distintas lenguas, unas se abrazaban dando gritos de euforia mientras otras querían llegar hasta el médico. Al este le resultaba imposible dominar la situación con sus golpecitos en el vaso.

*... Por la mañana, en medio de una gran confusión, nos anunciaron que el campamento se disuelve y que nos trasladan a otro más grande a varios cientos de kilómetros de aquí, y además muy pronto... Al menos estaré un poco más cerca de ti, y el viaje resultará más llevadero cuando te visite.*

Las tres chicas húngaras subieron corriendo a su dormitorio. Iban a empezar a hacer los equipajes cuando Lili se dio cuenta de que le habían robado.

Media hora más tarde el comité que lo investigaba levantó acta del caso, pero para entonces Lili ya estaba fuera de sí. Una crisis de llanto seguía a otra, por lo que al final recibió una inyección tranquilizante que la sumió en una suave duermevela; yacía encogida en la cama sin responder a ninguna pregunta.

Sára hubo de explicar una y otra vez lo ocurrido a quienes se encargaban del

asunto.

—Ya se lo he dicho. Estaba abierto —y señaló al único armario del dormitorio que había en un rincón.

El armario seguía abierto de par en par, casi vacío, pues las pertenencias de las chicas cabían todas en el estante de abajo.

Las explicaciones de Sára se las traducía en susurros al sueco un hombre rubio, con gafas y una deslumbrante piel blanca, a la jefa de la LOTTA.

La señora Ann-Marie Arvidsson, que escribía levantando acta, preguntó:

—¿Cómo era la tela?

Sára acarició la encorvada espalda de Lili.

—¿Cómo era, mi pequeña Lili? Yo apenas la vi...

Pero Lili solo parecía mirar, con ojos desorbitados, el abedul que había más allá de la ventana. Sára intentó explicarlo por ella:

—Era una tela para un abrigo de invierno de color marrón. Un tejido velludo. Se lo regaló su primo hermano.

El de las gafas lo tradujo musitando.

—Ha podido pasar mientras se comunicaba la noticia en el comedor. Todo el mundo se encontraba allí.

La señora Ann-Marie Arvidsson soltó con brusquedad la pluma.

—Es la primera vez que ocurre algo así entre nosotras. No sé qué se puede hacer ahora.

La jefa de la LOTTA pegó un golpe en la mesa:

—¡Yo sí lo sé! ¡Encontrarla y devolverla!

\*

Lo primero que hizo mi padre al llegar al campamento fue presentarse en la oficina; después se dirigió paseando hasta la barraca para cambiarse de ropa. Era mediodía y seguramente todo el mundo estaría en el comedor.

Lo vio de inmediato. Y retrocedió. Los dos pies embotados aún oscilaban trazando un pequeño semicírculo, en el centro, sobre las hileras de camas. La maleta se le cayó de la mano; luego hizo algo que no tenía ningún sentido: se quitó las gafas y limpió la lente intacta. Solo al ponérselas de nuevo tuvo claro que no se trataba de una visión. Desde donde se hallaba, uno de los armarios metálicos le tapaba la parte superior de la estancia. Pero, cuando dio un paso al frente, pudo ver más: los pantalones grises y el cinturón.

¡Tibi Hirsch!

Se había ahorcado colgándose de un gancho, un grueso clavo doblado que había en el techo al lado de la lámpara con tulipa de plato. Bajo el cuerpo destacaba una carta. Las piernas y las manos de mi padre comenzaron a temblar, tuvo que sentarse. Transcurrieron varios minutos. Sentía un irreprimible deseo de leer aquella carta. Pero tendría que vencer su temblor y su rechazo. Desde donde estaba sentado solo podía ver que allí abajo, estampado en el papel, había un sello. ¡Una carta oficial!

Mi padre sospechó enseguida: antes de levantarse a duras penas y de deslizarse por debajo del cuerpo colgado, ya sabía qué era lo que aquella misiva contenía. La miró, la escudriñó y... claro. Ni siquiera tuvo que alzarla, desde aquella distancia se advertía que el último correo recibido por el técnico electrónico y asistente de fotografía era un certificado de defunción que ahora yacía en el suelo. El de Tiborné Hirsch, de soltera Irma Klein.

Mi padre recordó de pronto haberle escrito a Lili que a la mujer de Hirsch la habían matado a tiros en Belsen. Lo había hecho cuando la barraca festejó que vivía y se formó aquella gigantesca serpiente humana. ¿Por qué calló entonces lo que sabía? ¿Por qué no fue corriendo hacia Hirsch para sacudirlo, para despertarlo?

¿Pero cuándo? ¿Cuándo hubiera podido hacerlo?

¿Tal vez cuando Hirsch se sentó en la cama agitando la carta?, ¿cuando gritó «¡Vive! ¡Mi mujer vive!»? ¿Tendría que haber ido entonces hasta él para zarandearlo y gritarle a la cara que no, que no vivía, que estaba muerta, que hasta tres personas habían visto cómo la abatían a tiros igual que a un perro rabioso?

¿O tendría que haberlo hecho más tarde?

¿Pero cuándo? ¿Cuándo?

¿Cuando Hirsch empezó a zigzaguear entre las camas enarbolando la carta como una bandera y comenzó a entonar a coro un canto de un solo verbo? ¿Tenía que haberlo hecho entonces? ¿O quizá cuando Harry se puso detrás de Hirsch, lo agarró por los hombros y ambos empezaron a marcar el paso como en un desfile?

¡Vive, vive, vive, vive, vive!

¿Qué podría haber hecho cuando el miedo enquistado en las entrañas de aquellos hombres desapareció de pronto disolviéndose a través de aquel insistente mantra? ¿Cómo hubiera podido oponerse a aquella erupción volcánica?

¡Vive, vive, vive, vive, vive, vive!

¿Tendría que haberse subido a la mesa?, ¿haber dado alaridos hasta silenciar

aquel coro? ¿Y qué tendría que haber gritado? ¿Que entraran en razón? ¿¡Entrad en razón, animales! ¿¡Entendedlo de una vez, os habéis quedado solos, aquellos a quienes queríais ya no viven, se han volatilizado, se han convertido en humo! ¿¡Yo lo he visto! ¿¡Yo lo sé!?

¡No vive, no vive, no vive, no vive, no vive, no vive!

No lo hizo. Se puso en la fila y fue el anillo número once de la serpiente, la parte sensata de un todo en el que buscaba disolverse, negar cuanto pudiera lo irrefutable.

Y ahora el cuerpo sin vida de Hirsch colgaba de un gancho.

\*

Por la noche, cuando ya se le habían pasado los efectos más inmediatos de la inyección tranquilizante, Lili se sintió con las fuerzas suficientes para bajar a la oficina con Sára y presentar una denuncia formal.

Dos días más tarde, al recibir la carta de mi padre, quien en un par de horas había averiguado en Avesta cuál era el modo de tramitar una denuncia de aquel tipo en Suecia, Lili ya había superado el primer escollo oficial.

Pero ambos sabían que aquel invierno ella lo iba a pasar sin un abrigo adecuado.

*¡Mi única, mi pequeña y querida Lili! Tienes que poner una denuncia policial por robo contra un ladrón desconocido. Debes escribir una carta en alemán por triplicado (una para la jefa, otra para el Utlännings Kommitté y otra para la policía), en la cual habrás de especificar con exactitud la pérdida, es decir, una tela de abrigo de invierno, de unos tres metros y medio, marrón, de un tejido rayado, etcétera.*

Ocurrieron cosas más importantes por aquel entonces. El martes por la mañana llevaron en autobús a la estación de Smålandsstenar a nueve de las muchachas tratadas en el hospital de Eksjö, entre ellas a tres húngaras. El caos reinante era enorme y, además, nevaba sin parar.

La mayoría de las residentes del campamento ya habían tomado asiento en el tren cuando las que llegaban de Eksjö arrastraban aún presurosas sus fardos y maletas por el andén mojado. Svensson y las enfermeras con sus capas negras correteaban de un lado para otro a la vera del tren como si fueran miembros de un cuerpo militar en acción humanitaria. Intentaban tranquilizar a todo el

mundo. Había lágrimas y besos, y mucha nieve barrosa y encharcada. Por la megafonía sonaba una música alegre.

Lili, Sára y Judit Gold se subieron al vagón que ya ocupaban sus antiguas compañeras, a las que no veían desde hacía tres meses. Chillaron, se abrazaron. Después, bajaron la ventanilla del compartimento, se asomaron y le lanzaron besos al doctor Svensson. Entonces llegó una enfermera en bicicleta con una gran cartera de cuero colgada al hombro. Venía dando timbrazos para que el personal se apartara y no fuese atropellado. La enfermera traía las cartas de aquel martes, los organizadores no habían querido dejar ningún cabo sin atar. Con la capa arrebujada en el regazo para evitar que le incordiará mientras pedaleaba, se bajó de un salto de la bicicleta y se puso a gritar:

—¡El correo! ¡El correo!

Se había parado en el centro del andén y la bicicleta había caído al suelo produciendo un considerable estrépito. Sacó unos sobres de la cartera y leyó los nombres. Tuvo que emplearse a fondo para imponerse a la música que sonaba por megafonía: Schwarz, Vári, Benedek, Reich, Tormos, Lehmann, Szabó, Beck...

La señora Ann-Marie Arvidsson, que también estaba atenta a todo lo que acontecía en la estación, sintiendo un poco de remordimiento por el trato dado a Lili, reparó en el apellido Reich. Recibió el sobre de la enfermera y partió en busca de Lili en medio de aquel babélico batiburrillo. Corrió todo lo que pudo a lo largo del andén. Creía que iba a entregar una carta de mi padre y eso la animaba. De pronto se puso a gritar ella también. Repetía el nombre de Lili, pero su voz de pájaro se perdía en medio del guirigay.

De repente se dio cuenta de que la muchacha se encontraba asomada a la ventanilla de un compartimento a muy pocos metros de ella. Lili también divisó a la señora Ann-Marie Arvidsson. El abrigo de la mujer se había llenado de salpicaduras de barro hasta las rodillas. Estaba colorada, respiraba agitadamente. Enarbolaba por encima de la cabeza la carta y no cesaba de gritar el nombre de su destinataria.

Lili la llamó:

—¡Ann-Marie! ¡Ann-Marie!

La mujer se emocionó al oír que la llamaba por su nombre. Tendió la mano para entregarle el sobre y, de paso, agarró la de Lili. Se la apretó.

—¡Seguramente es de su amigo! —le dijo riendo y dándole a entender que ella también tomaba partido por el amor.

Lili echó un vistazo al sobre y toda la sangre le desapareció de la cara. En él había un matasellos de Budapest, y la dirección destacaba por su caligrafía

inclinada. No había dudas. Se desplomó hacia atrás en el compartimento y Sára tuvo que sujetarla para que no cayera al suelo.

—Es la letra de mi madre —susurró Lili. Y estrujaba la carta como una posesa.

Sára la reprendió:

—¡Vas a arrugarla del todo, suéltala ya!

Intentó zafar el sobre de la mano de su amiga, pero Lili no lo permitió.

Judit Gold se asomó a la ventanilla y, al ver a Svensson que pasaba trotando por allí en aquel momento, le gritó:

—¡Reich ha recibido una carta de su madre!

El médico y todo su séquito se detuvieron en el acto. Las enfermeras con sus capas negras lo rodeaban como una bandada de cuervos. Tras él subieron al vagón. En el pequeño compartimento se apiñaban por lo menos quince personas. Lili seguía sin atreverse a abrir el sobre; lo besaba y lo acariciaba. Fue Svensson quien ahora se enfadó:

—¡Ábralo de una vez, Lili!

Lili lo miró con los ojos bañados en lágrimas.

—No me atrevo.

Luego respiró hondo y se lo pasó a Sára.

—¡Ábrelo tú!

Sára, sin titubear, lo desgarró al instante. De él salieron unas hojas preñadas de una prieta caligrafía. Se las tendió a Lili, pero esta meneó la cabeza:

—¡Léela! ¡Por favor!

Svensson ya se encontraba sentado al lado de Lili cogiéndole la mano entre las suyas. Como sobre la llegada de aquella carta de Pest se había extendido el rumor sin que se supiera cómo, tanto en la entrada del compartimento como al otro lado de la ventanilla se había congregado un montón de gente. Si quería responder a las expectativas, Sára tenía que ponerle énfasis, igual que en una obra de teatro: proyectar la voz, declamar. Era consciente de la particularidad del momento, pero su voz se atascó. Ella, que había afrontado con soltura hasta las arias más difíciles de Schumann, tomaba ahora la palabra con una voz que se le fue quebrando y enronqueciendo.

«¡Querida hija mía, mi pequeña Lili! He leído en la sección de anuncios del periódico *Világosság*: “Tres chicas húngaras buscan a sus familiares desde Suecia”.»

Lili pudo ver con claridad el corredor exterior de su casa de la calle Hernád, el color verde espinaca de la puerta de entrada y la bata gastada de su madre.

Lllaman. Su madre abre la puerta. Es Bözsi, que agita sobre su cabeza el *Világosság* del día y da alaridos. Lili no entiende lo que dice, pero no importa. Es evidente que grita, porque los músculos del cuello se le tensan y señala a golpes la última página del periódico, donde se encuentra el anuncio, enmarcado y con letras gruesas. También ve con nitidez cómo su madre le arrebatla el periódico de las manos, oye el crujido que emiten las hojas, la ve escudriñar el anuncio, detenerse en un nombre, el suyo, y, sin más, desplomarse. Lili puede también distinguir con precisión lo que dice su madre, aunque no sabe bien si antes o después de haberse desmayado. «¡Siempre he sabido que mi pequeña Lili era inteligente e ingeniosa!»

Sára, en el compartimento, fue recuperando la voz tras la emoción de los primeros instantes. Svensson seguía con la mano de Lili entre las suyas.

«¡Y la noticia de este milagro me llega después de un año terrible! No puedo expresar con palabras lo que esto significa para mí. Solo puedo dar gracias a Dios por permitirme vivir este momento.»

Bözsi corre hasta la despensa gritando a voz en grito: «¡Vinagre, vinagre, vinagre!». Lo encuentra en el segundo estante, quita con los dientes el corcho que cierra la botella y se la lleva a la nariz. Corre de nuevo junto a su madre, que continúa desmayada a los pies de la puerta de entrada. Bözsi le rocía a toda prisa la cara con el vinagre para ver si consigue que vuelva en sí. Ella estornuda y abre los ojos. Mira a Bözsi, pero le susurra a Lili: «Tu querido y bondadoso padre, por desgracia, aún no ha regresado a casa. En Wels (Austria), después de la liberación, fue a parar a un hospital debido a una intoxicación intestinal (eso fue en mayo), y desde entonces no tenemos ninguna noticia de él. Espero que Dios le ayude y que vuelva pronto, para que de nuevo, juntos, podamos congratularnos de estar vivos».

Lili se sentía confundida, no lograba discernir lo que leía Sára de lo que clara e inconfundiblemente le llegaba a través de la voz de su madre, como si ella también estuviera presente en aquel compartimento falto de aire y les prestase voz a las partes más importantes de la carta que su amiga leía. Las dos siguientes frases, por ejemplo, le llegaron por boca de Sára.

«Desde el 8 de junio vivo con Relli y su marido, que ese mismo día volvió de Auschwitz, y me quedaré con ellos hasta que tú o tu padre regreséis. ¡Volved ya a casa, por el amor de Dios!»

El olor penetrante del vinagre inunda todo el piso. Con la ayuda de Bözsi, su madre se levanta con dificultad y se acerca tambaleándose al grifo de la cocina para lavarse la cara. Luego se sienta en la banqueta, extiende el *Világosság* sobre

sus rodillas y lee unas siete veces seguidas el anuncio, hasta estar segura de que no olvidará nunca aquellas escuetas líneas.

«No sé por dónde empezar... ¿Qué haces todo el día? ¿Qué comes? ¿Qué aspecto tienes? ¿Estás delgada? ¿Tienes ropa interior? A nosotros, por desgracia, nos desvalijaron por completo, todo lo que enviamos al pueblo se perdió: la ropa interior, los abrigos de invierno, los trajes, los vestidos, absolutamente todo... Pero no te preocupes por ello, mi niña.»

Este monólogo, seguido y de carrerilla, le llegó a Lili, en cambio, en la voz de su madre. ¡Aquello de «mi niña» era tan propio de ella! ¡Mi niña, mi niña, mi niña!... ¡Dios mío, qué bendición!

Svensson no entendía una sola palabra de la carta, pero su cara resplandecía de felicidad y satisfacción, igual que las del resto de las chicas húngaras que se hallaban en el compartimento. Sára miró a su alrededor, tragó saliva y prosiguió.

«Y, para darte una buena noticia, te diré que tu piano nuevo, el que te regaló el día en que cumpliste dieciocho años tu querido y bondadoso padre, está aquí. Sé que esto te alegrará, mi pequeña Lili.»

Ve a su madre sentada en la banqueta. Advierte cómo acaricia el periódico, que desprende un fresco olor a imprenta, mientras, con una sonrisa en los labios, redacta la carta mentalmente. Enseguida empezará a escribirla. Lleva diez meses haciéndolo cada noche, y no le va a costar nada traerla de nuevo a la memoria, sabe dónde poner cada coma, ha revisado una y mil veces la ortografía, ¡incluso más!, no iba a cometer errores tontos en un escrito tan importante. Balbucea y canturrea.

«Vida mía, cuando puedas, intenta que te den luz ultravioleta en las manos, en los pies e incluso en la cabeza, porque temo que tu precioso pelo ondulado se haya quedado lacio por falta de vitaminas, y no sé si habrás tenido también tifus. No dejes de tenerlo en cuenta, mi niña hermosa. Me gustaría que, cuando, con la ayuda de Dios, vuelvas a casa, siguieras estando tan deslumbrante como siempre.»

Alguien, quizá una de las enfermeras con capa del séquito de Svensson, tuvo que ir corriendo a avisar al jefe de estación para que no diera la salida al tren mientras aún se encontraba en él el médico jefe, ya que este no se movía y seguía apretando la mano de Lili. Las muchachas se apelotonaban en el compartimento con los rostros resplandecientes. La voz de Sára, a través de la ventanilla bajada, resonaba a lo largo y ancho del andén, que ya se había quedado desierto.

«Del pobre Gyuri no tenemos noticias, los Kárpáti están aquí, los cuatro, y

Bandi Horn, según se dice, se halla en cautiverio ruso. Zsuzsi no aparece en vuestro anuncio, ¿sabes algo de ella, mi niña querida?, pues os deportaron juntas.»

A Lili se le hizo un nudo en la garganta. Zsuzsi, su prima, se había ido entre alas de mariposa con una sonrisa en los labios y millones de piojos en su cuerpo plagado de heridas, mientras las dos permanecían abrazadas en el suelo de uno de los pestilentes barracones de aquel campo de la muerte. ¿Cuándo murió?, ¿en qué momento se le fue? De eso Lili jamás hablaría.

Su madre está en la cocina, donde impera un fuerte olor a vinagre, con la sensación de hallarse perdida en medio de un campo minado. Calla. Del grifo, silenciosa, cae una gota de agua. Después mira a Bözsi y se echa a llorar. Bözsi la abraza y lloran juntas.

Lili oye nítidamente a su madre, que hunde el rostro en el cuello de Bözsi, y habla entre sollozos.

«Ojalá pudiera ya abrazaros, no tengo otro deseo en la vida..., solo eso quiero. Te espera y manda un millón de besos quien te quiere como nadie, mamá.»

Era como si Lili hubiese caído en trance, ni siquiera se dio cuenta de cuando Svensson y las enfermeras abandonaron el compartimento. Al parecer, el médico jefe y ellas la abrazaron y besaron con mucho cariño antes de bajar del tren. A los pocos instantes, el médico jefe y su séquito se encontraban ya en el andén descubierto bajo la densa nevada como un grupo de estatuas que permaneció allí hasta que el tren, definitivamente, desapareció de su vista tras tomar una curva.

*¡Mi única, mi querida, mi pequeña Lili!*

*¡No sabes bien qué felicidad tan grande me ha causado tu carta! ¿Podrás creerlo? ¡Lo sabía, presentía que esta misma semana recibirías noticias de tu madre! ¡A cada instante te quiero más y más! ¡Eres una niña tan dulce y tan buena! ¡Y yo un crío tan endemoniadamente malo! Pero tú vas a conseguir que sea mejor, ¿verdad que sí?*

## 12.

Una mañana mi padre desapareció del campamento cercado de Avesta y su ausencia no llamó la atención de nadie hasta mediodía.

Entonces comenzaron a buscarlo. Los primeros fueron Harry y Frida, acostumbrados a verlo entrar antes de comer en la portería para comprar sus dos cigarrillos para la tarde. Pero como no apareció por allí ese día, Harry le preguntó a Jakobovits dónde y cuándo lo había visto por última vez. Hacia la una ya se había enterado también Lindholm de que su enfermo preferido había desaparecido como por ensalmo. Entonces contaron las bicicletas, pero no faltaba ninguna. Y, como tampoco se encontraba en el comedor a la hora del almuerzo, empezaron a preocuparse en serio.

Lindholm envió un coche para que recorriera el trayecto entre el campamento y la ciudad, por si mi padre había ido a correos y, en el camino, se había sentido mal. Mientras tanto llamó a todos los lugares posibles en los que, en teoría, podría haber recalado: a correos, a la pastelería, a la estación de Avesta... Pero aquel día no habían visto a mi padre en ninguna parte.

Hacia las últimas horas de la tarde avisaron a la policía y se anunció la prohibición de salir del campamento. Todo el mundo relacionó la desaparición con el trágico suicidio de Tibor Hirsch. Fue mi padre quien lo encontró, allí se hallaba él también cuando lo descolgaron, y luego se pasó días y días sentado en la cama sin decir palabra y sin que hubiera forma de consolarlo. Llegados a ese punto, Harry sugirió que tal vez se había escondido, pues la Navidad se acercaba. Hablaron mucho de los recuerdos que tenían de esa fecha, a pesar de que la mayoría de ellos, por motivos religiosos, nunca la habían celebrado. Pero, según Grieger, mi padre era socialista, alguien para quien la Navidad no podía significar nada; era, pues, descartable que a una persona como él fuera a afectarle la proximidad de un festejo familiar como ese.

La enfermera jefe, Márta, apareció en la barraca y fue, uno por uno, haciendo un montón de preguntas a todo el mundo; luego, al lado de las cosas de mi padre, dudó durante un buen rato sobre si leer o no su correspondencia. La guardaba ordenada con esmero en una caja de cartón. En un orden casi militar, se

alineaban allí por lo menos trescientas cartas, entre las que destacaban las de Lili, atadas con una cinta de seda amarilla. Tras sostener entre sus manos la caja, Márta se resistió a la tentación. Aún era demasiado pronto, le concedería una noche más.

En aquel mismo momento, mi padre caminaba por el bosque a siete kilómetros del campamento de Avesta, manteniendo un paso lento aunque uniforme, enfrascado en sus propios pensamientos. No era capaz de explicarse por qué precisamente aquella mañana le había invadido esa mezcla de angustia y desesperación. ¿Qué motivos podrían haberla provocado?

Esa mañana no se había diferenciado en nada de cualquier otra. Al amanecer se tomó la temperatura, después desayunó. Luego escribió su carta a Lili. Jugó una partida con Litzman y, a continuación, fue paseando hasta el hospital del campamento para hablar de nuevo con Lindholm de la visita que Lili planeaba hacerle en Navidad y, de paso, para que el médico lo reconociera.

Puede que fuera por eso. Tal vez por la mirada de indiferencia con la que Lindholm lo había despachado. Había auscultado sus pulmones y había hecho un gesto de resignación. ¡Había sido aquel gesto!

Mi padre se detuvo en medio del bosque de pinos. El viento ululaba suavemente. De repente tomó conciencia de que el origen de todo había sido aquel insignificante y distraído gesto hecho con la mano, como cuando alguien empuja la primera ficha puesta en pie de un dominó. Al salir del edificio se le encogió el corazón. Nunca había creído en aquel tonto diagnóstico. Lo había desechado como un error. ¡Que hablaran lo que quisiesen los listillos, él sabía lo que sabía!

Pero el intrascendente movimiento de muñeca de Lindholm, aquella mañana, había sido como si le hubieran asestado un puñetazo en el estómago. Lo dejó sin aliento. ¡Iba a morir! ¡Iba a desaparecer igual que Hirsch! ¡Le quitarían sus cosas del armario, orearían su cama y sanseacabó!

Así que se puso en marcha. Salió del campamento tambaleándose y llegó hasta el cruce, y allí no torció a la izquierda para tomar la senda que llevaba a la ciudad, sino que giró a la derecha para enfilarse la que conducía al bosque. Muy pocas veces se había aventurado por allí. Había al comienzo una pista asfaltada, pero esta se acababa pronto y proseguía tan solo un camino. Luego se terminaba este y no quedaba más que un estrecho sendero, tal vez abierto tras las huellas de algún animal errante. Lo siguió. Después de un rato se ensanchaba y desembocaba en un vasto campo nevado.

A partir de aquel momento se extravió por completo. Pero no se puso

nervioso. Le sentaba bien caminar, hasta le agradaba coquetear con la muerte. La gran segadora. Si estiraba la pata, ¿qué? Había vivido, había amado y hasta allí había llegado. Ahora desaparecería igual que se desdibujan las huellas de un animal errante. Recitaba poemas para sí mismo. Primero musitando, luego a media voz y, finalmente, gritando. Proseguiría su camino entre pinos que llegaban hasta el cielo, recitando la poesía de la literatura universal entera. Attila József, Heine, Baudelaire...

A última hora de la tarde, después de un ataque de tos, se compadeció de sí mismo. Empezó a sentir frío, sus botas estaban encharcadas y era tal su cansancio que tuvo que sentarse en un tocón. La verdad es que no había logrado calmarse, pero tampoco quería morir congelado. Partió pues hacia el norte, intuyendo que por allí estaría el campamento, aunque sin estar completamente seguro.

\*

A las ocho de la tarde Lindholm llamó por teléfono a Svensson, su colega de Eksjö. No sabía que el campamento de Smålandsstenar había sido trasladado a Berga. A Svensson le sorprendió la desaparición y no halló ninguna respuesta; en cualquier caso, le facilitó el teléfono del campamento de Berga. Lindholm esperó hasta las once de la noche, pero, como mi padre no aparecía, decidió llamar a aquella muchacha húngara que quizá fuese quien más supiera acerca de su paradero. Por alguna razón lo hizo desde el teléfono de la portería, posiblemente para poder controlar mejor desde allí el camino por el que esperaba, de un momento a otro, que mi padre apareciese.

\*

Las chicas llevaban ya dos días instaladas en el campamento de Berga. Habían sido ubicadas en una alargada y bien caldeada barraca de madera, al igual que los hombres del campamento de Avesta. Ya se habían ido a dormir cuando llegó alguien con el recado de que aguardaban a Lili en el teléfono del edificio principal. Lili saltó de la cama, se enfundó a toda prisa un abrigo y salió de estampida. Sára la llamó. Tenía un mal presentimiento, así que ella también se calzó las botas y la siguió.

Lindholm avistó a mi padre en la curva, arrastrándose igual que un caracol hacia el paso a nivel de la entrada, justo cuando oía al otro lado del hilo

telefónico la suave y temblorosa voz de Lili pronunciando aquel titubeante «¿diga?!».

—¿Lili?! ¡Enseguida le paso a Miklós!

Eso fue lo que le gritó al teléfono, aunque sabía que aún habrían de pasar al menos cinco minutos hasta que mi padre entrara en la portería.

—¡Manténgase a la escucha! ¡Ya viene!

\*

Él llegó a creer que jamás hallaría el camino de vuelta. Al poco de decidir que no aceptaba morir congelado, y tras haber vuelto hacia el norte tratando de seguir sus propios pasos en la nieve, fue presa de un estado de ansiedad. De alguna manera tenía la impresión de moverse en círculos. El rastro de sus botas en la nieve parecía ir haciéndose cada vez más borroso y, de pronto, las pisadas parecían multiplicarse, hasta el punto de que creyó —se atrevería a jurarlo— seguir las huellas de un oso. Se asustó. Pero, por fortuna, volvió a encontrar la senda de sus propios pasos.

Definitivamente, no supo qué hacer cuando advirtió que las huellas de sus botas desaparecían de pronto en mitad de un sendero. Era como si a quien había pasado andando por allí antes le hubieran crecido alas de repente. Como si las pisadas se hubieran borrado o como si jamás hubiesen existido.

El sol se había puesto y el frío era ya insoportable. Él avanzaba a duras penas; tenía heridas en los pies, la cabeza le ardía y no paraba de toser. La estrecha hoz de la luna apenas iluminaba el bosque. Se caía a cada instante, muchas veces de rodillas al hundirse en la blanda nieve. Había perdido toda esperanza. Sabía que no podía pararse, así que, con las pocas fuerzas que le quedaban, se concentró solo en caminar: un-dos, un-dos, un-dos. Pero, de hecho, en lo hondo de su alma, ya se había rendido. Le pareció oír algo así como el siniestro regodeo de algún ave, el inquietante canto de un búho tal vez, pero no estaba seguro de si en Suecia los había en invierno. «El lúgubre ulular de la muerte...»; sería un buen comienzo para un poema, pero ¿cuándo podría escribirlo? Nunca. Sí, nunca jamás.

Entonces vio la portería, el paso a nivel y a Lindholm detrás de las rejas de la ventana con el auricular en la mano. Claro, cabía preguntarse si no estaba soñando.

Tardó por lo menos diez minutos en hacer aquellos últimos cincuenta metros. Entró en la portería, Lindholm lo miró y le puso el auricular en la mano.

—Es Lili Reich. Miklós, querrá hablar con ella, ¿no?

Lili no sabía a qué se debía aquella espera. Después de que la voz de un hombre desconocido de Avesta la tranquilizara varias veces diciéndole que mi padre se pondría al teléfono enseguida, pensó que tal vez había algún problema con la línea. El auricular, pegado a su oreja, no dejaba de emitir zumbidos y chirridos.

Al cabo de un buen rato oyó la voz mortecina de mi padre:

—¿Sí?

—¡¿Estás bien?!

¿Qué podía responderle?

—Bien. Muy bien.

Lili se tranquilizó.

—Aquí ya estamos instaladas, ¡figúrate!

—¿Y?...

—No puedes ni imaginártelo. ¡Horroroso! ¡Sencillamente horroroso! ¡Ni siquiera quería escribírtelo! ¿Te molesta que me queje?

Los músculos faciales de mi padre estaban congelados. Le resultaba casi imposible articular cualquier palabra.

—No me molesta.

Necesitaba ganar tiempo y, con sus dedos rígidos, intentó masajearse la cara. Le incomodaba también la presencia de Lindholm, que estaba tan pegado a él que tenía que encogerse para no rozarlo.

—¿Cómo es? Descríbemelo —dijo al fin.

—Pues son barracones de madera, caminos intransitables, un espanto... Por la noche no he podido dormir del frío. Y, por la mañana, me dolía la garganta y tenía fiebre.

—Sí. Entiendo.

—¡No hay en los barracones ni un mísero rincón donde sentarse! ¡No hay ni una silla, ni una mesa! Todo el día lo pasamos vagando por los alrededores como perros abandonados. ¡¿Qué te parece?!

—Entiendo.

Mi padre se había quedado bloqueado. Se sentía vacío. Le habría gustado tumbarse y cerrar los ojos.

Lili advirtió que le pasaba algo. Él, por lo general, hervía de deseo y entusiasmo, y a ella apenas le dejaba abrir la boca. Ahora le sorprendían sus largos silencios. Volvió a intentarlo.

—Desde esta mañana tengo los nervios de punta y estoy de muy mal humor.

Lo único que quisiera es llorar. No encuentro mi sitio. ¡Siento muchísima añoranza de nuestra patria!

—Entiendo.

Lili desistió.

La voz de mi padre le resultaba extraña. Glacial. Casi hostil. Por un tiempo los dos permanecieron callados.

*... Anoche..., por teléfono..., fue horrible..., no podía hablar con normalidad. Hubiera querido decirte que te quiero infinitamente y que comparto tus sentimientos. Perdona que no te lo dijera, pero así es como lo sentía... ¡Ya quedan pocos días para volver a verte!*

Lili todavía susurró por el micrófono:

—Pues, entonces...

Pero mi padre únicamente podía pronunciar aquella palabra de tres sílabas. La repetía como un papagayo.

—Entiendo. Entiendo.

—¿Tú estás bien?!

—Bien.

A Lili se le bajó la sangre a los pies.

—Me gustaría —balbució— que le escribieras a mamá por correo aéreo..., ahora que ya tenemos su dirección... Y que le contaras todo sobre nosotros...

Lindholm se dio cuenta de que mi padre tan solo quería dormir y ponerse a soñar, que no deseaba otra cosa.

—Sí. Sin falta.

Volvieron a quedarse en silencio.

*... Anoche, cuando colgué el teléfono, me invadió un sentimiento extraño..., jera como si me hubieran echado por encima un jarro de agua fría! Tu voz sonaba tan ajena y distante que, de repente, pensé: ¿habrá dejado de quererme?*

Clic. La línea se cortó. Lili estaba blanca como la nieve. Sára la abrazó y salieron afuera.

—Tenía una voz extraña. Habrá pasado algo...

Sára creyó comprenderlo.

—Debe de ser por su amigo, el que se suicidó. Seguro que es por eso. El

pobre tiene tantos problemas...

A oscuras, volvieron al barracón cogidas del brazo. Aquella noche Lili no pudo pegar ojo ni un solo minuto.

## 13.

A la noche siguiente, se organizó una fiesta con baile y todo con motivo de la inauguración del campamento. Fue invitada una orquesta para que tocara en una especie de hangar al que denominaban «el comedor». Constaba de tres músicos: uno tocaba el piano, otro la batería y el tercero el saxofón. El repertorio consistía en música ligera sueca con mucho ritmo.

Algunas de las chicas salieron a bailar, sin importarles que en la nave no hubiera más que tres hombres: los tres músicos. Pero la mayoría se encontraba sentada junto a la mesa de madera ataviada para la ocasión, mirando al frente con ojos soñadores. Había cerveza, bollos y chorizo.

Lili, Sára y Judit Gold se sentaron las tres juntas, pero aparte. Dos hombres entraron en el comedor, pidieron información en voz baja y se dirigieron decididos hacia ellas. Uno, al llegar al lugar donde se hallaban las muchachas, se quitó el sombrero.

—¿Es usted Lili Reich?

Lili permaneció sentada. El hombre le había dirigido la palabra en sueco, pero ella respondió en alemán.

—Soy yo.

El hombre sacó del bolsillo una estrecha tira de tela. También él empezó a hablar en alemán.

—¿La reconoce?

Lili se levantó de un salto y arrebató el trozo de tela de la mano del hombre.

—¡Sí!

Lo acarició y, al hacerlo, sintió la suave aspereza de su vello en la punta de los dedos. Se lo pasó a Sára para que ella también lo examinara.

—¿Qué te parece? ¿Verdad que es la tela de mi abrigo?

Entonces el otro hombre se quitó el sombrero.

—Señorita, escúcheme bien. Soy Svyuka, el comisario de Eksjö. Él es el señor Berg, portero del hospital.

El señor Berg saludó con la cabeza y prosiguió dirigiendo la entrevista:

—Al registrar el hospital de Eksjö encontramos la tela de tres metros y medio

de largo por noventa centímetros de ancho cuya desaparición usted había denunciado. Se encontraba en el fondo de un armario de aparatos e instrumental médico, en mitad de un pasillo. ¿Puede usted seguirme, señorita?

—Sí.

—Bien. La tela ha aparecido cortada en estrechas tiras de unos pocos centímetros.

Pidió de vuelta la tira y la mostró. Lili estaba estupefacta. La orquesta tocaba ahora una pieza lenta, y las parejas de mujeres se bamboleaban emocionadas sobre el suelo de madera. Lili quiso asegurarse de haber entendido bien lo que le habían dicho en alemán. Se dirigió a Sára:

—¿He oído bien? ¿La han cortado en tiras?

Sára asintió con la cabeza, consternada.

Svynka, el comisario, intervino:

—Pensamos que el propósito no era robar la tela, sino destruirla.

La orquesta cambió de tema. De pronto atacó una rítmica y desenfadada polca. En mitad de la sala solo permanecían dos parejas bailando desenfrenadamente. Lili se había quedado de piedra y no podía dejar de mirar la tira de tela, que se agitaba en un total desamparo suspendida entre los dedos de aquel portero grandullón del hospital militar.

—Ahora ya resultará muy difícil averiguar quién ha podido hacerlo. Pero, si la señorita así lo desea, interrogaremos una por una a todas las compañeras —e hizo un amplio gesto a su alrededor. El comisario Svynka apostilló—: Sería mucho trabajo, pero, si usted lo desea...

Lili hizo un gesto negativo con la mano. De su boca no salió ningún sonido. Y no fue capaz de apartar los ojos de aquel resto de abrigo de invierno jamás confeccionado que seguía bailoteando como una simple tira de unos cuatro centímetros entre el pulgar y el índice del portero.

\*

Las tres chicas caminaban resueltas y en silencio, en plena oscuridad, por los senderos del campamento de Berga entre las barracas de madera. Enterraban las manos en los bolsillos de sus trincheras reglamentarias. Caía una gran helada y ululaba el viento. De repente Lili se detuvo y masculló como para sí:

—¿Quién me odiará tanto?

Sára la entendía:

—Envidian tu suerte.

Judit Gold farfulló:

—Yo en tu lugar no lo habría dejado correr. ¡Que averigüen qué chica lo ha hecho! ¡Yo me encararía con ella!

Sára se encogió de hombros:

—¿Cómo podría descubrirse eso?

—¡Qué sé yo! Charlando con ellas. ¡Revolviendo sus trastos!

Lili se rio con un dejo de amargura:

—¿Buscando unas tijeras? ¿O un cuchillo?

—¡Y yo qué sé! —insistió Judit Gold—. ¡Unas tijeras, un cuchillo, algo! ¡Puede que un simple trocito de tela!

Continuaban caminando. Sára ironizó:

—¡Claro, porque seguro que aún lo conserva! ¡Guardadito junto a su corazón! ¡Querida Judit, eres terriblemente ingenua!

—Yo solo digo que estas cosas hay que investigarlas. No se pueden quedar así. Esa es mi opinión.

Lili parecía observar el helado y sucio camino que pisaban.

—Y yo no quiero saberlo. ¿Qué podría decirle?

Judit Gold, en su cruel sed de venganza, siseó:

—Lo que fuera preciso. Escupirla.

Lili, aunque no se sentía muy dueña de sí, pareció magnánima:

—¿Yo? ¡¿Pero qué dices?! Me daría lástima.

\*

Lindholm no le preguntó a mi padre adónde había ido ni cuál fue la causa por la que desapareció ese día, que resultó interminable. Le inyectó un antitérmico y le ordenó que se diera un baño de agua muy caliente. Pero tres días más tarde se sintió en la obligación de informarle personalmente de la resolución que había tomado. Lindholm y él estaban sentados en el sofá como dos buenos amigos.

—Sé que esto le va a doler, Miklós, pero no voy a dar mi consentimiento a la visita de su prima hermana en Navidad.

—¿Y por qué motivo?

—No hay sitio. La barraca para invitados está completa. Pero este es solo uno de los dos motivos.

—¿Y el otro?

—La vez anterior le dejé viajar para que se despidiera, ¿lo recuerda? Pero, incluso si estuviera usted sano, y no lo está, no me parecen recomendables las

visitas femeninas en un campamento masculino. Siendo como es un amante de la literatura, comprenderá mis motivos.

—¿Qué tendría que comprender?

—Fue usted quien me habló en una ocasión de *La montaña mágica*. Lo carnal, ¿cómo decirlo?, conturba. Es peligroso.

Mi padre se levantó de un brinco y se precipitó hacia la puerta. La decisión de Lindholm parecía inalterable. ¿Qué había pasado allí en solo tres días? ¿Cómo había podido perder el médico jefe su tácita solidaridad con él? Mi padre se concentró en hallar una táctica que le permitiera minar la resolución, en apariencia tajante, de Lindholm. ¡El camino oficial! Fórmula hasta ahora no empleada. Con el picaporte aferrado ya en su mano, se dio la vuelta.

—Le ruego que me lo comunique por escrito, doctor.

—Pero, Miklós, nuestra relación...

Mi padre hablaba en voz baja, pero amenazante:

—No me importa nuestra relación. Lo quiero por escrito. Y por triplicado. Necesito enviarlo a las autoridades correspondientes.

Lindholm también se levantó de un brinco. Como si hubiera perdido la cabeza, gritó:

—¡Váyase al cuerno!

—¡Al cuerno no, me voy a la Embajada de Hungría! ¡Usted está limitando mis derechos! ¡Tiene la obligación de permitir una visita familiar! ¡Le pido que me comunique por escrito su decisión!

A Lindholm nadie le había hablado nunca de aquella manera. Se quedó estupefacto, permaneció mirando larga y fijamente a mi padre a los ojos y, después, en un tono seco, se limitó a decir:

—Salga de este despacho.

Él se dio la vuelta y pegó un portazo.

Mientras se alejaba por el largo pasillo fue repasando lo ocurrido, y él mismo se sorprendió de haber reaccionado de un modo tan sosegado. ¿De qué se trataba en realidad? Un médico le coartaba su libertad de movimiento. Eso era un buen argumento, convincente y más o menos cierto. Por otra parte, el país en el que se hallaba le había dado asilo. Estaba allí curándose. Lindholm podía afirmar con todo derecho que aquella privación de libertad se debía a un problema de salud. Pero él podía replicar que era la Cruz Roja Internacional la que pagaba su tratamiento y no el Estado sueco. Al fin y al cabo, no era ante la LOTTA ante quien debía rendir cuentas y ante quien debía sentirse agradecido. Si se le ocurría pasar la Navidad, digamos, en un bar nocturno de Estocolmo, ¿quién podría

impedírselo?

Perdió el hilo. En realidad, ¿qué era él allí? ¿Un paciente? ¿Un refugiado? ¿Un emigrante? ¿Un visitante ocasional? Su condición, eso es, su condición era lo que debía especificarse de alguna manera. Pero ¿quién podía hacerlo? ¿El gobierno sueco? ¿La Embajada de Hungría? ¿El hospital? ¿Lindholm? A sus espaldas, ya lejos, se abrió la puerta y el médico jefe salió corriendo y gritando tras él:

—¡Miklós! ¡Vuelva aquí! ¡Hablémoslo!

Pero lo último que mi padre deseaba en aquellos instantes era ponerse a discutir nada.

*¡Mi querida, mi pequeña y única Lili! En estos momentos estoy tremendamente furioso y desesperado. ¡Pero no me dejaré arrastrar, tengo que inventar algo!*

\*

Por la tarde, el comedor era un lugar desolado y muerto. Era la única área común del campamento de Berga. Las muchachas no tenían apenas posibilidades a la hora de elegir. O se quedaban tumbadas en la cama en sus barracas o paseaban afrontando el frío viento que calaba hasta los huesos; como último recurso, permanecían sentadas en aquella especie de hangar repleto de mesas esperando la hora de la cena.

Esa tarde Lili se propuso empezar a leer el libro de Bebel. Mi padre había aludido ya a ello en varias cartas, y la verdad era que habían pasado dos meses desde que se lo mandara encuadernado en tapa blanda. Lili anduvo con el libro de un lado para otro, cuidando de no tenerlo siempre delante de sus ojos. La cubierta no resultaba muy atractiva: el rostro de una mujer se enfrentaba al lector con severidad y coraje, mirándolo con los ojos saltones y las pupilas dilatadas, como si padeciera de tiroides; el pelo largo como greñas al viento.

Lili leyó durante diez minutos, en el transcurso de los cuales fue sintiéndose cada vez más enfurecida. En la página cuatro montó en cólera, cerró violentamente el libro y lo tiró al rincón más alejado que halló en la sala.

—¡Esto no hay quien se lo lea!

Sára estaba tejiendo un jersey con la lana de feo color que mi padre había enviado.

—¿Qué es lo que no hay quien se lo lea?

—¡Bebel! ¡Ya el título me pone de los nervios! ¿Cómo se puede poner un título así? ¡La mujer y el socialismo! ¡Pero el contenido es peor todavía!

Sára suspendió su labor de punto, se acercó hasta donde había ido a parar el libro y lo recogió sacudiéndole el polvo.

De vuelta a la mesa, se lo tendió a Lili.

—Es verdad que es un poco pesado. Pero si continúas leyendo...

—¡No voy a seguir! ¡Me aburre! ¡Prefiero no leer nada! Me aburre, ¿entiendes?

—Pues podrías aprender mucho. Si no otra cosa, al menos la manera de pensar de Miklós.

Lili apartó el libro lejos de sí, como si fuera un objeto infeccioso.

—Yo ya sé cómo piensa. Este libro es imposible de leer.

Sára suspiró y siguió tejiendo.

*¡Querido Miklosito mío! En breve te devolveré el libro de Bebel. Aquí, por desgracia, las circunstancias y el estado de mis nervios no ayudan en nada a que yo tenga la paciencia que se necesita para leer un libro así.*

A través de las enormes ventanas polvorientas del comedor se filtraba una luz grisácea. Judit Gold fisgoneó por una de ellas para ver si Lili y Sára estaban juntas allí dentro. ¡La una era parte de la otra, aun cuando se enfadaban! A menudo Judit Gold sentía que sobraba cuando estaba con ellas, pero nunca se había tomado su propia soledad tan a pecho como ahora. ¿Sería ya siempre así? ¿Iba a estar siempre sola? Que no iba a estar ya con un hombre era algo que había aceptado. Pero ¿tampoco iba a tener una amiga?, ¿esa amiga verdadera que lo es para siempre?, ¿para toda la vida? ¿Tendría que estar adaptándose eternamente a las demás? ¿Humillándose por una caricia? ¿Agradeciendo una palabra amable?, ¿un buen consejo?, ¿el arrumaco de alguien? ¡Pero ¿quién se creía que era Lili Reich?!

Se apartó de la ventana y rauda se dirigió hacia una de las barracas. Aquella en la que dormían había sido dispuesta para doce personas con sendas camas de hierro. Los armarios metálicos se hallaban en una especie de vestíbulo. Judit entró, abrió con la llave uno de ellos y sacó su maleta. Era amarilla, con un cierre de cobre, y se la había enviado en agosto, repleta de conservas de pescado, su primo de Boston, el único pariente que le quedaba. Se habían repartido y comido los espadines, las caballas y los arenques, y, de vez en cuando, sacaba la maleta del armario para acariciarla e imaginarse paseando con ella por la calle

principal de Debrecen, la ciudad en la que había vivido antes de la guerra. Pero quizá no regresara a Debrecen. ¿Quién le quedaba allí? A lo mejor terminaba estableciéndose aquí, en Suecia. Podría encontrar un trabajo, una casa, un marido... ¡Sí, un marido! ¿Por qué no? El destino a veces es generoso con aquellos que perseveran.

Se encontraba sola en la barraca. De un bolsillo lateral de la maleta amarilla sacó un monedero. Era allí donde la había escondido. La extrajo y la apretó en la mano. No sabría explicar por qué la había guardado. Realmente, ¿por qué la conservaba? En cualquier momento podrían descubrirla. Aunque no era algo que en verdad temiese. ¿Quién iba a atreverse a hurgar en su maleta? A no ser... ¡A no ser que aquellos dos malcarados tipos de Eksjö se empeñaran en resolver el misterio! ¿Quién podía saberlo? Lo más prudente era hacerla desaparecer.

La tira de tela, aquella triza de caro tejido velludo que había troceado con sumo deleite una noche allá en Eksjö, casi le quemaba en las manos. Pero tenía sus razones. ¡Nadie en este mundo podía echárselo en cara! ¡Nadie!

Judit Gold corrió a los aseos y cerró la puerta. Como despedida, olisqueó todavía un instante el pedacito de tela; luego lo echó al inodoro. Suspiró y tiró de la cadena. Se oyó el ruido torrencial del agua al caer por el sumidero.

## 14.

Lindholm pasó algunas noches en vela hasta que decidió llamar por teléfono a Lili. Había compartido sus dudas con Márta. La pequeña enfermera se había tomado muy a pecho aquel vagabundeo de mi padre por el bosque que rodeaba el campamento. A ella también le parecía que los hilos se habían enredado y que no vendría mal aclararlo todo mediante una conversación. Lindholm pidió a Márta que estuviera presente como observadora imparcial y que le avisara, aunque fuera solo con un gesto, si él se extralimitaba.

Después del obligado preámbulo, fue directo al grano:

—Por un lado, la fuga de Miklós no es más que un intento natural de huida. Por otro lado...

En la portería del campamento de Berga, Lili se apretaba el auricular contra la oreja; esta vez se encontraba sola. Creyendo que era mi padre quien la llamaba, se había precipitado feliz a través de medio campamento, y ahora necesitaba un poco de tiempo para que los latidos de su corazón amainaran tras oír la voz de Lindholm. Le habría gustado que el médico jefe concretara de una vez lo que tenía que decirle.

—¿... por otro lado?

—Por otro lado, es una forma de afrontar la realidad. Le estoy tratando desde hace cinco meses, querida Lili. Y nunca, ¿entiende?, ni una sola vez se ha enfrentado a su enfermedad. Lo de enfrentarse hay que tomarlo al pie de la letra. Intento decirle algo muy cruel, querida Lili, ¿está usted preparada para ello?

—Lo estoy para todo y para nada, doctor. Aun así, dígamelo.

Sentado en su cómodo sillón de piel, Lindholm respiró hondo.

—Miklós tiene que mirar a la muerte de frente. Desde que le asisto, ha habido que extraerle líquido de los pulmones en cuatro ocasiones. Podemos tratar su enfermedad, pero no curarla. Por un heroísmo mal interpretado, él ha estado ahuyentando hasta ahora la realidad del diagnóstico. Esto, en términos técnicos, se llama negación. ¿Está todavía ahí, Lili?

—Estoy aquí.

—Ha sido ahora, al perderse deliberadamente en el bosque, cuando ha

permitido, por primera vez desde hace cinco meses, que la realidad irrumpa en la torre de marfil que se había construido. Hemos llegado a un punto de inflexión. Querida Lili, ¿está ahí todavía?

—Estoy aquí.

—Hay que esperar que puedan surgir efectos traumáticos. Incalculables. Me gustaría que usted me ayudara en esto, querida Lili. La solución no es potenciar en Miklós sus deseos absurdos. ¿Está ahí todavía, querida Lili?

—Estoy aquí.

—¡El matrimonio que ha planificado con usted no solo es absurdo e insensato, sino que, llegados a este punto, también es perjudicial! Miklós ya no es capaz de discernir entre el mundo de la realidad y el reino de lo imaginario. ¿Sabe, querida Lili, lo que, de hecho, significa, simbólicamente, la escapada de Miklós?

—¿Qué es lo que, de hecho, significa simbólicamente?

—Un timbre de alarma. Ha tocado el timbre para que lo oiga yo, su médico, y también usted, querida Lili, que le ama.

—¿Qué espera de mí?

—Habría que poner fin a esta comedia. Con sinceridad, cariño, sensibilidad.

Durante la conversación, Lili había estado de pie junto al teléfono de la portería apoyando la espalda contra la pared. En ese momento se apartó de ella de golpe.

—Atiéndame, señor médico jefe. Respeto sus excepcionales conocimientos médicos. Su rica experiencia. Respeto también los extraordinarios avances de la ciencia médica. Respeto sus píldoras, sus Rayos X, sus expectorantes y sus jeringuillas. ¡Lo respeto todo! Pero, se lo suplico, ¡déjenos en paz! ¡Déjenos soñar! ¡Se lo pido de rodillas, permítanos no preocuparnos de la ciencia! ¡De rodillas se lo ruego, señor médico jefe, déjenos curarnos! ¿Está ahí todavía?

Lindholm, entretanto, le había hecho un gesto a Márta para pedirle que se le acercara, por lo que los dos habían podido oír, a través del auricular, el apasionado discurso de Lili. Al final logró balbucir apesadumbrado:

—Estoy aquí.

\*

Dos días antes de Navidad mi padre decidió dar un paso desesperado. Convenció a Harry para intentar ir a Berga sin permiso y sin dinero. Sopesó los pros y los contras. Al final, había decidido descartar la vía oficial. Se habría visto envuelto en un papeleo interminable y se habría perdido en los laberintos

burocráticos de un sistema administrativo desconocido. Aunque era lo que le dictaban sus convicciones, su instinto le decía otra cosa.

Para conseguir llegar a Berga era necesario efectuar tres transbordos. Eso significaba cuatro trenes y otros tantos revisores. Él y Harry tenían el don de la palabra. Además, se trataba de dos hombres enflaquecidos, enfermos y de humilde vestimenta. Ningún representante de la autoridad dejaría de apiadarse de ellos. Y, sin riesgo, no hay triunfo.

El lunes por la tarde salieron por la portería como quien va a dar un paseo, alcanzaron a pie la estación de la ciudad y se encaramaron a un tren que estaba a punto de salir.

*... ¿Qué opinas, querida Lili? ¿Te parecería bien que apareciese este texto en el siguiente número de Via Svecia?: «Nos hemos comprometido». ¡Solo eso! Y nuestros nombres.*

*¡Querido Miklós! ¡Escríbeselo a mamá también! ¡¿De dónde sacarás el dinero?! ¿Has escrito ya a ese conocido tuyo, el obispo?*

En el primer intento los pillaron. El revisor los miró con recelo y repitió hasta dos veces:

—Los billetes, por favor.

Mi padre le sonrió amablemente.

—No tenemos. Estamos sin dinero. Somos dos pacientes húngaros del campamento de Avesta.

Al revisor no le conmovió lo más mínimo.

En la siguiente parada los hizo bajar y de inmediato puso al jefe de estación al corriente del asunto.

Solo se habían alejado diecisiete kilómetros de Avesta. Alguien ordenó que los dos fugitivos fueran devueltos al campamento en autobús. Era evidente que para aquel viaje no iban a necesitar billetes.

Mientras tanto, en Avesta, un selecto comité se había reunido para castigar la rebelde actitud de mi padre.

*¡Querida y única Lili mía! Hace media hora hemos sido restituidos en medio de un enorme altercado. Se ha armado un escándalo tan tremendo que ni siquiera te lo puedo describir.*

Lindholm le hizo a mi padre una nueva radiografía. Al día siguiente lo llamó para comentar el resultado. Mi padre se sentó y, cerrando los ojos, comenzó con ese juego suyo de balancearse en la silla para echar su destino a suerte. Desplazó el peso del cuerpo sobre las patas traseras de la silla y las dos patas delanteras se levantaron en el aire. Ya solo tenía que concentrarse, mantener el equilibrio y encontrar el centro de gravedad. Si era capaz de alcanzar el cenit, y mantenerse allí unos cinco segundos, entonces estaría curado. Definitivamente.

Mientras tanto conversaba con Lindholm sobre las consecuencias de su fuga. El médico jefe se mostraba ese día amable y comprensivo.

—Lo ha estropeado todo, Miklós. El director del campamento y el encargado están enfadadísimos.

Mi padre se alzaba cada vez más sobre la silla al tiempo que se inclinaba más y más hacia atrás.

—¿Qué me pueden hacer?

—Le van a trasladar.

—¿Adónde?

—Parece que a Högbo. Un pueblo del norte. Mi informe médico no sirve de nada.

—¿Por qué? ¿Porque intenté ir a ver a mi prima?

—Por perturbar el orden. Por fugarse. No se olvide, Miklós, de que es la segunda vez que usted desaparece en un breve periodo de tiempo. Pero quiero que sepa que yo no le guardo ningún rencor. En el fondo le comprendo. Aunque puede que a usted esto le dé lo mismo.

Mi padre, sobre la silla, empezaba ya a alcanzar el cenit. ¿Se caería o no hacia atrás con la silla? Aquella era, en verdad, la pregunta más importante. Sin embargo, hizo esta otra:

—¿Qué vio ayer en mis pulmones?

—No le puedo decir nada bueno, por más que lo desee. Todas las radiografías, incluida esta, confirman por desgracia que sus pulmones...

¡Plaf! Encolerizado, dejó caer con fuerza sobre el suelo las patas delanteras de la silla. Miró al médico jefe.

—¡Voy a curarme!

Lindholm se estremeció cuando las patas de la silla resonaron contra el suelo. Esquivó la mirada de mi padre. Se levantó y le tendió la mano.

—Usted es un tipo extraño, Miklós. Es ingenuo y obcecado a la vez. Es un cabezota, un loco afable. Me encariñé con usted. Siento que tengamos que separarnos.

\*

A mi padre no le impresionó lo más mínimo su expulsión de Avesta. Enseguida buscó en el mapa su nuevo alojamiento: Högbo. Le molestó mucho más el hecho de que iba a encontrarse más lejos de Berga. Se dirigió al cuarto de las enfermeras.

—Me gustaría volver a pedirle prestada la maleta.

Márta, la Mickey Mouse, se acercó a mi padre sin decir nada, se puso de puntillas y le estampó un beso en la mejilla. Luego le advirtió:

—No se olvide por las mañanas de tomar la medicación. Y deje de fumar. Prométamelo. ¡Con un apretón de manos!

Se estrecharon la mano.

Por la tarde, él empezó a hacer el equipaje. Decidió desechar todo lo superfluo e intentar comprimir su vida en aquella maleta que tanto había viajado ya. La ropa no ocupaba mucho sitio, pero tenía un montón de libros, apuntes y periódicos. ¡Y, al final, las cartas! Cada una en su sobre en aquella enorme caja de cartón.

Interpretó de manera simbólica el hecho de que le hubieran puesto de patitas en la calle. Ahora, por fin, tiraría por la borda todo el cúmulo de cosas que le habían ido lastrando. Hacía mucho tiempo que quería hacerlo, pero, por alguna razón, no había sido capaz de decidirse. Agarró la caja y sacó de ella un montón de cartas atadas con una cinta de seda. Eran las cartas de Lili. El resto, el fruto de cinco meses, las cartas de Klára Köves, los comentarios ingenuos de una muchacha de dieciséis años de Nyírbátor, el raudal de quejas de dos mujeres divorciadas y todo lo demás, lo abrazó contra su pecho para llevarlo a los lavabos. Hay que decir, en honor a la verdad, que, cuando volvió de Eksjö, aún seguía manteniendo correspondencia con ocho de aquellas chicas. Fue entonces, a principios de diciembre, cuando escribió a las ocho diciéndoles que ya era un novio feliz y que estaba locamente enamorado. Dos de ellas le felicitaron.

Llevó, pues, aquella considerable cantidad de cartas a los lavabos y allí les prendió fuego. Al ver cómo sus líneas se reducían a ceniza, pensó para sí con cierta malicia que era como si estuviera incinerando también a aquel caballero grafómano que él había sido antes.

Entonces escuchó el sonido de un violín.

Esperó a que las cartas ardieran del todo y volvió al dormitorio.

En medio de aquel espacio Harry tocaba, en lo alto de una mesa, *La*

*Internacional.* De improviso comenzaron a aparecer el resto de los muchachos. Unos desde debajo de las camas, otros desde detrás de un armario, otros a través de la rendija de una puerta; lo habían organizado así. Como por arte de magia y como si de una obra de teatro se tratara, aparecieron hasta diez.

¡Arriba, parias de la Tierra!  
¡En pie, famélica legión!  
Atruená la razón en marcha:  
es el fin de la opresión.

Del pasado hay que hacer añicos.  
¡Legión esclava en pie a vencer!  
El mundo va a cambiar de base.  
Los nada de hoy todo han de ser.

Allí estaban cantando todos los amigos de mi padre: Laci, Jóska, Adi, Miklós Farkas, Jakobovits, Litzman... Y Harry tocaba el violín con cara de ingenuo.

*... Hoy mismo me van a trasladar a Högbo..., por indisciplinado, por perturbador del orden, por desobediencia y por incitación a la rebelión. Diez amigos míos han manifestado que no van a permanecer aquí sin mí ni siquiera un instante. Vienen conmigo Laci, Harry, también Jakobovits...*

Los muchachos salieron afuera arrastrando a mi padre con ellos. A ritmo de marcha, fueron cantando hasta el edificio principal. En cabeza iba Harry con su violín; detrás, todo el grupo.

Salieron al pasillo los médicos, las enfermeras y el personal administrativo. Solo ahora se percataban de la cantidad de gente que gestionaba sus asuntos. Aparecieron muchas caras que mi padre jamás había visto. La mayoría de ellos no habían oído en su vida aquella canción simbólica que incitaba a la movilización, y mucho menos en húngaro. Pero la irrupción atronadora de aquel grupo de jóvenes avanzando erguidos, agarrados del brazo y cantando a voz en cuello era en sí una victoria.

*Miklosito mío, me desespera que te hayas metido en este lío por el deseo de volver a vernos...*

*Querida Lili, cada minuto que hemos pasado juntos ha sido para mí la vida entera, ¡y es que te amo tanto, tanto, tantísimo!... ¿Sabes?, solo de pensar que aún nos mantendrán separados largos meses hasta que podamos estar juntos para siempre, me pongo de mal humor...*

*¡Miklosito, amor mío! Voy a intentar arreglarlo yo aquí, en Berga; a ver si puedo ser yo quien vaya a visitarte.*

\*

La directora invitó a Lili a tomar asiento en su despacho. Era una señora huesuda y con gafas que, según la impresión de Lili, no debía de haber sonreído en la vida. Delante de ella, sobre la mesa, había una caja.

—Querida Lili, me alegro de verla. Acabo de hablar con el señor Björkman — e hizo un gesto hacia el teléfono—. Me rogó que, en cuanto este paquete llegara, se lo hiciese saber.

La directora empujó delicadamente la caja de cartón hacia Lili.

—Es suya. Puede abrirla con toda tranquilidad.

Lili desanudó el cordel y abrió la caja. Fue poniendo su contenido sobre la mesa: dos tabletas de chocolate, unas manzanas y unas peras, un par de medias de nailon y una Biblia. La directora, satisfecha, se recostó hacia atrás.

—El señor Björkman me ha pedido que le busque una familia aquí, en Berga.

Lili le echó una ojeada a la Biblia y observó con desilusión que estaba en sueco, por lo que no iba a poder entender ni una palabra.

—Veo que lleva puesto el regalo de la familia Björkman...

Se llevó la mano a la cruz de plata que lucía sobre el pecho.

—Sí.

—El señor Björkman me ha pedido que le transmita que le mandan un abrazo y que rezan por usted. Se sienten felices por el hecho de que haya encontrado a su madre. ¿Le parece bien que, para el próximo fin de semana, la ponga en contacto con una muy honesta familia católica?

Lili sintió que había llegado el momento apropiado. Ya había planificado con antelación no andarse con tácticas ni complicaciones dilatorias. Debía abalanzarse sobre ella como una yegua desbocada.

—¡Yo estoy enamorada!

La mujer que tenía enfrente se quedó estupefacta.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—¡Por favor, ayúdeme! Me he enamorado de un muchacho que acaban de trasladar de Avesta a Högbo. ¡Me gustaría ir a verle! ¡Es preciso!

Por fin lo había soltado. Se quedó mirando a la directora suplicándole con los ojos lo más intensamente que pudo. La mujer se quitó las gafas y limpió los cristales con un pañuelo. Debía de ser muy miope porque estuvo parpadeando como si fuera ciega.

—¿Se trata de uno de los dos hombres que la semana pasada se escaparon de Avesta?

Aquello no sonaba muy bien. Lili quiso explicarlo:

—Sí, pero tuvo sus razones...

La mujer la interrumpió:

—... Yo repruebo profundamente esas cosas.

Volvió a colocarse las gafas y miró con severidad a Lili, que repitió con cierta testarudez:

—¡Le quiero! ¡Y él también a mí! ¡Nos gustaría casarnos!

La directora se quedó maravillada. Aquella novedad era digna de tener en consideración.

—¿Cómo se conocieron?

—¡Por correspondencia! Desde septiembre nos estamos escribiendo.

—¿Se han visto en alguna ocasión?

—Él me visitó una vez en Eksjö. ¡Estuvimos juntos durante tres días! Quiero ser su mujer.

La directora cogió la Biblia y empezó a hojearla. Era evidente que necesitaba tiempo. Cuando alzó la vista, había en sus ojos una tristeza tan grande que Lili casi se compadeció de ella.

—¡Esto es una broma! ¡¿Pretende usted unir su vida a la de un desconocido tan solo después de haber mantenido correspondencia durante cuatro meses?! ¡Yo la tenía por una chica más razonable!

Lili era consciente de que no le resultaría fácil convencer a aquella mujer. Lo intentó de nuevo:

—¿Usted está casada?

—¿Y eso a qué viene?

La mujer cerró de golpe la Biblia y se quedó mirando sus feos y deformados dedos.

—Una vez tuve un novio. Fue un gran desengaño. Un gran desengaño que me sirvió de lección.

## 15.

De la casa del rabino Emil Kronheim en Estocolmo no podía decirse que fuera muy acogedora, pero había un elemento histórico que jugaba en su favor: conservaba los mismos muebles oscuros y feos que habían servido al bisabuelo, al abuelo y, por supuesto, al padre del rabino. Hasta era posible que las cortinas de brocado, deshilachadas y descoloridas, que tapaban los grandes ventanales tuvieran más de cien años. El rabino había hallado en ella un cobijo perfecto, y ni siquiera se le había pasado por la cabeza mandar que la pintaran ni, por supuesto, mudarse a otra parte.

Los cacharros sin fregar estaban desperdigados por la cocina. A la señora Kronheim hacía ya tiempo que no le molestaba el olor a arenque, que el visitante percibía, sin embargo, como si de pronto lo estuvieran rociando con gas mostaza. Pero el rabino siempre cogía un plato limpio para su manjar favorito, lo que muchas veces constituía un motivo de riña entre ellos.

La señora Kronheim, como de costumbre, estaba sentada en la cocina y miraba desvalida los platos desparramados llenos de grasa. ¿Qué podía hacer con todo aquello?

El rabino le gritó desde el salón:

—¡Escucha esto! «... Por otra parte, Lili quiere ahora renegar de su identidad judía. ¡Ella y el muchacho que la engatusó con sus cartas están ahora planificando convertirse! ¡Él padece una grave tuberculosis! Además, sostiene que conoce, y en mi opinión miente, a un cierto obispo de Estocolmo. ¡Se lo suplico, *reb*, haga algo!»

El rabino estaba sentado a la mesa en el salón y, mientras leía la carta, iba cogiendo del plato, sin mirar, algún que otro trozo de arenque para comérselo.

La señora Kronheim le gritó a su vez desde la cocina:

—¿Quién ha escrito eso?

En aquel momento el rabino constataba sorprendido que el salado jugo en el que habían marinado sus arenques iba dibujando enigmáticas y místicas imágenes sobre el mantel.

—Una muchacha con cara de luna y algo de bigote, una tal... —y miró el

sobre, en el que la huella de los arenques ya comenzaba a ennegrecerse— Judit Gold.

A la señora Kronheim se le ocurrió que, antes o después, tendría que ponerse a fregar los platos. Y eso no le hacía ninguna gracia.

—¿La conoces?

—Sí. Hace meses la visité una vez en Eksjö. Estuvimos conversando acerca de las moscas.

—Imagino que eso será otra de tus fábulas...

El rabino volvió a engullir un arenque. Comía con la boca abierta.

—Es todo bondad y sentimiento. Propensa al llanto.

La señora Kronheim suspiró.

—¿Quién?

—Esta Judit Gold. Pero, en lo hondo, sí, en lo más hondo de sus sentimientos, ¿sabes qué hay?

La mujer del rabino se levantó a duras penas y se puso a recoger los platos y a meterlos enfadada dentro de un barreño.

—Dímelo tú. Tú, que eres tan inteligente.

El rabino agitó la carta:

—Tristeza y un trastorno enfermizo. Eso es lo que hay. Esta es ya la tercera carta. Una y otra vez insiste en denunciar a su amiga. Y puede que no solo a mí.

\*

Mi padre y sus leales amigos fueron alojados en Högbo, una pequeña localidad al norte de Estocolmo, en una pensión de dos plantas. Los recibió un hombre trajeado y de cabeza grande, un tal Erik, que dijo ser el encargado y que les leyó el reglamento interno de la casa. Aparte del horario estricto de las tres comidas del día, apenas se les obligaba a nada. Una vez a la semana debían pasar un control médico en Sandviken. Asunto que a mi padre le parecía una pérdida de tiempo.

Cuando subieron a la segunda planta para instalarse en las habitaciones, se desesperaron de verdad. Alojaban a veinte personas en tres piezas más aptas para un fin de semana familiar que para una larga estancia. En cada una de ellas se amontonaban hasta siete camas y habían sacado los armarios al pasillo. Erik, el de la cabeza grande, estuvo observando cómo iban repartiéndose, desilusionados, las camas, y cómo después, con sus maletas en el regazo, postergaban el momento de deshacerlas. El encargado les advirtió, por último,

que estaba prohibido fumar en las habitaciones, y luego se marchó.

*... Nos hacinamos siete en un auténtico cuchitril. Laci, Harry, Jóska, Litzman, Jakobovits, el húngaro americano Miklós Farkas y yo. De momento no tenemos ni un armario ni una mesa. Menos mal que hay calefacción central. Pero ¡y las camas! Un jergón y una almohada como los que tuve la última vez que pasé por un centro de internamiento.*

Mi padre eligió la cama que había debajo de la ventana. No dejó que se apoderara de él el mal humor general. Silbaba. Sacó de la maleta la foto que se había hecho con Lili en Eksjö, la puso en el alféizar de la ventana, apoyada contra el cristal, y se dijo que así, al despertarse cada mañana, lo primero que vería sería la sonrisa de Lili.

\*

El primer día por la tarde Harry y él fueron en autobús al centro de la ciudad y buscaron una joyería. El encargado les había advertido de antemano que el propietario era un viejo un poco puntilloso. Sobre la puerta del establecimiento colgaba una campana de cobre que sonaba cuando alguien la abría. Harry llevaba el violín en su estuche.

El joyero, al contrario de lo que esperaban, resultó ser un señor amable, un caballero de pies a cabeza, canoso y con una pajarita morada. Mi padre llegaba con un plan que había meditado e incluso ensayado.

—Quisiera dos anillos de boda.

El joyero sonrió.

—¿Tendría tal vez las medidas, señor?

Mi padre sacó una anilla de metal de su bolsillo. La había arrancado de una cortina en Eksjö. Encajaba perfectamente en el dedo de Lili.

—Esta es la de mi novia. El otro anillo sería para mí.

El amable anciano cogió la anilla de metal, calibró su diámetro y, de un armario que había a su espalda, sacó un cajón. Rebuscó un poco en él hasta que, finalmente, alzó la mano.

—¡Aquí está!

Mostraba entre sus dedos un anillo de oro. De debajo del mostrador extrajo una vara y comprobó las medidas del anillo de oro y las de la anilla de metal. Asintió con la cabeza. Se guardó en un bolsillo el anillo y miró socarronamente a

mi padre.

—¿Me permite su dedo?

Agarró la mano de mi padre y estimó el grosor de su dedo anular. Vaciló unos instantes. Sacó luego otro cajón y, sin titubear, eligió un segundo anillo de oro. Se lo pasó.

—Haga el favor de probárselo.

Él se puso el anillo; era admirable lo bien que le quedaba.

*... No me gusta el oro, siempre me ha hecho pensar en los muchos e infames expolios a los que se asocia su aura. Pero estos dos anillos me van a encantar, porque van a conectar el flujo de tu sangre con el de la mía...*

Mi padre intercambió con Harry una rápida mirada. El momento era decisivo.

—¿Cuánto cuestan? —preguntó.

El anciano cayó en una especie de ensoñación. Parecía estar calculando la cantidad de infames expolios que correspondían a aquellas dos bagatelas. Después desembuchó:

—Doscientas cuarenta coronas. Los dos.

Mi padre no se inmutó.

—Señor, yo vivo en una pensión de Högbo que pertenece al campamento sanitario, por si no lo sabía.

El anciano se ajustó la pajarita y asintió con cortesía:

—Algo he oído.

—Señor, me gustaría ponerle al tanto de un asunto. Estoy ahora encargado de llevar a cabo allí una tarea importante.

El joyero sonreía amistoso.

—¡Oh! ¡Una tarea! ¡Estupendo!

—Un trabajo por el cual me van a pagar. Mensualmente. Calculo que en cuatro meses podría reunir esta suma. Las doscientas cuarenta coronas.

Mi padre no le mentía. Esa misma mañana, cuando la pequeña cuadrilla húngara con sus maletas en el regazo sopesaba la dura situación en la que se encontraba, los muchachos habían decidido elegirlo su representante. Él prometió luchar por sus intereses. Y todos decidieron —también los polacos y los griegos— aportar para ello una pequeña parte de su paga. Era la suma que cada mes pensaban darle.

El anciano se mostró visiblemente emocionado. Sin embargo, no parecía dispuesto a echar a perder sus anillos.

—Ante todo le felicito. Eso puede ser el principio de una buena carrera. Pero resulta que yo le hice un juramento a mi madre. Tal vez se lo hice algo a la ligera siendo aún muy joven. Pero le prometí a ella (¿sabe, señor, que yo pertenezco a una familia cuya ascendencia se remonta a más de doscientos años?) que nunca, bajo ninguna circunstancia, fiaría. Puede que le parezca duro de corazón, pero convendrá conmigo en que el juramento que se le hace a una madre es de obligado cumplimiento.

Mi padre, que ya había previsto diversas estrategias, asintió vehemente:

—Yo soy húngaro. Y me gustaría que me mirara a los ojos. No le pareceré un estafador, ¿verdad?

El joyero dio un paso atrás.

—¡Por favor! A los estafadores los huelo yo a kilómetros de distancia, señor. Usted, puedo afirmarlo con toda rotundidad, no responde ni por asomo al perfil prototípico del estafador.

Había llegado el momento. Al otro lado del mostrador mi padre le dio una patada a Harry. Este suspiró y puso el estuche del violín sobre el mostrador. Con gran pesar, sacó de él el instrumento y se lo tendió al anciano. Mi padre habló despacio, articulando cada palabra para resultar más impactante:

—Bien, ya había contado con el hecho de que usted no iba a fiarle a un desconocido. Por eso había previsto que, hasta que mi sueldo me permita reunir el dinero, podríamos dejarle en prenda este violín. Su valor asciende por lo menos a cuatrocientas coronas. Me gustaría que lo aceptase.

El viejo joyero se puso una lupa en un ojo y examinó a fondo el violín. Se lo habían regalado a Harry los músicos de la filarmónica sueca cuando, durante el verano, uno de los periódicos del país había publicado que, en la isla de Gotland, estaban asistiendo a un joven violinista de trágico destino. Valía mucho más de cuatrocientas coronas y ni la mismísima madre del viejo joyero habría puesto la más mínima objeción a aquel negocio.

\*

El rabino Kronheim bajó del autobús. A causa del largo viaje, tenía las piernas entumecidas, hacía muchísimo frío y, además, comenzaba de nuevo a nevar. Preguntó por el campamento femenino, acabó de ajustarse bien el abrigo y echó a andar.

\*

En pocos días mi padre tuvo ocasión de demostrar que su capacidad para dar respuesta a las obligaciones del cargo para el que lo habían elegido era más que sobrada.

Estaban todos sentados en el humilde comedor de la pensión: los diez húngaros más los griegos, los polacos y los rumanos. Solo se oía el sonido uniforme que hacían las cucharas de cada uno de ellos al golpear contra la mesa. Desesperados y furiosos, los chicos persistieron tenaces en aquel ritmo machacón hasta que vieron cómo irrumpía precipitadamente en el comedor el cabezón de Erik, el encargado.

—¿Cuál es el problema, señores? —preguntó preocupado intentando alzar la voz por encima del estrépito. Todos dejaron de aporrear la mesa a la vez. En ese momento mi padre se levantó con un tenedor en la mano.

*... ¡Imagínate, pequeña y querida Lili mía, lo importante que he llegado a ser! Me han elegido como Vertrauensmann de todos los residentes de la pensión, lo cual lleva consigo un poco de trabajo, pero supone un sueldo de setenta y cinco coronas al mes.*

Pinchó un trozo de patata y lo levantó del plato con la punta del tenedor.

—¡Estas patatas están podridas!

Erik deambulaba incómodo. Pero, como todos le miraban y se sentía obligado a cumplir con el rol que le confería su cargo, se acercó a mi padre para oler la patata. Intentó no torcer la nariz.

—Huele a pescado. ¿Qué problema hay?

Mi padre mantenía alzada la patata pinchada en la punta del tenedor como si fuera el cuerpo del delito.

—Está pocha. Ayer también nos resultaron sospechosas. Pero hoy ya es evidente: están podridas.

Un chico griego que no se quitaba el gorro de punto ni para dormir se levantó de un salto y a voz en cuello gritó en griego:

—¡Presentaré una queja ante la Cruz Roja Internacional!

Lo llamó sosegadamente al orden:

—Siéntate, Theo. Esto es asunto mío.

Con amabilidad, señaló la silla que estaba a su lado:

—Tome asiento con nosotros.

Erik vaciló. Mi padre apartó la silla.

—Me gustaría que las probara.

El encargado se sentó comedido apoyando solo medio trasero. Harry ya le traía plato y cubiertos. Mi padre desprendió la patata de la punta del tenedor y la dejó en mitad del plato vacío.

—Adelante. Y que aproveche.

Erik, asustado, miró a su alrededor, pero no hubo clemencia. Le dio un mordisco a la patata. Mi padre se sentó también, junto a él, mirando indiferente cómo masticaba y tragaba. El encargado intentó gastar una broma:

—Tiene cierto sabor a tiburón. Pero a mí me gusta el tiburón. Está bastante rica.

Mi padre, sin reflejar el más mínimo estado de ánimo en su cara, ensartó otro pedazo de patata con el tenedor y lo depositó en el plato de Erik.

—¿Sí? Pues, si le gustan, coma más, señor. ¡Coma!

Erik, ¡qué otra cosa podía hacer!, se tragó también el segundo trozo de patata. Le costó algo más que el primero, pero lo engulló.

—Créanme, no tienen nada. Nada en absoluto.

—¿No? Pues, entonces, sírvase, y que le aproveche.

Mi padre cogió carrerilla. Fue ensartando pedazo tras pedazo de patata en la punta de su tenedor y depositándolos, uno tras otro, en el plato del encargado. Hizo allí todo un montículo de trozos de patata. Los muchachos se levantaron y los rodearon.

*... Así que, mi pequeña, querida y única Lili, imagínatelo: el encargado enseguida se puso pálido, aunque se le notaba que era militar porque hasta el final afirmó con insistencia que se podían comer..*

Erik consideró que era mejor sobreponerse a aquel circo. Tragaba.

—Pueden comerse. No están nada mal. Yo diría que están incluso ricas.

Pero ya empezaba a sentir unas tremendas ganas de vomitar y no paraba de beber. Heroicamente, bregaba con la cuantiosa ración acumulada en su plato. Cuando engulló la última porción de patata, se incorporó agarrándose al borde de la mesa para no caerse. Mi padre lo aferró por los hombros e intentó volverlo hacia él.

—¡Usted sabe muy bien que Naciones Unidas paga hasta la piel de la última patata que comemos! ¡Así que no permita que nos traten como si fuésemos mendigos obligados a besarles la mano por cada patata hervida!

Los chicos empezaron a aplaudir. Era eso lo que esperaban de mi padre, aquel

talante; al fin y al cabo para eso le pagaban.

Erik eructó y se llevó la mano a la barriga.

—Esto es un malentendido.

Y se desplomó. Sintió un retortijón tan fuerte en el vientre que hincó las uñas en el suelo para no llorar.

## 16.

En el comedor de Berga organizaban las comidas juntando las mesas en tres filas. Aparte de las dos ayudantes de cocina que se encargaban de servir, las propias residentes del campamento elegían cada semana entre ellas a tres chicas para ayudar. Aun así, se tardaba una hora y media en servir a las ciento sesenta muchachas. A Emil Kronheim lo acompañó hasta el comedor la directora, aquella mujer que parecía no haber sonreído nunca en su vida. El rabino ya estaba acostumbrado al riguroso orden militar de los campamentos, pero su atmósfera lo desalentaba una y otra vez. Así que le pidió a la directora que le proporcionara tan solo una pequeña estancia cerca de allí.

Judit Gold, aunque estaba sentada lejos de la puerta, pareció presentir que algo sucedía. De repente, sin saber muy bien por qué, dirigió la mirada hacia la entrada. ¡Y en ese mismo instante se abrió la puerta y apareció el rabino! Judit Gold sintió un malestar tan intenso que un sudor frío la bañó de pies a cabeza. Intentó concentrarse en la comida. Procuró sugestionarse para no prestar atención nada más que a su cuchara, al modo en que esta se sumergía en el rojizo líquido del plato.

La directora se le acercaba. Ya casi estaba encima. Y Judit Gold prácticamente tenía la cabeza metida en la sopa. Oyó el susurro confidencial de la mujer:

—Tiene una visita.

Judit Gold irguió la cabeza. Le resultó raro que nadie oyera los latidos de su corazón, tan semejantes a un tañido ensordecedor.

Lili se levantó.

—¿Yo?!

—De Estocolmo. El rabino Kronheim. Le gustaría hablar con usted.

—¿Un rabino?! ¿De Estocolmo?! ¿Ahora?!

—Tiene prisa. Ha de regresar en el tren de las dos.

Lili miró por encima de las cabezas de las demás chicas a Emil Kronheim, que permanecía en el otro extremo del comedor. El rabino inclinó la cabeza amistosamente.

Al lado de aquella especie de desangelado hangar en que consistía el comedor,

había una pequeña sala adjunta con una abertura acristalada que daba al mismo. Posiblemente a través de ella se servían antes los platos. Si se erguía un poco, Judit podía verlos. Y no lograba controlar la atracción irresistible de mirar de vez en cuando hacia aquella ventana. Vio cómo ambos se presentaban y se sentaban. Al sentir que la mano le temblaba, prefirió posar la cuchara en la mesa. Estaba segura de que el rabino no la iba a delatar, de que no iba a dejarla al desnudo. No obstante, sin que ella supiera muy bien por qué, la aflicción que la embargaba le producía un tormento insoportable.

El rabino, en aquella exigua pieza destinada al servicio, sacó su reloj de bolsillo, le dio cuerda y lo dejó sobre la mesa. Contaba con que el regular y delicado tictac creara un vínculo de intimidad imprescindible. Permaneció escuchándolo por un tiempo, ya que Lili, al parecer, no pensaba romper el silencio. Cuando el rabino Kronheim consideró que la atmósfera era la adecuada, es decir, la que nos envuelve como una bola de cristal, sin la cual ninguna confesión sincera vale un comino, se inclinó hacia delante y clavó su mirada en los ojos de Lili.

—Tú has perdido a Dios.

El reloj pareció trastabillar.

Lili no le preguntó a aquel desconocido cómo se atrevía a indagar en su interior. Y le asombró que esa osadía no le hubiera sorprendido.

—No, es Dios quien me ha perdido a mí.

—No es digno de ti andar con esas nimiedades.

Lili se encogió de hombros. La mesa estaba cubierta con un mantel de ganchillo que Lili manoseaba.

—Por lo demás, ¿de dónde ha sacado eso?

El rabino se echó hacia atrás; la silla crujió.

—Eso ahora no importa. Lo sé. ¿Tienes también un crucifijo?

Lili se sonrojó. ¿Cómo lo sabía? Palpó en su bolsillo el sobre donde guardaba la cruz. Desde que habían abandonado Eksjö se la había puesto solo una vez, cuando fue a ver a la directora para suplicarle la visita. No la había ayudado.

—Sí. Lo tengo. Es un regalo. ¿Hay algún problema?

Kronheim pareció entristecerse.

—No es para echar las campanas al vuelo.

El reloj de bolsillo marcaba el tiempo uniformemente.

—Atiéndeme, Lili. Todos estamos llenos de dudas, sean estas grandes o pequeñas. Pero eso no es motivo para que volvamos la espalda.

Lili dio un golpe en la mesa y el reloj de bolsillo pegó un bote, como si fuera

una pelota de goma.

—¿Estuvo usted allí?! ¿Viajó usted con nosotras?! ¿Acaso nos acompañó en el vagón?!

Aunque susurraba, Lili apretaba los puños; aun sentada, su cuerpo estaba tenso. Kronheim señaló el comedor, a las chicas que se hallaban sentadas a las mesas al otro lado del cristal.

—No voy a engañarte diciéndote que eso fue una prueba. No, no me atrevería a decirlo después de lo que ha ocurrido. Dios te ha perdido, de acuerdo. Vale. Mejor dicho, no vale, yo también pleiteo con él por ello. Ando reñido, a las greñas. ¡Yo tampoco le perdono! ¿Cómo pudo hacernos eso? ¡A ti! ¡A ellas!

El rabino se guardó el reloj en el bolsillo, pues ya no iba a necesitarlo. Se levantó de un brinco y su silla cayó al suelo. No le hizo el menor caso, se alejó a grandes zancadas, aunque solo había cuatro pasos de pared a pared. Salió de estampida gruñendo vehementemente:

—¡No, eso no tiene perdón! ¡Y te lo digo yo, el rabino Emil Kronheim! ¡Sí! ¡Sí! ¡Millones de nuestros hermanos han muerto! ¡Han asesinado a millones de seres humanos como si fueran ganado en el matadero! ¡No, hasta el ganado es tratado con más delicadeza que nuestros hermanos de fe! ¡Pero me cago en Dios, esos millones aún no están fríos! ¡Aún no han terminado nuestras plegarias por ellos! ¡¿Y tú ya nos abandonas?! ¡¿Nos das la espalda?! ¡No seas justa con Dios, él no lo merece! ¡Pero sé justa con esos millones de muertos! ¡No tienes derecho a renegar de ellos!

Judit Gold observó cómo el rabino Kronheim pateaba de un lado a otro la habitación mientras gesticulaba, al parecer, gritando. Qué suerte la suya estar de este lado, soportar solo el armonioso ronroneo del comedor, el golpeteo metálico de las cucharas, el sosegado murmullo de las muchachas. Pero no tenía apetito. No había tocado siquiera la carne con arroz que acababan de traerle. La comida le daba asco.

\*

*¡Querido Miklosito mío! Hoy ha venido un rabino de Estocolmo y me ha dado un pequeño rapapolvo sobre ética relacionado con nuestra intención de convertirnos. No tengo ni la menor idea de cómo ha podido enterarse de ello. ¿Es posible que ese obispo tuyo le haya puesto al corriente?*

Este párrafo obligó a mi padre a actuar con urgencia. Decidió resolver por el

camino más corto el complicado asunto de la conversión. En la guía telefónica buscó la dirección y el número de la parroquia más cercana. Había calculado que, cuanto más insignificante fuera esta, menos dificultades habría. Sería mucho más fácil convencer a un cura rural que a un obispo de la capital. Acordó todo por teléfono y, después, se fue en autobús desde Högbo hasta el cercano municipio de Gävle.

En el pueblo encontró justo la iglesia de madera, sencilla y entrañable, que en secreto deseaba encontrar. La luz entraba a raudales a través de las ventanas que se abrían sobre el presbiterio. El cura ya pasaba de los ochenta y su cabeza temblaba sin parar. Mi padre, el día anterior, había acudido a la biblioteca de Högbo para prepararse a fondo. El esfuerzo mereció la pena. Cuando trajo a colación la expresión *Congregationes religiosae* y le explicó que Lili y él, aun siendo judíos, querían unir sus vidas en aquella iglesia, los ojos del anciano se llenaron de lágrimas.

—¿Cómo sabe usted de estas cosas?

Mi padre no se inmutó. Prosiguió explicándose y dándose importancia:

—... Lo esencial del asunto sería que mi novia y yo no nos vincularíamos a la fe católica mediante un voto ceremonioso, sino solo por un simple voto y por un tiempo determinado...

Las manos del cura también temblaban. Sacó un pañuelo y se limpió los ojos.

—Su fervor me conmueve.

Mi padre tomó impulso y, como su memoria tampoco esta vez le dejó plantado, fue capaz de citar todos y cada uno de los pasajes correspondientes de la bibliografía consultada.

—Según mis conocimientos, pero corríjame, padre, si me equivoco, este voto simple sería unilateral, es decir, solo vincularía a quienes lo hacen, a mí y a mi novia en este caso, con la congregación, mientras que la congregación no quedaría atada a nosotros. ¡En cambio el voto ceremonioso es bilateral, es decir, ni quien lo hace ni la congregación misma lo pueden disolver!

—¿Cómo sabe tantas cosas?

—Nosotros, padre, nos tomamos muy en serio la conversión.

El anciano se animó, se levantó de un salto y se puso en marcha hacia la sacristía. A mi padre le costó seguirlo. El cura sacó un enorme libro de tapa dura y luego hundió su pluma en un tintero. A mi padre le encantó que utilizara una tinta de color verde.

—A mí me ha convencido. No tengo ninguna duda en cuanto a la seriedad de sus intenciones. Ahora voy a poner aquí sus datos. Usted me llamará para

decirme cuándo podrá venir su novia desde Berga. Una vez que lo sepamos, registraré, fuera de turno, el ritual del bautizo. Pero puedo decirle una cosa, Miklós: a lo largo de mi vida como sacerdote jamás me he encontrado ante un tesón tan conmovedor como el suyo.

\*

Por aquella época la correspondencia entre Lili y mi padre era más fluida. En ocasiones se escribían el mismo día hasta dos cartas. El 31 de diciembre por la noche mi padre subió a la habitación, le resultaba absurdo continuar en el comedor de la pensión para terminar emborrachándose junto a los demás. Se tumbó en la cama, se puso la foto de Lili sobre el pecho y se juró seguir viviendo. Se lo estuvo repitiendo una y otra vez en voz baja hasta que se quedó dormido. Cuando, ya de madrugada, Harry y los otros entraron tambaleándose en la estancia, lo encontraron vestido sobre la cama, vertiendo lágrimas en sueños; la foto de Lili permanecía bajo las palmas de las manos.

*¡Vida mía, mi pequeña y querida Lili! ¡Menudos inútiles son estos de Via Svecia! Encargué el anuncio y envié el texto exacto. ¡Y lo han publicado con una errata imperdonable! Te lo mando con miedo. ¡Han cambiado los nombres! ¡Según se lee, eres tú quien me ha pedido a mí la mano!*

\*

En Berga, la Nochevieja comenzó con Sára cantando y Lili acompañándola al piano. Habían preparado una serie de canciones de opereta, de las cuales tuvieron que repetir hasta tres veces la titulada *Hajmásí Péter*, tan clamoroso fue su éxito. El resto de la velada resultó más triste. Tocaba una orquesta de salón compuesta por tres músicos, al son de la cual se bailó, pero también se lloró. Con la cena se repartió un litro de vino tinto por persona.

*... ¡A mediodía, durante la comida, también te he tenido en la cabeza, porque había salsa de tomate y a ti te gusta tanto! ¡Corazón mío, te quiero muchísimo!*

\*

El día de Año Nuevo cada uno de los muchachos hizo una promesa. Desde que le permitieron levantarse de la cama, o sea, desde julio, Jakobovits se metía en el bolsillo un trozo de pan en cada comida. Sabía que aquello era una tontería, que al día siguiente también habría pan, pero la obsesión era más fuerte que él. El 1 de enero de 1946, sin embargo, Pál Jakobovits prometió no volver a llenarse los bolsillos de pan. Harry hizo el voto de seducir nada más que a aquellas mujeres de las que se enamorase. Litzman tomó la decisión de emigrar a Israel. Mi padre prometió empezar a estudiar ruso en cuanto regresase a Hungría.

*... ¡Nosotros, cuando soñamos despiertos, pensamos en todo, no solo en el amor egoísta! Imaginamos el futuro a través del trabajo, a través de nuestra vocación al servicio del bien común y de la sociedad.*

La mañana de Año Nuevo, en Berga, las chicas húngaras cantaron el himno nacional.

*... ¡Miklosito, vida mía! ¿Cuándo vas a ir a Estocolmo al dentista?*

\*

Una semana más tarde mi padre tomaba un autobús en dirección a Sandviken. Al parecer hacía años que la temperatura no había bajado tanto como aquel invierno. Ese día había veintiún grados bajo cero. A las ventanillas del autobús se adherían gruesas costras de hielo, que más bien parecían gurullos de papel de estaño pegoteados allí por sabe quién qué habilidosas manos. Mi padre traqueteaba, solo, sumido en aquel albo resplandor.

*... Cuando estemos en casa, me gustaría trabajar en algún periódico obrero; de no poder ser, preferiría cambiar de profesión. Pero ya estoy harto de los burgueses.*

Ese mismo día por la mañana, en Berga, Lili no quiso levantarse de la cama. No tuvo la suficiente fuerza de voluntad para conseguirlo. Hacia mediodía, Sára y Judit Gold la obligaron a salir tirando de ella. La vistieron como si fuera una muñeca. Sacaron un trineo de alguna parte, sentaron en él a su amiga y la pasearon de arriba abajo por el camino principal del campamento, relevándose entre ellas.

*¡Miklosito del alma, mi amor querido! Nunca en mi vida he sentido tanta añoranza. ¡Daría diez años de mi vida si pudiera subirme a un avión y volver a casa!*

Mi padre iba sentado en aquel autobús, que parecía envuelto en papel de plata, como si fuera un trozo de chocolate olvidado en una caja de bombones. El motor ronroneaba quedamente y dentro de él uno tendía a olvidarse del mundo real. Allí hacía un calor agradable, la luz era paradisiaca y el vaivén, amortiguado por los muelles, producía un suave acunamiento. Mi padre palpó en su bolsillo un objeto alargado que acababa en punta.

*... Me meto la mano en el bolsillo y encuentro un pintalabios Mitzi 6 color carmín. Te lo compré el otro día y se me olvidó enviártelo. Te lo daré personalmente. Pero primero lo vamos a someter a una prueba de besos. ¿De acuerdo?*

Lili volaba sobre el trineo. Ahora Sára y Judit Gold tiraban de ella a la vez. Hacían todo para consolarla. Confiaban en que corretear de aquí para allá en medio de aquel aire límpido y frío terminara produciendo un efecto beneficioso en ella.

*... Tengo aquí delante tu carta y la he releído unas veinte veces. Después de cada lectura descubro cosas nuevas y, a cada instante, me siento más locamente feliz.*

*¡¡¡¡¡Ay, cómo te amo!!!!*

*He tenido un sueño curioso, en el que veía todo más nítido que nunca. Llegábamos a casa. En la estación nos esperaban mamá y papá. ¡Pero tú no estabas conmigo! ¡Estaba sola!*

En el sueño, Lili llegaba a la estación del Este. La muchedumbre que la abarrotaba no pululaba dándose codazos ni empellones. Cientos de personas permanecían quietas mirando al frente. Lo único que se movía en el sueño era la locomotora, que bufaba con solemnidad entre los andenes cubiertos de la estación. El humo invadió todo y, a la luz plúmbea de aquel amanecer, los viajeros comenzaron a bajar de los vagones. Todo el mundo cargaba con sus pesadas maletas. Quienes los esperaban, cientos y cientos, tal vez miles,

continuaban inmóviles.

Lili llevaba puesto un vestido de lunares rojos y cubría su cabeza con un sombrero de ala ancha. Entre la rígida masa divisó a sus padres. Echó a correr, pero no pudo avanzar ni un palmo. Esto le resultó muy extraño. Corrió tanto que se le secó la boca y empezó a costarle cada vez más respirar. Pero la distancia seguía siendo la misma. No podía tratarse de más de diez metros. Lili alcanzaba a ver con toda claridad los apagados y tristes ojos de su madre. Por suerte su padre le sonreía. Abrió los brazos para abrazar a su niña..., pero Lili no fue capaz de llegar hasta él.

\*

La sala de Rayos X de Sandviken era un diminuto agujero en el que apenas cabía el aparato. Aquellos artilugios se habían convertido ya por aquel entonces en los enemigos personales de mi padre. Tantas veces lo habían radiografiado, tantas veces había tenido que pegar sus escuálidos hombros a la fría superficie de cristal, que le invadía un odio inmenso en cuanto se topaba con uno.

Cerró los ojos e intentó reprimir la aversión que sentía.

Con la doctora Irene Hammarström no pudo desarrollar una relación tan estrecha como con Lindholm. Y eso que Irene era comprensiva, delicada y de una etérea belleza. Siempre lo miraba de un modo penetrante, como si por fin en ese momento estuviera a punto de desentrañar la última de las incógnitas.

Ahora se encontraba delante de la ventana y contemplaba la placa a contraluz. Mi padre se hallaba ocupado en su juego habitual: empujar el peso del cuerpo hacia las patas traseras de la silla de modo que esta se inclinara lentamente hacia atrás. No miraba a Irene Hammarström, controlaba el equilibrio de la silla dirigiéndola hacia una posición cada vez más inestable. La doctora mascullaba algo delante de la ventana:

—Apenas puedo creer lo que ven mis ojos.

Mi padre había llegado a un punto en el que todo lo decidía ya la milésima parte de un milímetro. Si lo calculaba mal, caía como un bolo.

Irene Hammarström se acercó excitada a su mesa y, de una colección almacenada en una caja, sacó una radiografía anterior. Volvió a la ventana y estuvo comparando las dos. Se dirigió a mi padre, que en esos momentos se inclinaba un poco más hacia atrás:

—Mire, esta es la radiografía de junio. Aquí la mancha tiene el tamaño de una moneda de cinco céntimos.

El numerito de mi padre llegaba a su apogeo. La silla se balanceaba ya sobre dos patas y sus zapatos se despegaban del suelo.

—Y esta es la de hoy. A simple vista apenas se percibe. Es un milagro. ¿Qué fue lo que le dijo el doctor Lindholm?

En ese instante mi padre alcanzaba el límite de lo físicamente posible. Como resultado de las prácticas realizadas hasta entonces, se mantenía en equilibrio sobre la silla igual que un halcón entre la tierra y el cielo cuando está a punto de lanzarse. Inmóvil.

—Que me quedaban seis meses.

—Resulta un poco despiadado, pero se ajusta a los hechos. Yo tampoco podría haber dicho otra cosa.

El numerito particular de mi padre persistía en su punto culminante.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que ahora tengo mis dudas, al ver esta última radiografía.

—¿Qué ve en ella?

—Ahora probablemente le alentaría. Siga así. ¿Cómo va su fiebre de cada madrugada?

Hasta allí duró, porque aquellos cinco segundos pertenecían, sin ninguna duda, al reino de los milagros. Él se cayó hacia atrás junto con la silla. Irene Hammarström tiró las radiografías y acudió corriendo.

—¡Dios santo!

Mi padre se pegó un buen mamporro pero sonrió socarrón:

—Nada, nada..., es solo que me hice a mí mismo una promesa.

Irene Hammarström, viendo los horribles dientes de metal de mi padre, pensó en enviar una solicitud al centro regional para ver si los convencía de que le arreglaran la boca a ese simpático joven húngaro por un precio reducido, o incluso gratis.

\*

Fue un día memorable.

Mi padre regresó a la pensión y subió a la habitación, donde los chicos le estaban esperando en posición de firmes. Fue incapaz de imaginar cómo se habían enterado de que empezaba a curarse. Pero, como las caras de todos sus amigos relucían alegres y orgullosas, suponía que el motivo no podía ser otro que ese. Se sentó en la cama y aguardó.

Entonces los muchachos, con la boca cerrada, empezaron a canturrear la *Oda*

a la alegría de Beethoven.

Cuando la intriga por aquel solemne recibimiento rayaba ya en lo indecible; cuando el coro que tarareaba aquel movimiento de la *Novena sinfonía* alcanzaba casi la intensidad de un himno; cuando él se echó hacia atrás en la cama y, cerrando los ojos, comenzó a volar, de repente Harry sacó el periódico. Sin mediar palabra, lo sostuvo abierto a la altura de la cabeza de mi padre como si estuviera mostrándole un informe.

Allí aparecía el poema, negro sobre blanco. Traducido al sueco. En la tercera página de *Via Svecia*, con letras en cursiva: «Till en liten svensk gosse» (A un niño sueco). Y, encabezándola, el nombre del poeta: el de mi padre.

Él componía todos sus poemas en su mente. Durante días y semanas. Después, cuando sentía que ya estaban listos, solo tenía que pasarlos al papel.

Pero aquel poema lo había escrito en diez minutos. Estaba en la tumbona del barco, zampándose el pastel con sabor a frambuesa y vainilla, mientras la sirena gemía. Comenzaban a alejarse lentamente de la costa y las mujeres, aquel batallón en bicicleta, permanecían de pie mirando el barco y como estáticas. Tenía allí al alcance de la mano el país que ahora, durante un tiempo más o menos largo, le iba a acoger. Mi padre sintió que por el regalo de aquel pastel debía ofrecer algo a cambio. Escribiría una poesía dedicada a los niños suecos. Provisiones para el viaje, advertencias, consejos que reciben su impulso arrollador de sus infernales experiencias.

Él le daba vueltas en la boca a la pasta tierna y escandía para sí los dos primeros versos: «Tú no puedes saber aún, pequeño mío, qué causó / estos profundos surcos en la frente de esta tierra...». Y ya veía delante de sí al destinatario del poema, a ese niño rubio de seis años que apretaba contra su cuerpo un osito de peluche y lo miraba fijamente. Al niño sueco.

Fueron surgiendo los versos; casi fue más difícil recordarlos que inventarlos. Cuando el barco viró y empezó a surcar a toda máquina el mar abierto, el poema ya estaba acabado:

Tú no puedes saber aún, pequeño mío, qué causó  
estos profundos surcos en la frente de esta tierra;  
cuando contemplas, aquí en el norte, ese avión  
que se sumerge en un oasis de estrellas.

No has oído jamás el lamento de la alarma ni el estruendo de las bombas  
—¿o es acaso vivirlos contemplarlos en el cine?—,

el horror no llegó con su maligna ola  
a inundar el mundo infantil en que creciste.

Aquí escaseaba la ropa, estaban racionados la carne y el pan;  
¡pero de vez en cuando, hijo mío, has podido hasta jugar!,  
mientras tus escuálidos congéneres entre llamas han ardido  
pues sarcástica la muerte su ración ha consumido.

Cuando crezcas y ya seas un hombre,  
un gigante rubio, amable y sonriente,  
todas estas lágrimas serán ya nubes,  
borrasca de un pasado, alimento de una nueva simiente.

Cuando te salpique la sangre de esta época,  
recuerda a tus escuálidos congéneres,  
a esos que ya ni son nubes en el éter  
asesinados con armas de otras guerras.

Cuando tengas un hijo, hijo mío, enséñale que la justicia  
no la impone el fusil, ni la pistola,  
ni las penas del mundo las consuela  
con su estruendo el cañón de la milicia.

No le compres a tu hijo, hijo mío,  
soldaditos en la tienda de la guerra;  
que en su blanca estantería piezas tenga  
que en lugar de a matar, a crecer le enseñen desde niño.

Harry le dio a mi padre unas palmaditas en la espalda:

—Me he estado ocupando de tu carrera. Sin pedirte permiso, pero sabiendo que aceptarías, he enviado el poema al periódico de Estocolmo. Les rogué que lo tradujeran, pero también que no eligieran a un traductor cualquiera, porque este poema lo había escrito un gran poeta húngaro: tú. Esto fue hace tres meses. ¡Y ha salido en la edición de esta mañana! He pedido que revisen la traducción. No está mal.

Los demás seguían firmes entonando la *Oda a la alegría*. Mi padre se levantó y abrazó a Harry procurando contener sus lágrimas. Llorar no habría sido digno

de un gran poeta húngaro.

\*

Lo cierto es que aquel día el destino cambió, y ello pudo constatarse antes de medianoche.

Se oyeron golpes en la puerta; un hombre, al teléfono, preguntaba por mi padre. Este ya dormía, pero con el ruido se despertó; por un instante no supo dónde se encontraba. En pijama, con el corazón latiéndole aceleradamente, se precipitó escaleras abajo hacia el aparato que estaba en la portería de la pensión.

Una voz desconocida preguntó:

—¿Le he despertado?

—No importa.

—Discúlpeme, soy el rabino Kronheim de Estocolmo. Le llamo por un asunto importante.

Mi padre sentía los pies fríos y se los restregó contra las pantorrillas.

—Le escucho.

—¡Por teléfono no! ¡De ninguna manera!

—Perdón.

—Atiéndame, Miklós. Cogeré el tren de la mañana con destino a Sandviken. Dispongo de dos horas; después tengo que regresar. ¿Por qué no nos encontramos a mitad de camino?

—Puedo acercarme a Sandviken, si usted lo desea.

—¡No, no! Insisto en que sea a mitad de camino. ¿Östanbyn le parece bien?

Östanbyn era la primera parada camino de Sandviken. Mi padre ya había pasado por allí una docena veces.

—Y ¿en qué lugar de Östanbyn?

—Usted bájese del autobús y eche a andar hacia Sandviken. En la primera esquina tuerza a la derecha y continúe recto todo el tiempo hasta llegar a un puente de madera. Allí le estaré esperando. ¿Se acordará?

Mi padre asintió, desconcertado.

—Por favor, ¿podría repetirme su nombre?

—Emil Kronheim. Entonces, mañana por la mañana a las diez en el puente de madera. ¡No llegue tarde!

El rabino colgó. Había despachado de forma tan expeditiva la conversación que, de repente, mi padre se dio cuenta, con el auricular zumbándole en la mano, de que ni siquiera le había preguntado por el asunto que quería tratar con él.

\*

Al día siguiente por la mañana mi padre se bajaba del autobús en Östanbyn. Siguiendo las indicaciones del rabino, avanzó hasta la primera esquina y allí dobló a la derecha. Tuvo que caminar por lo menos veinte minutos, a marchas forzadas, hasta llegar al puente de madera.

Emil Kronheim, vestido con un abrigo negro que le llegaba hasta los tobillos, estaba sentado sobre una gran piedra al otro lado del puente y parecía dormir. Mi padre se quedó sorprendido al ver que existía alguien, en aquella parte helada del mundo, que podía mantenerse en tal estado de inactividad, como si disfrutase de un pícnic a la orilla de un lago en una excursión veraniega.

—¿Qué noticias traes? —voceó alegre el rabino desde el otro lado del puente.

Mi padre se detuvo. Las noticias no solo eran buenas, sino excelentes. La cuestión era a qué estaba aludiendo aquella grotesca figura que veía al otro lado.

—¿Rabino Kronheim?

—¿Quién, si no? ¿Quién es ese obispo católico que le has prometido a Lili? Porque, si es el obispo de Estocolmo, lo conozco muy bien. Es un hombre encantador.

En ese instante, a mi padre se le vino a la cabeza el pasaje de la carta de Lili en el que contaba que un rabino le había echado encima todo un sermón moralizante. ¡Pues claro! ¡Ese rabino era Kronheim! Ahora lo comprendía todo. Lo había citado para echarle también a él un rapapolvo. ¡Al diablo! De haberlo sabido, no se habría desplazado hasta Östanbyn.

—Ya no necesitamos al obispo.

—Apuesto a que has encontrado a alguien en su lugar.

El puente de madera atravesaba un valle y medía por lo menos treinta metros. Alrededor, y por debajo, montaban guardia unos pinos centenarios sobre cuyas nevadas ramas se despeñaba helado un silencio henchido de luz. No soplaba ni la más mínima brisa, ni se oía el gorjeo de ningún pájaro. Tan solo sus voces alteraban la sublime belleza del lugar.

—Exacto, *reb.* He encontrado a un extraordinario anciano en Gävle. Él nos bautizará.

Kronheim, al otro lado del puente, escarbó en su pelo, que parecía de alambre.

—Lili ya no insiste tanto en esa tontería.

Mi padre pensó que sería mejor plantarle cara a aquel hombre. Terminó de cruzar el puente y le tendió la mano.

—A mí me escribió justo todo lo contrario.

—¿Qué te ha escrito?

—Que un rabino de Estocolmo la estuvo sermoneando, que no sabía cómo, pero que había olfateado nuestras intenciones. Algo así.

—Tu bella y delicada novia no ha podido utilizar una expresión tan insolente. Olfateado... ¡No soy un perro de caza!

—En serio, *reb*, ¿cómo se enteró? Nosotros no hemos hablado de esto con nadie.

Entonces el rabino le cogió por el brazo, fue con él hasta la mitad del puente y allí se apoyó en el pretil mirando el entorno.

—¿Has visto alguna vez algo tan grandioso? Esto ya era así hace cien, incluso mil años.

El valle, al fondo, era en verdad de una alarmante belleza. Un denso bosque de pinos hasta donde alcanzaba la vista, todo él cubierto de azúcar en polvo. Mi padre comprendió que había llegado el momento de superar el último escollo.

—Mire, *reb*. Antes de la guerra, un paso como este me habría parecido una huida. Pero ahora se trata de una decisión personal que tengo muy clara.

Kronheim no miró a mi padre. Parecía entregado por completo a la contemplación de la naturaleza.

—No existe nada que mancille este paisaje.

Mi padre proseguía resuelto:

—Yo pienso en el destino que pueda depararle el futuro a nuestro hijo. Y eso que nunca he sido creyente. Soy ateo, señor. Usted puede despreciarme por ello. Pero deseo que lo sepa: nuestra conversión nada tiene que ver con la cobardía.

Parecía como si el rabino ya no lo escuchara:

—Está aquí desde el origen de los tiempos. Es cierto que han tendido en él este puente a modo de mirador. ¡Pero, al fin y al cabo, es de madera! ¿Ves tú aquí algún material extraño? ¿Hierro, cristal o cobre? No, ¿verdad, hijo?

—¿Es de esto de lo que quería hablar conmigo, *reb*? ¿Del puente de madera de Östanbyn?

—Sí, entre otras cosas.

Mi padre empezó a hartarse del simbolismo de aquella conversación. Finalmente, había vencido los remordimientos que ya de por sí sentía y ahora venía este hombrecillo de pelo encrespado a sermonearle sobre la belleza intacta del paisaje. ¡Claro que lo había entendido, cómo no lo iba a hacer! ¡Miles de años, por supuesto! Pero, si Lili quería convertirse, entonces él barrería cualquier obstáculo del camino, cualquier angustia o duda que cavilara en lo más hondo de

su alma. Se inclinó:

—Me alegro, rabino Kronheim, de haberle conocido. Nuestra decisión ya está tomada. No hay nadie en el mundo que pueda hacernos desistir. Hasta la vista.

Se puso en marcha y sus pasos retumbaron sobre el suelo de madera. Cuando llegó al final del puente, miró hacia atrás. Emil Kronheim, como si hubiera estado esperando ese momento, sacó una carta del bolsillo de su abrigo y la agitó en el aire.

—Me odio a mí mismo por esto —gritó—, pero, como dicen las Escrituras... Aunque puede que cosas así no aparezcan en las Escrituras. En el fondo lo que quiero es hacer contigo un negocio sucio, hijo mío.

Mi padre se quedó pasmado.

—¡Ven, mira esto!

El rabino volteaba la carta. Le hacía señas. Mi padre volvió atrás con desgana.

—He escrito esta solicitud; es tan conmovedora que no creo que nadie pueda dejar de enternecerse por ella. Si la firmas, hoy mismo puedo llevarla a Estocolmo. Arrancaré de ellos el sí, no tengas miedo. Pongo una sola condición: quiero ser yo quien os case en la sinagoga de Estocolmo. Naturalmente, bajo la *jupá*. Yo me hago cargo de los gastos de la indumentaria, de la ceremonia y de la recepción que se dará después de la boda. Acto seguido, seguro que la LOTTA os hará un favor. Es su obligación, en estos casos, proporcionar una habitación independiente a los jóvenes esposos; digamos que en Berga.

Mi padre miró el papel. Estaba escrito en sueco. Pudo apreciar que era una carta hábilmente redactada para la delegación en Estocolmo de la Cruz Roja Internacional.

—Esta gente no se ocupa de cuestiones así.

—Claro que sí. Estarán orgullosos. Se pondrán firmes. Lo van a utilizar. Publicarán la historia en el periódico. Al fin y al cabo, se trata de dos pobres víctimas, amparadas por ellos, que unen sus destinos para afrontar una nueva vida tras haber vuelto de la muerte. A propósito, ¿qué ha dicho el médico?

—¿De qué?

—De tu tuberculosis.

—¿También lo sabe?

—Es mi obligación estar informado de todo. Para eso me pagan.

—Me estoy curando. La caverna se está calcificando.

—Gracias a Dios.

Kronheim abrazó a mi padre, mientras le susurraba al oído:

—¿Trato hecho?

Mi padre se ablandó. En su mente empezó ya a escribir a Lili una carta en la que le explicaría que una persona adulta, sobre todo si era socialista, no podía dejarse arrastrar por cuestiones de carácter religioso.

## 17.

De repente los acontecimientos se aceleraron. El rabino, tal y como había prometido, consiguió a velocidad de relámpago todos los permisos. No habían pasado ni dos meses y Lili y mi padre ya estaban en la sinagoga de Estocolmo, debajo de la *jupá*. Kronheim pagó el alquiler del vestido blanco de tafetán y del esmoquin negro. Y también organizó un cóctel celebrado después del casamiento. El rey sueco, Gustavo V, envió un entusiasta telegrama a la joven pareja que, habiendo sobrevivido al campo de concentración, se juraba ahora eterna fidelidad.

Antes de la boda, a lo largo del mes de febrero, mi padre aún habría de sufrir lo suyo durante semanas en la silla de un dentista, porque Kronheim se empeñó en que le cambiaran los dientes de metal por otros de porcelana.

—Contigo, hijo mío, no puede resultar muy agradable besarse. Hablé de ello con los feligreses. Por unanimidad estos decidieron reunir lo necesario para el dentista. En tres días han juntado seiscientas coronas. He encontrado a un profesional de primera, aquí tienes la dirección.

\*

Emil Kronheim habría podido frotarse las manos. ¡Qué bien lo había organizado todo! Pero en aquel manto de satisfacciones se había extendido el manchón de una visita, antes de la ceremonia, a principios de marzo.

Todo empezó con dos llamadas largas e impacientes a la puerta. Emil Kronheim, para qué negarlo, engullía unos arenques mientras leía una revista de humor americana y se reía a carcajadas. Fue su mujer la que dejó pasar a la visitante, y se quedó tan impresionada al ver el rostro descompuesto de esta que, sin más preámbulo, condujo a aquella muchacha desconocida, con abrigo, gorro de piel y chanclos llenos de barro que goteaban, al salón. El rabino, sin hacerles el menor caso, extrajo de su líquido salado un trozo de pescado.

La señora Kronheim se contuvo para no darle un cachete en la mano.

—Tienes una visita —siseó.

El rabino, turbado, se levantó de un salto y se restregó las manos contra los pantalones. La señora Kronheim no pudo evitar que se le escapara un suspiro:

—¡Los pantalones! ¡Dios mío!

En los bigotillos de Judit Gold aún no se habían derretido los copos de nieve. Parecía un Papá Noel femenino. Kronheim la invitó a tomar asiento.

—¡Oh, pero si es mi solícita escritora de cartas! Póngase cómoda, Judit.

Judit Gold se sentó sin siquiera desabrocharse el abrigo. La señora Kronheim salió discretamente hacia la cocina.

—Le vi en Berga, *reb*. Le agradezco que no me haya delatado.

Kronheim empujó su plato de pescado hacia la chica.

—¿Un poco de arenque salado?

—No me gusta.

—¿Cómo puede no gustarle el arenque salado? Está lleno de vitaminas, lleno de vida. ¿Por qué iba a delatarla? Le estoy, en verdad, agradecido, querida Judit; me avisó en el último momento.

Del calzado de Judit Gold no cesaba de gotear nieve.

—¡No, el último momento acaba de llegar!

—¡Dios santo!, ¿por eso ha venido a verme a Estocolmo?

Judit Gold agarró la mano del rabino.

—Tenemos que salvar a Lili.

—¿Tenemos que salvarla? ¿De quién? ¿De qué?

—¡Del matrimonio! ¡Imagínese, mi amiga quiere casarse!

A Kronheim le habría gustado apartar su mano de las de Judit Gold, pero la muchacha se la aferraba con fuerza.

—El amor es una cosa magnífica. El casamiento estampa su sello en él.

—¡Pero es que la quiere tomar por esposa un estafador! ¡Un buscador de esposas!

—¡Vaya! Eso no es ninguna broma. ¿Qué le hace pensar así, Judit?

La señora Kronheim entró en el salón con té y dulces. El rabino odiaba los dulces.

—Coma y beba. Relájese. Si no le importa, yo sigo con los arenques.

Judit Gold ni siquiera miraba las galletitas de vainilla ni el té. Tampoco se había dado cuenta de que allí, entre aquellos muebles enormes, había una alicatada estufa de cerámica que proporcionaba al lugar un intenso calor. No se había quitado ni la bufanda.

—Escúcheme, *reb*. ¡Usted no lo sabe todo, le pido que, por favor, me escuche! ¡Imagínese a un hombre que se hace con el nombre y la dirección de las

muchachas que están siendo asistidas en los campamentos de rehabilitación suecos!

—Imaginado está.

—¡Ahora imagínese que ese hombre se sienta y escribe una carta a todas ellas! ¿Puede seguirme? ¡A todas, una por una!

El rabino engulló un arenque.

—Veo ante mí a un tipo tenaz.

—¡Todas las cartas son iguales! El mismo texto empalagoso. ¡Como si hubieran sido escritas con papel carbón! El hombre va a correos y echa todas las cartas. ¿Puede imaginárselo, *reb*?

—¡Oh! Eso es absurdo. ¿De dónde se ha sacado esa historia?

Judit Gold miró triunfante al rabino. Había llegado su momento. Buscó en su bolso una carta arrugada y descolorida.

—¡Mire! ¡Yo también recibí una en septiembre del año pasado! ¡Solo que a mí no se me ocurrió responder, porque yo adiviné sus intenciones! ¿Qué le parece? ¡Lili recibió esta misma carta! La he visto, la he leído. En lo único que difieren es en el encabezamiento. ¡Investíguelo si quiere! ¡Puede comprobarlo!

El rabino Kronheim alisó la carta y se puso a estudiarla con suma atención.

*Querida Judit:*

*Es probable que ya se haya acostumbrado a que muchos desconocidos pretendan entablar conversación con usted, al oírla hablar en húngaro, con la excusa de que ellos también son húngaros. Poco a poco, vamos perdiendo irremisiblemente la educación. Yo, por ejemplo, me he permitido llamarla por su nombre con el pretexto de que somos de la misma tierra. No sé si me conocerá de Debrecen; yo, hasta que la patria no me hubo «llamado» para cumplir el servicio obligatorio, trabajaba en el Diario Independiente, y mi padre tenía una librería en el Palacio Episcopal.*

El rabino hizo un gesto de reprobación con la cabeza:

—Es cierto que esto no resulta nada común.

Judit Gold estaba a punto de romper a llorar.

—¡Y mi amiga quiere amarrar la barca de su vida a semejante impostor!

Meditabundo, el rabino se metió otro arenque en la boca.

—La barca de su vida... Qué poético. Amarrar la barca de su vida.

Más de cincuenta años después, mi madre, de soltera Lili Reich, cuando le pregunté si recordaba el momento, el instante preciso en que había decidido responder a la carta de mi padre, estuvo mucho tiempo rebuscando entre sus recuerdos ya enterrados.

—Exactamente ese momento no lo recuerdo. ¿Sabes?, aquel mes de septiembre, después de que la ambulancia me trasladara de Smålandsstenar a Eksjö, llevaba ya dos semanas guardando cama, cuando de repente aparecieron Sára y Judit Gold. Me traían algunos objetos personales del campamento de Smålandsstenar. También la carta de tu padre. Judit Gold se sentó al borde de la cama y trató de convencerme para que respondiera a aquel pobre chico, a aquel desgraciado periodista enfermo de Debrecen que, seguramente, estaría cifrando todas sus esperanzas en ello. Luego Sára y Judit Gold se fueron y yo me quedé allí, en la cama, tenía prohibido hasta ir al lavabo. Yacía aburrída, y la carta de tu padre estaba allí a mi lado. Dos o tres días más tarde les pedí a las enfermeras que me trajeran papel y lápiz.

\*

Según el orden establecido, en junio de 1946 les tocó viajar a Lili y a mi padre en la segunda tanda, junto a los demás húngaros que deseaban regresar a Hungría. Los llevaron en avión desde Estocolmo hasta Praga y en el mismo día pudieron tomar un tren hacia Budapest.

Cogidos de la mano, viajaron apretujados en un compartimento abarrotado y sin apenas aire. Tras pasar la frontera, mi padre se levantó pidiendo perdón con una sonrisa y se abrió paso como pudo hasta el minúsculo e increíblemente sucio lavabo. Cerró tras de sí la puerta. Seguía llevando en todo momento consigo el termómetro guardado en su bonito estuche metálico. El tren traqueteaba perezoso por un tramo de vía en obras. Se llevó a la boca el termómetro, cerró los ojos y se agarró al picaporte de la puerta. Comenzó a contar hasta ciento treinta siguiendo el golpeteo de las ruedas. Cuando iba por noventa y nueve alzó la vista.

Desde el rajado y descascarillado espejo lo miraba un hombre enjuto y sin afeitar, con gafas y un termómetro apretado entre los labios, que llevaba puesta una chaqueta exageradamente grande. Se inclinó acercándose al espejo. ¿Siempre tendría que enfrentarse a él? ¿Con esa mirada asustada a la espera de lo que marcara el termómetro?

Tomó una decisión. Se sacó al instante el termómetro de la boca y, sin mirar hasta dónde había subido el mercurio, lo arrojó por el retrete. Tras él fue también el estuche metálico, y, a continuación, tiró con decisión y rabia dos veces de la cadena.

A las nueve de aquella noche de junio había en la estación una enorme muchedumbre, lo cual resultaba inesperado porque el tren circulaba fuera de horario y la radio no había comunicado su llegada. La noticia había corrido de boca en boca. La madre de Lili, por ejemplo, lo oyó por casualidad en el tranvía número 6, cuando una mujer con un pañuelo en la cabeza lo comunicó gritando a todo el vagón a una hora punta de la tarde. También ella tenía una hija que volvía después de diecinueve meses de ausencia.

Lili llevaba un vestido de lunares rojos. Durante la primavera había empezado a engordar, así que, cuando en Suecia la pesaron por última vez, estaba en setenta kilos y medio. Mi padre se despidió de Suecia con cincuenta y tres kilos, enfundado en unos pantalones que le bailoteaban alrededor.

Venían en el último compartimento. Quien bajó primero por la escalerilla del vagón con las dos maletas fue mi padre. Mi abuela corrió al encuentro de su hija y las dos se fundieron en un largo abrazo, sin palabras, durante varios minutos. Luego abrazó también a mi padre; a él no lo esperaba nadie, solo tenía allí a sus camaradas, a los que vería más adelante, pero a los que, en cualquier caso, no debía nada.

Mi abuela conservaba todavía la esperanza de que su marido, el padre de Lili, regresara. Pero la realidad era que Sándor Reich, vendedor de maletas, había entrado en un almacén de víveres y había comido chorizo ahumado y tocino el día en que regresaba del campo de concentración de Mauthausen. Esa misma noche lo llevaron a un hospital. Moriría dos días más tarde debido a una oclusión intestinal.

Aquella noche hacía bochorno y había mucha polvareda en la estación. La abuela, Lili y Miklós, zarandeados por la bulliciosa y emocionada muchedumbre, se contemplaban conmovidos. Yo todavía tardaría dos años en venir al mundo, en silencio y ávido de vida.

## Epílogo

Mi padre y mi madre estuvieron carteándose durante seis meses antes de casarse en Estocolmo; eso sucedió entre septiembre de 1945 y febrero de 1946. De la existencia de esas cartas nada supe durante cincuenta años. En 1998, tras la muerte de mi padre, mi madre, casi sin darle importancia, me entregó dos fajos de cartas bien amontonaditas atados con sendas cintas de seda, una de color celeste y la otra carmesí. En sus ojos vislumbré ilusión e incertidumbre.

Yo sabía, naturalmente, cómo se habían conocido, aunque sin demasiados detalles ni en profundidad; solo algunas anécdotas. «Tu padre me conquistó con sus cartas», recordaba mi madre refiriéndose a su historia pasada, al tiempo que dibujaba en su cara aquella graciosa mueca suya. En casa también se hablaba de Suecia, de un mundo neblinoso y helado allá arriba, en la parte superior del mapa. Polo Norte, misterio, extrañeza... Como si hubiera existido en esos inicios alguna mácula de la cual se avergonzaran.

Pero allí estaban las cartas; las habían llevado consigo durante cincuenta años sin sacarlas jamás, sin citar ninguna frase, sin mencionarlas. Antes que nada tenía que entender que aquel mundo lo habían conservado y, a la vez, suprimido y enterrado en una elegante caja que tenían prohibido abrir.

A mi padre ya no podía preguntarle, pero sí acosar a preguntas a mi madre de un modo astuto e insistente. Casi siempre su respuesta resultó ser un encogimiento de hombros: «Fue hace mucho tiempo. Ya conocías a tu padre, lo pudoroso que era. Lo queríamos olvidar».

¿El qué?! ¿Por qué?! ¿Por qué dejaron que se perdiera ese amor, tan hermoso como inhibido y tan límpido en su torpeza que, aun después de medio siglo, sigue resplandeciendo a través de sus líneas? En momentos de crisis —por qué no habrían de haberlos tenido, en todos los matrimonios abundan—, ¿por qué nunca, para protegerse, para sacar fuerzas de ellas, desataron las cintas de seda de las cartas? Incluso podríamos aventurar preguntas más íntimas: en los cincuenta y dos años de relación de mis padres, ¿no hubo ningún momento en el que se hubiera parado el tiempo? ¿No hubo ningún momento en el que los ángeles deambularan por la habitación? ¿Ningún momento en el que cualquiera

de ellos, aunque solo fuera por nostalgia, hubiera sacado aquel paquete que escondían detrás de los libros?, ¿la prueba irrefutable de un amor y el modo en que había surgido? Ni que decir tiene que me sé la respuesta. Dichos momentos no existieron.

\*

En una de sus cartas mi padre había expresado que estaba dándole vueltas en la cabeza a un proyecto de novela. Quería evocar su viaje en un vagón de carga. *El largo viaje*, aquel horror colectivo hacia los campos alemanes, la novela que Jorge Semprún escribiría por él.

¿Por qué nunca la empezó?

Creo intuir el trasfondo de la pregunta. Mi padre retornó a casa en junio de 1946; de su familia solo quedaba viva su hermana menor, y el hogar de sus padres había sido bombardeado, así que su pasado se había volatilizado. Pero su futuro fue fraguado según sus deseos. Llegó a ser periodista, y comenzó a ejercer como tal en periódicos de izquierdas. Después, a comienzos de los años cincuenta, se encontró de repente con su escritorio en el pasillo de la redacción.

No sé puntualmente cuándo mi padre perdió la fe. Durante el proceso contra László Rajk esa fe ya resultó mermada, y en el 56 mis padres ya solo soñaban con emigrar.

Lo recuerdo muy bien, desesperado en la maloliente cocina debido al típico olor de las sábanas lavadas en agua hirviendo, murmurándole a mi madre: «¿Quieres que, a partir de ahora, no haga más que lavar platos en la vida? ¿Es lo que quieres?».

Se quedaron.

Durante la era Kádár, mi padre llegó a ser un periodista de renombre en política exterior, y fue fundador y vicerredactor jefe de una rigurosa revista semanal: *Hungría*. La novela, aquel viaje en vagón, no la había escrito, e iría perdiendo también la costumbre de escribir poesía.

Estoy convencido de que fueron sus ideas, la fe lindante con la religiosidad que, en un principio, anidaba en él, y después su resignado conformismo, lo que terminó por carcomer al escritor que llevaba dentro. Y esto me demuestra que el talento en sí no basta, que hay que tener, además, un poco de suerte en el medio en el que te mueves.

Pero las cartas, puede que de manera inconsciente, siempre las conservaron, trasladándolas de lo hondo de un armario a lo más hondo de otro. Y eso es lo que

cuenta realmente. Las guardaron hasta que, después de la decisión de mi madre, ratificada con un asentimiento de cabeza por parte de mi padre desde el más allá, llegaron de repente hasta mí.

## Notas de los traductores

[1] Te quiero, Lili.

[2] La aurora, vestida de blanco, / ya entreabre sus puertas al sol...

[3] Donde no estás, la luz falta, / donde estás tú, nace el amor...

[4] Enfermero.

**La novela romántica del nuevo siglo es una historia real.  
Un *Romeo y Julieta* después del Holocausto.**



«En este inolvidable libro el Holocausto es tan solo el telón de fondo de la más insólita de las historias de amor. *Fiebre al amanecer* posee la virtud del romanticismo clásico: resultar atemporal. La apasionante novela de Gárdos va a ser un éxito.»

***The Australian***

**Julio de 1945.** Miklós, un superviviente húngaro de Belsen, llega a un campamento de enfermos en Suecia. Aquejado de tuberculosis pulmonar, los médicos aseguran que le quedan pocos meses de vida. Pero él tiene otros planes: confecciona una lista de ciento diecisiete jóvenes húngaras convalecientes en distintos hospitales de campaña por toda Suecia, y escribe obsesivamente a cada una de ellas a la sombra de un árbol. Tiene la certeza de que una de esas mujeres se convertirá en su esposa.

A cientos de kilómetros de allí, Lili lee su carta, decide contestarle, y tras una intensa correspondencia deciden encontrarse. Solo tienen tres días por delante. Tres días en los que confirman que están enamorados. Pero deberán enfrentarse a aquellos que piensan que no pueden estar juntos.

**Péter Gárdos ha escrito esta inolvidable novela basándose en las cartas intercambiadas por sus padres. Una historia verídica asombrosa sobre cómo el amor puede burlar a la muerte.**

**Reseñas:**

«*Fiebre al amanecer* es una historia de amor para la eternidad. Este libro loco y alegre, con su sombrío ambiente de posguerra, es una historia triste con un final feliz. Una novela para recordar durante el resto de tu vida.»

Michael Hayward (director editorial de Text Publishing)

«Tras terminar su lectura se ve la vida de otra manera.»

*The Bookseller*

«Una lectura compulsiva. Una narración conmovedora sobre un insólito cortejo.»

*The Sydney Morning Herald*

«Conmovedora, tierna e inspiradora.»

*Daily Express*

«Mi veredicto: un libro del que enamorarse.»

*The Herald Sun*

«Una delicada novela sobre la esperanza y la increíble fuerza de voluntad del ser humano.»

*Io Donna*

«La conmovedora historia de dos almas dañadas que forjan desde un *amour fou* juvenil un sólido amor. Con alegría y encanto, con una convicción férrea, *Fiebre al amanecer* demuestra que no solo se puede sobrevivir al infierno en la tierra, sino que este puede ser trascendido.»

*Francisco Goldman*

«*Fiebre al amanecer* pertenece al canon de las extraordinarias historias reales sobre el amor y la guerra y el poder de las cartas. Dramática y profundamente conmovedora, esta inolvidable historia nos recuerda que el Holocausto no es solo Historia. Es una advertencia.»

*Jennifer Clement*

## Sobre el autor

**Péter Gárdos** nació en Budapest en 1948. Es uno de los directores de cine más importantes de Hungría y ha recibido numerosos galardones. *Fiebre al amanecer*, su primera novela, está basada en las cartas de amor que sus padres se escribieron tras el Holocausto. En el primer puesto de los libros más vendidos de su país, sus derechos han sido comprados por treinta editoriales extranjeras. Gárdos ha rodado también una aclamada película basada en el libro, con una coproducción húngaro-sueca-israelí.

Título original: *Hajnali láz*

© Gárdos Péter, 2016

Publicado mediante acuerdo con Libri Kiadó y SalmaiaLit

© 2016, Andrés Cienfuegos y Judit Faller, por la traducción

© 2016, de la presente edición en castellano para todo el mundo:

Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-204-2379-1

Imagen de cubierta: © Jonathan Bartlett

Diseño de interiores realizado por Alfaguara, basado en un proyecto de Enric Satué

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S. L.

[www.mtcolor.es](http://www.mtcolor.es)

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

# Índice

Fiebre al amanecer  
Cita  
Capítulo 1  
Capítulo 2  
Capítulo 3  
Capítulo 4  
Capítulo 5  
Capítulo 6  
Capítulo 7  
Capítulo 8  
Capítulo 9  
Capítulo 10  
Capítulo 11  
Capítulo 12  
Capítulo 13  
Capítulo 14  
Capítulo 15  
Capítulo 16  
Capítulo 17  
Epílogo  
Notas de los traductores  
Sobre este libro  
Sobre el autor  
Créditos